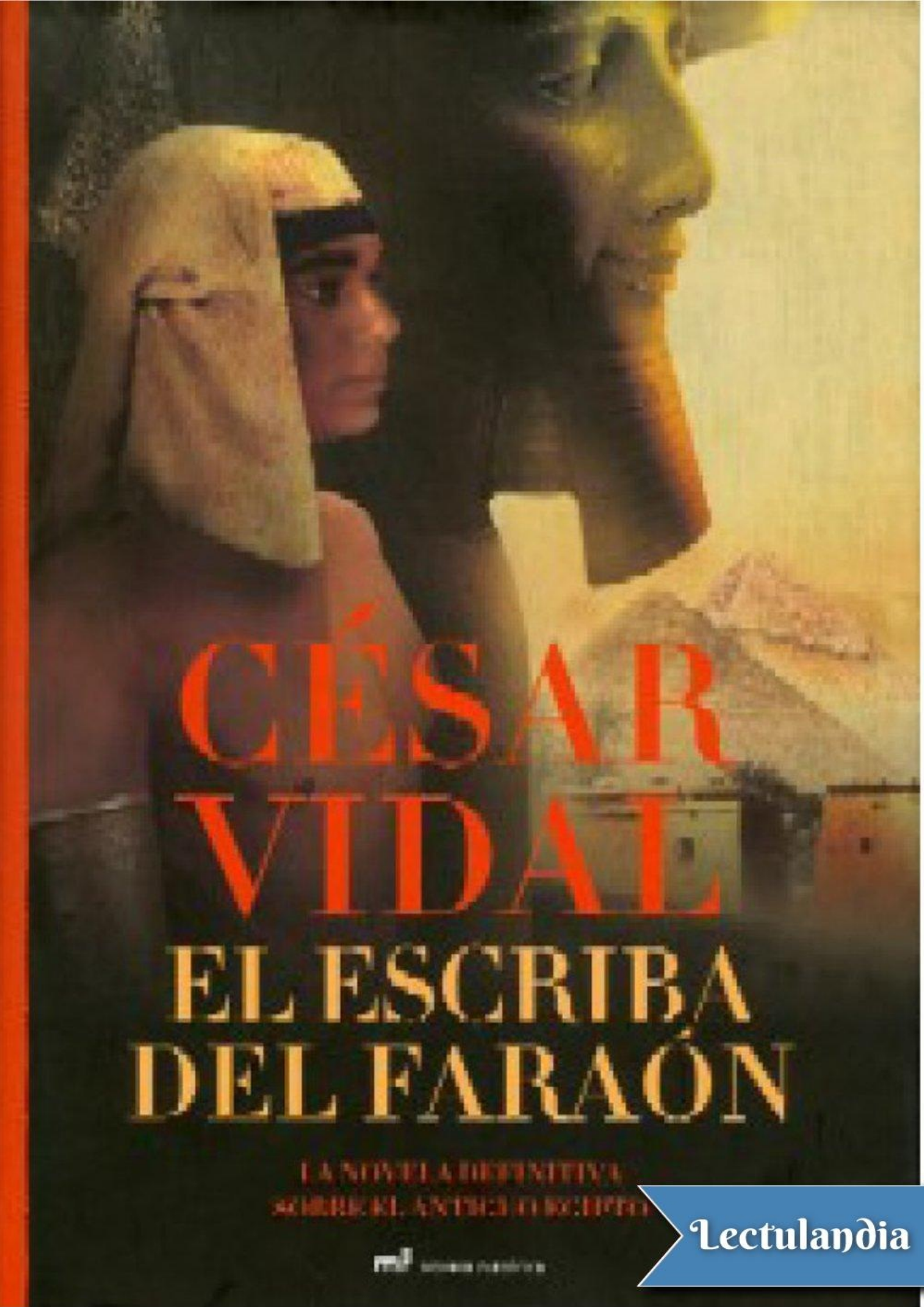


Lectulandia

Amenhotep II accede al trono de Egipto con la ambición de superar las hazañas de los faraones que le han precedido. Descubre que la clave para mantener el control sobre su pueblo reside en dominar la información que éste reciba. Para ello recurrirá a Nebi, un escriba que ha de dejar constancia no de la verdad, sino de aquello que el faraón desea que se convierta en la memoria de su pueblo. Sin embargo, Amenhotep se verá desafiado por un pueblo de esclavos: los hebreos.

Lectulandia

César Vidal

El Escriba del Faraón

ePUB v1.0
Sirhack 05.10.11

más libros en lectulandia.com

© 1995, César Vidal Manzanares
© 1995, Ediciones Martínez Roca, S.A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
ISBN: 978-84-270-3215-6
Depósito legal: M. 1.311-2007
Fotocomposición: EFCA, S.A.
Impresión: Brosmac, S. L.

PERSONAJES

AJEPRURA AMENHOTEP, hijo de Menjeperra Tutmosis, rey de Egipto, conocido por los historiadores como Amenhotep II.

AMENMOSE, sacerdote del templo de Isis, primer maestro de Nebi.

HEKANEFER, sacerdote del templo de Isis.

HEKARESHU, subordinado de Nebi.

HEPU, compañero de Nebi en la *Per-anj*.

IPU, subordinado de Nebi.

ITUNEMA, *heritep-a'a.*

IUTY, médico al servicio de la *Per-a'a.*

KAEMUAST, sacerdote de Sejmet y médico.

MENJEPERRA TUTMOSIS, rey de Egipto, conocido por los historiadores como Tutmosis III.

MERESANJ, madre de Nebi.

MERIRA, sacerdote del templo de Isis.

MERIT, esposa de Nebi.

MINHOTEP, jefe del destacamento de infantería egipcia acuartelado en la ciudad de Ykati.

NEBÍ, intérprete al servicio de la *Per-a'a*, protagonista de la presente novela.

NEFER, hermana de Tjenur.

NEFERHOTEP, hermano de Sobejotep.

NEHEMAWY, padre de Nebi.

NUFER, sacerdote del templo de Isis, maestro de Nebi, tío de Paser.

PASER, escriba, sobrino de Nufer, amigo de Nebi.

PTAHMOSE, gran sacerdote del templo de Isis.

RA, sumo sacerdote de Amón.

RANER, sacerdote del templo de Isis.

RASHA, compañero de Nebi en la *Per-anj*.

SENNU, general de Ajeprura Amenhotep.

SOBEJOTEP, funcionario de la *Per-a'a*, superior de Paser y Nebi.

TA-AA, reina de Egipto, esposa de Ajeprura Amenhotep.

TJENUNA, alcalde de la aldea dependiente del templo de Isis.

TJENUR, sacerdote del templo de Isis.

UEBENSENU, primogénito de Ajeprura Amenhotep.

PRIMERA PARTE

AL SERVICIO DEL TEMPLO

1

Hoy puedo escribir lo que desee. Al fin. Lo hago tras décadas y décadas de trazar con la afilada punta de la trabajada caña aquellos rasgos casi prodigiosos que otros deseaban ver reflejados por escrito. Hoy, por primera vez en mi vida, puedo dejar constancia escrita de aquello que verdaderamente siento y creo, de lo que auténticamente albergo en mi corazón. Cuando haya terminado de llenar estos papiros, mi deber para con la tierra de Jemet habrá quedado cumplido para siempre. En los milenios venideros —al menos así lo cree el señor de *Shemeu y Tamejeu*— la otra versión será la leída, la enseñada, la comentada y, pese a ser falsa, la creída y transmitida. Se convertirá en la memoria que todos deben asumir. Como antaño las aguas del *Hep-Ur* se convirtieron en sangre que nadie pudo beber, ahora la realidad se transformará en algo muy distinto de la verdad pero que todos absorberán. No deja de ser curioso que para obtener mi libertad sin sospechas haya debido participar en la consagración de un instrumento de esclavitud, que antes de poder dejar constancia escrita de aquello que creo y deseo, haya debido contribuir en la redacción de aquello que otros han querido y que hubieran ansiado fuera un fiel reflejo de lo acontecido en los últimos meses. Pero ¿podrá, mientras el hombre sea hombre, ser de otra manera?

2

Aún puedo recordar con claridad aquella mañana de *Peret* en que Nehemawy, mi padre, decidió apartar de mí su potestad para que escribiera o, más exactamente, para que aprendiera a escribir. Sé que hay personas en nuestro pueblo que recuerdan con especial añoranza los días en que todavía eran niños. Comparado con el trato que reciben los hijos de los bárbaros, no cabe duda de que el que prodigamos a los nuestros es benévolo y cuidadoso. No permitimos que ninguna mujer se deshaga de la vida que hay en su seno y nunca abandonamos a los niños ya nacidos. También es verdad que nos ocupamos de alimentarlos, de vestirlos y mantenerlos limpios, pero, si hemos de ser honrados, ¿no es así también como tratamos a muchos de nuestros animales? Con todo, yo también conservo en el corazón una vaga memoria de felicidad ligada a las manifestaciones de afecto recibidas en el hogar de mis primeros años.

Mis padres me trataron bien. Me alimentaban, me vestían, procuraban que no anduviera descalzo como muchos otros niños. Pero también —y seguramente esto es mucho más importante— me abrazaban y besaban con un cariño especial. Recuerdo borrosamente a mi madre. Se llamaba Meresanj y era una mujer delgada, más alta de lo habitual y con una tez más oscura que la de mi padre. Aunque se trataba de una persona demasiado nerviosa y con una inclinación irresistible a perderse en las minucias de nuestro hogar, no puedo decir que le faltara tiempo para reparar en mí. En cuanto a mi padre, Nehemawy, era un hombre sencillo y trabajador. Me amaba, aunque, siendo estricto y muy partidario de la disciplina en su trato conmigo, fue rara la vez en que se permitió entregarse a ninguna efusión de cariño dirigida a mí.

Poco más emerge en mi corazón de aquellos primeros años. Sí soy consciente de que deseé en algunas ocasiones acercarme en mis juegos al río, pero no me estaba permitido y, seguramente, no fue eso lo único que me estuvo vedado en mi temprana existencia. Pese a la confianza absoluta que tenía en mis padres, no pude evitar que el temor se apoderara de mí cuando Nehemawy me anunció que iba a ser llevado a una *Per-anj* para mi instrucción. La noticia me conmovió tanto que, cuando estuve seguro de que nadie me veía, me senté bajo una palmera y rompí a llorar. ¿Por qué lo hice? No lo sé con certeza, pero imagino que lo que más llenaba de pesar mi corazón era el hecho de que, sin ninguna razón convincente para mí, fueran a arrancarme del lugar donde vivía inconsciente y plácidamente dichoso. Seguramente no me asustaba el futuro —ni siquiera sabía en qué consistiría—, pero sí me aterrorizaba desprenderme de un presente conocido, sosegado y sin perturbaciones.

No fui el único que derramó lágrimas. También mi madre lloró, y pude escuchar como ahogaba sus sollozos mientras mi padre le explicaba, primero comprensivo y

luego un tanto impaciente, que aquella decisión era lo mejor para mí y que de esa manera podría llegar a ser alguien importante. Sí, seguramente era demasiado nerviosa y se distraía demasiado con las minucias de la casa, pero me amaba. Limpió mi escasa ropa, me preparó el equipaje e incluyó alguna comida que, imagino, sería de la mejor calidad. Cuando, finalmente, subí a la barca que nos llevaría hasta nuestro destino, tampoco pudo evitar que junto a los pliegues de su sonrisa forzada fueran cayendo lágrimas que no supo contener.

Durante el viaje estuve acompañado por mi padre, que no dejó de cantar las loas de lo que iba a ser mi futura condición de hombre educado. Parecía como si hubiera aprendido de memoria un discurso para la ocasión y, mientras asistíamos al paso del tiempo en la cubierta de la embarcación, se dedicó a desgranar una retahíla de afirmaciones que le servían para afear la conducta y la vida de todos aquellos que desempeñaban otros cometidos en la *Jemet.*

—Mira, mira —me decía acalorado—, ese hortelano lleva un yugo que le aplasta los hombros. La dureza de la madera le ha ocasionado incluso un callo purulento en el cuello. Por la mañana riega legumbres. Por la tarde echa agua a los pepinos. Al mediodía hace lo mismo con las palmeras, y ¿sabes cuál es el pago que recibe por ese trabajo? Pues que muchas veces acaba desplomándose y muriendo bajo la carga.

La imagen de aquel pobre desgraciado —al que casi me parece estar viendo en estos momentos— me impresionó porque, efectivamente, el pedazo de madera burda y sin desbastar parecía haberse convertido en un órgano más de su cuerpo. Pero, en vez de estar destinado a proporcionarle una ayuda adicional, le inyectaba un dolor acrecentado, como si de un miembro enfermo se tratara. Aún estaba reflexionando en ello cuando mi padre apuntó, con una mezcla de desprecio y conmiseración, a unos campesinos que, desnudos, se ocupaban de laborar en uno de los campos situados a la orilla del *Hep-Ur.*

—Fíjate, hijo, en esos hombres. Gritan más que los cuervos y sus dedos están llenos de callos. A veces los siervos de la *Per-a'a* se los llevan como mano de obra al norte de la tierra de *Jemet.* Tendrías que ver lo que eso significa para esa gente. En el viaje de ida ya van hechos una lástima. Pero cuando llegan a su lugar de destino, aún es peor su condición. Allí tienen que sufrir por la enfermedad, por la tarea y por la inseguridad de si volverán o no a ver a su familia. Si, al final, son tan afortunados como para regresar del pantano, cuando vuelven a sus hogares son pingajos completamente exhaustos y con la salud destrozada.

Al contarme todo aquello no creo que mi padre fingiera. Por el contrario, creo que sabía lo que se decía y, posiblemente, conocía a gente que había sufrido en algún momento una suerte como la que acababa de describirme. Apenado, realizó una pausa y, luego, sin mirarme a los ojos, con la voz apresurada, continuó. Lo hizo como si temiera que algo se le fuera a olvidar si no lo decía rápido y como si también

sufriera por el distanciamiento que se iba a producir inevitablemente cuando llegáramos a la *Per-anj*.

—Hijo, la vida en la tierra de *Jemet* es muy dura. Esas pobres gentes que ves ahí se esfuerzan como bestias sólo para conseguir algo de pan y algunas verduras que dar a sus familias. Sin embargo, incluso conseguir algo tan modesto no les resulta nada fácil. Se agotan en el campo, sostienen con su sudor a la *Per-a'a* y a los sacerdotes, a menudo son reclutados para combatir o realizar trabajos y sólo a costa de enormes sacrificios consiguen ahorrar algo que les permita garantizar que llegarán a *occidente* después de ir al *ka*. —Calló por un instante y me colocó las manos sobre los hombros —. Nebi, no deseo que ése sea tu futuro. Si tú logras aprender a leer y escribir... si consigues comprender las figuras que aparecen en las paredes de los templos y que se guardan en los archivos de los almacenes y los palacios, tu vida será muy distinta.

Creo que fue entonces cuando por primera vez experimenté en mi corazón un sentimiento que luego se repetiría en diversas ocasiones con el paso de los años, aunque no siempre pudiera ser sumiso al mismo. Se trataba de una compasión por la desgracia ajena mezclada con un deseo casi compulsivo de no participar en ella. La visión del hortelano y del campesino había removido algo en mi interior y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Pero, a la vez, y de una manera mucho más fuerte, sentí el impulso para no verme, bajo ningún concepto, reducido nunca a un estado como el suyo.

3

El viaje duró varios días. Cuando Ra descendía en *Meseket,* bajábamos del barco para dormir en tierra y antes de que el dios ascendiera a los cielos a bordo de *Mandet,* iniciábamos otra singladura aprovechando las horas en que el calor aún no se convertía en agobiante. Por fin, un día, la silueta de la *Per-anj* se dibujó sobre el cielo y supe que, posiblemente, aquélla sería la última noche que pasaría en mucho tiempo con mi padre. Apenas habíamos hablado desde el día en que me señaló la miseria que caracterizaba la existencia de campesinos y hortelanos, y, de manera instintiva, fui yo el que intentó entablar conversación. Habíamos terminado la frugal cena y mi padre se había levantado distanciándose un poco del resto del grupo. Puesto que podía tratarse de que hubiera ido a *cubrir sus pies,* lo más prudente y correcto habría sido esperar a su regreso, pero no lo hice. Al escuchar mis pisadas, se volvió y, sonriendo, me tendió la mano para que se la cogiera.

—He visto muchas palizas —comenzó a decirme con cierta tristeza—, y a las personas a las que obligan a trabajar... ¡Dedícate a los libros! Para gente como nosotros, que no formamos parte de la *Per-a'a,* no hay nada mejor. Adentrarse en los textos escritos es como subir a un barco que se desliza sobre el agua. Ahora no puedes entenderlo todo, pero debes saber que un escriba, en cualquier puesto de la ciudad, no experimentará sufrimientos. Se ocupa de las necesidades de otros, y, precisamente por ello, no carece de recompensas. Todavía eres un crío, pero pronto podrás ver cómo te saludarán y te asignarán tareas inmediatamente. Nunca tendrás que usar un delantal de jornalero.

Me sentí un poco desilusionado al comprobar que mi padre comenzaba a dispararme lo que sólo me parecía una repetición del discurso de unos días atrás. Incluso pensé en soltarme de su mano y regresar con el grupo para dormir, pero fue entonces cuando dijo algo que nunca antes le había escuchado.

—Mira, Nebi, hijo mío, si he estado viajando contigo hasta la *Per-anj*... —se detuvo como si le costara pronunciar las palabras que a continuación salieron de sus labios— ha sido porque te quiero. Tu madre y yo hubiéramos deseado que te quedaras con nosotros... Nos hubiera gustado verte crecer y convertirte en un hombre... No será así, pero no nos importa porque cada día pasado en la *Per-anj* redundará en tu beneficio. De allí saldrás transformado en un hombre sin amo. Sin haber tenido apenas que esforzarte, serás libre.

Yo, que he tardado tanto en estar cerca de los no sometidos a servidumbre, sé ahora que mi padre se equivocaba. Simplemente, había dejado que su corazón cayera en el lazo de pensar que una posición superior equivale a un estado de libertad. En realidad, se trata sólo de una servidumbre distinta. Él no lo sabía y aquella ignorancia

le llevaba a concebir esperanzas y anhelos de futura felicidad aunque no fuera él sino yo el destinado a recibir los beneficios de la condición de escriba y ver realizadas sus ilusiones. Sin saberlo, era presa del espejismo que arrastra a tantos hombres, el de ser dichosos porque ignoran la felicidad y el de creer que lo recibido por los hijos es una compensación por aquello de lo que carecieron.

En aquellos momentos, conmovido por la sinceridad de mi padre, lo abrumé con preguntas, abrí mi corazón para que salieran todas las inquietudes que se habían ido almacenando en su interior en los días anteriores.

—Pero, padre, todavía soy un niño. No sé lo que tengo que hacer. ¿Podré volver a veros a mi madre y a ti? ¿Quién va a cuidar de mí?

Al escuchar mis palabras, el rostro de mi padre perdió el gesto suave que sólo unos momentos antes se había dibujado en él y se cubrió con un velo de dureza. Entonces pensé que se sentía incómodo, irritado incluso, al escucharme. Ahora sé que, posiblemente, sólo deseaba evitar que sus sentimientos lo vencieran y que la esperanza de mi futuro fuera desplazada por el dolor de dejar de verme.

—No debes temer nada, Nebi —cortó de manera tajante—. Eres un muchacho inteligente y además la *Renenet* de un escriba está sobre su hombro desde el día de su nacimiento. Si eres prudente, sólo puedes esperar lo mejor de esta vida...

Por unos instantes, cerró los labios y dejó que la cabeza descendiera levemente sobre su pecho. Luego volvió a alzar la frente, respiró hondo y, sin dirigir su mirada a mis ojos, siguió hablando:

—Estando en la *Per-anj*, vas a tener que vivir con muchachos de tu edad. La convivencia no siempre será fácil. Por eso, si estalla una disputa, no se te ocurra acercarte a los que discuten. Si te lanzan un reproche y no sabes cómo contestar calmando a la persona que lo ha proferido, búscate testigos entre los que te escuchan pero, sobre todo, no respondas con apresuramiento.

Asentí con la cabeza más por complacer y tranquilizar a mi padre que porque entendiera cabalmente lo que acababa de decirme.

—También te encontrarás con gente mucho más importante que tú... los sacerdotes, los maestros... Levántate cuando se dirijan a ti. Date prisa en obedecer cuando te ordenen que vayas a algún sitio. Si alguna vez te mandan acompañarlos, no camines nunca a su lado, sino detrás, y síguelos a una distancia apropiada. Nunca pidas nada. Haz lo que te digan. Ah, y no te abalances sobre la mesa cuando llegue la hora de comer. ¿Entiendes, Nebi?

Nuevamente volví a asentir, aunque mi corazón albergaba profundas dudas acerca de mi capacidad para recordar todas aquellas instrucciones que mi padre estaba derramando sobre mí.

—Y, sobre todo, hijo, ten mucho cuidado con lo que hablas. Nunca cuentes lo que es secreto, y tampoco digas nada a tontas y a locas. Cerca de ti podría estar sentado

alguien hostil y siempre te estarías arrepintiendo de tu error. No te juntes tampoco con muchachos indisciplinados.

De repente se detuvo un instante. Quizá pensó que me estaba causando una preocupación innecesaria con aquellas consejas. A fin de cuentas, enfrente de él sólo estaba un niño pequeño que al día siguiente se vería separado de sus padres durante años. Sonrió, me colocó la mano derecha sobre el hombro y dijo:

—Y, sobre todo, hijo, no tengas miedo. Nunca estarás solo. La *Mesjenet* asignada al escriba lo hace avanzar en el consejo. Honra siempre a los dioses a causa de tu padre y a causa de tu madre, que te colocaron en el camino de la vida. Bueno, creo que ya es bastante. Será mejor que vayamos a dormir. Mañana nos espera un gran día.

4

No fue un gran día. El inicio del camino hacia la libertad, el principio de mi vida sin amo tuvo la apariencia —y la realidad— de algo bien distinto. Delante de las grandes puertas de la *Per-anj* se agolpaban docenas de muchachos con sus familias. Aunque distintos en su aspecto externo, en las facciones de sus rostros e incluso en sus atavíos, todos ellos habrían podido reducirse a dos grupos: los que manifestaban seguridad porque procedían de familias que, como mínimo, detentaban la posición de escribas, y los que se veían sometidos a partes iguales a las sensaciones de esperanza y de temor. De esperanza porque, presumiblemente, sus hijos tendrían un futuro mejor que el presente de ellos; de temor porque, en realidad, los encaminaban hacia algo desconocido.

Hacía ya bastante rato que Ra había comenzado a remontar los cielos a bordo de *Mandet,* cuando las puertas de la *Per-anj* se abrieron y dos hombres de cráneo rasurado y vestiduras de lino salieron por ellas. De su hombro izquierdo colgaba la bolsa con los útiles de los escribas. Con ese gesto típico de los funcionarios que luego he visto decenas de veces, no se molestaron en mirar a las personas que había delante de ellos e incluso se volvieron de espaldas con discreción no excesiva cuando una mujer se acercó a ellos, sin duda para formularles alguna pregunta. Se trataba de personas conscientes de su importancia y del enorme abismo que les separaba de toda aquella gente.

Llevábamos un rato esperando para ver en qué pararía todo aquello cuando por las puertas abiertas apareció un hombre al que seguía otro más cuya cabeza se veía protegida del ardor de Ra gracias a un esclavo que sujetaba un parasol blanco y redondo. Aunque, aparentemente, su vestidura lo hacía idéntico a los otros, en su porte, en su manera de andar y en su mirada se traslucía algo que lo diferenciaba radicalmente de ellos. Un segundo esclavo, que caminaba en pos de él, colocó sobre el suelo una silla de madera bruñida e hizo un gesto solícito con la mano para que tomara asiento. Cuando, finalmente, de manera lenta y digna, aquél depositó sus posaderas sobre el mueble, los dos escribas que habían aparecido al principio comenzaron a gritarnos para que calláramos y estuviéramos atentos. Apenas les costó conseguirlo, pues la admiración había ido dejando paso en las gargantas de la gente a un silencio atónito y casi reverencial. Cuando éste se convirtió en absoluto, uno de ellos sacó de su bolsa un rollo y, tras pedir permiso al hombre sentado, comenzó a leer de una lista.

Como el agua que cae de la jarra, de la boca de aquel sujeto fueron surgiendo, suaves y seguidos, nuestros nombres y, como si de un ritual mágico se tratara, cada uno de nosotros nos despedimos, apenas sin atrevernos a hacer un gesto, de nuestros

acompañantes para ir formando una hilera, ordenada y silenciosa, bajo la mirada supervisora de los sacerdotes. No éramos muchos. Quizá no superábamos el medio centenar, pero, pese a lo reducido de nuestro número, ya habíamos empezado a ser importantes. Un día de nuestras filas surgirían los funcionarios, los sacerdotes, los médicos y, como mínimo, algunos de los jefes militares que cimentarían con más solidez que nunca la grandeza de *Jemet* frente a los asaltos caóticos de los *aamu*.

A medida que la fila de muchachos iba entrando en el templo, intenté volver hacia atrás la cabeza y contemplar el rostro de mi padre. Pero el deseo de no perder el paso y de evitar una reprimenda impidió que lo consiguiera. Muchas veces he reflexionado intentando saber las emociones que se dibujarían en su cara en aquel momento. ¿Orgullo? ¿Alegría? ¿Pesar? ¿Inquietud? Nunca he llegado a saberlo.

El primer día en el recinto sagrado me resultó especialmente desagradable. Por primera vez me veía totalmente separado de mis padres, que siempre me habían tratado con cortesía y buenos modos. Allí fue muy diferente. Nos obligaron primero a desnudarnos en una promiscua y desagradable cercanía que a mí me recordó a las bestias apiñadas en el corral. Luego nos ordenaron que nos frotáramos el cuerpo con materiales ásperos y burdos para garantizar que no quedara ni la más mínima señal de suciedad, algo que, hay que reconocerlo, no estaba de sobra para muchos de los presentes. Finalmente, fuimos pasando ante un barbero que se ocupó de rasurarnos la cabeza hasta dejar nuestro cráneo liso y sin vello, como el de los sacerdotes. Sin duda, hay mucho de sabio en una medida así porque evita la aparición de parásitos y que se almacene el sudor y la mugre. Quizá es natural que por ello nos sintamos más limpios que los *aamu* o que los habitantes de *Wawat*. Pero, en aquellos momentos, y durante el tiempo que tardamos en acostumbrarnos a aquel nuevo estado de nuestra cabeza, el afeitado se convirtió en un auténtico suplicio. El escozor, el picor y el dolor se hacían insoportables especialmente cuando sudábamos o los insectos decidían planear sobre nosotros.

Apenas habíamos salido de aquellas primeras impresiones cuando los sacerdotes decidieron proporcionarnos otras aún más estimulantes. Nos encontrábamos reunidos en uno de los patios interiores, temblorosos, amedrentados, con la cabeza pelada y una especie de taparrabos de lino que nos habían dado a todos, cuando hizo acto de presencia un hombrecillo de aspecto tranquilo, acentuado por una ligera barriga. Llevaba una fina varita de madera bajo el brazo y, colgada del hombro, una bolsa con los útiles de los escribas. Nos miró con una media sonrisa, se detuvo enfrente de nosotros y comenzó a hablar.

—Muchachos, mi nombre es Amenmose y he sido designado por la diosa para ayudaros a dar los primeros pasos en el proceso que terminará culminando en vuestra educación. Seguramente os estaréis preguntando qué os espera dentro de estos muros. Pues bien, no es necesario que esforcéis vuestra imaginación porque voy a decíroslo

claramente y sin ningún tipo de rodeos. Aquí sólo tendréis lo que os merezcáis. Los que se esfuercen personalmente, obedezcan a sus superiores y no trastornen el orden recibirán con toda seguridad, al final de sus estudios, un puesto desde el que servir a la divinidad, proporcionar gloria a la *Per-a'a* y mantenerse a sí mismos y a sus familias hasta el día en que vayan al *ka.* En cuanto a los que no sigan esa conducta apropiada, serán objeto de la disciplina necesaria para reprimir su necedad y si ni aun así cambian de actitud, serán expulsados...

Había llegado a ese punto de su discurso cuando de pronto su rostro plácido pareció experimentar un cambio súbito y sus ojos se clavaron en alguien que estaba a mis espaldas.

—Eh, tú —dijo con voz imperiosa—. Sí, tú, el larguirucho. ¿Qué es eso tan importante que tienes que comentar con el de al lado para decidir no escucharme? ¿Te has creído que soy un babuino chillón al que puedes permitirte pasar por alto?

Como movidos por un resorte, giramos nuestros cuellos para ver a quién se dirigía. El apelativo de «larguirucho» no carecía de razón porque, sin lugar a dudas, se trataba del muchacho más alto del grupo. Delgado, espigado, con unos miembros desproporcionados, en su faz se descubrían algunos rasgos negroides. Pero ahora, toda su estatura, en lugar de imponer, causaba sensación de desamparo y despiste, de temor y desconcierto. Con el maxilar inferior caído por el asombro, se había llevado una mano al pecho como preguntando si se dirigía a él.

—Sí, estúpido hijo de un chacal y una perra, es a ti a quien me refiero. Ven aquí inmediatamente y arrójate en el polvo.

Sin terminar de reponerse de la sorpresa, el muchacho corrió asustado hasta donde estaba Amenmose y se tumbó de un golpe en el suelo, levantando una nubécula de suciedad.

—Ahora vais a ver a lo que me refería cuando hablaba de disciplina... Tú y tú —dijo Amenmose señalando a dos muchachos—, venid aquí inmediatamente.

Los niños se desplazaron, lívidos, hasta el lugar donde Amenmose estaba. Como yo, ignorarían para qué habían sido requeridos y, sin duda, eso les inyectaba un temor que podía verse con facilidad reflejado en sus rostros.

—Tú, sujeta a este necio por las manos, y tú, hazlo por los pies —ordenó a los dos críos, mientras les apuntaba autoritariamente con el índice de su mano derecha—. Os advierto que si se mueve, seréis vosotros los que recibiréis por partida doble su castigo.

Los dos se abalanzaron sobre las extremidades del niño que yacía en el suelo y se aferraron a ellas como el pescador que sujeta las fauces del cocodrilo para que no se abran y le devore. Sudaban y resoplaban, intentando no perder a su compañero, convertido circunstancialmente en presa y garantía de que, a su vez, no serían sancionados. Éste debía de imaginarse ya por entonces lo peor porque había

empezado a sollozar bajito como si temiera que el llanto le acarreara mayores desgracias.

—Y vosotros —dijo Amenmose mirándonos a todos—, estad bien atentos. Vais a saber de primera mano lo que significa ser desobediente y recibir la disciplina exigida para esos casos.

A continuación sacó de debajo de su brazo la varilla de madera y cortó el aire con ella dos o tres veces como para asegurarse de que estaba bien templada. Luego, con paso decidido, se acercó al joven tumbado, le desató el taparrabos y dejó al descubierto sus nalgas. A continuación respiró hondo, tomó fuerzas y comenzó a descargar varazos sobre el trasero del niño de manera rítmica y sincopada, a la vez que contaba los golpes. No había en su rostro el menor asomo de ira ni tampoco la sensación de estar disfrutando con aquello. Era más bien el gesto, impersonal y seguro, del que sabe que hace lo que debe. Después del primer golpe, el niño comenzó a berrear de una manera terrible. Moqueaba y babeaba, mientras de su boca salían gritos que aseguraban que no haría aquello nunca más. Quizá deberíamos haber sentido compasión por él, pero tan noble sentimiento quedó más que cegado ante la visión de las tiras finas y rojizas que el azote iba entrecruzando en las posaderas del infeliz. Cuando llegó a los diez golpes, Amenmose se detuvo. Recuperó el resuello, metió la suave panza y se volvió a dirigir al muchacho al que acababa de castigar.

—Es tu primera vez y seguramente tendrás bastante con esto. Levántate y vuelve con tus amigos. —Y dirigiéndose a los niños que habían sujetado a su compañero, añadió—: Vosotros también.

El niño larguirucho se alzó del suelo como pudo, intentando a la vez sonarse los mocos, taparse las vergüenzas y secarse los ojos, todo ello sin dar ocasión para un nuevo castigo por su retraso. Cuando lo vi pasar a mi lado, sentí pena de él y supe que si Amenmose no se había detenido ante él, que era el más alto y el más fuerte, tampoco lo haría con ninguno de nosotros.

—Debéis saber que a partir de hoy estaréis completamente sometidos a mis órdenes. Yo os enseñaré a escribir y a descifrar lo que otros escribieron. De mí aprenderéis cómo medir los campos después de la crecida del *Hep-Ur* y cómo calcular el trigo que los campesinos deben entregar a la *Per-anj*. En suma, todo lo que es necesario y práctico para servir a vuestros semejantes. Pero debéis recordar en todo momento lo siguiente: os trataré siempre con justicia y sólo cosecharéis aquello que antes hayáis sembrado. Ahora os acompañaré a vuestro lugar de descanso...

5

Aunque severo, Amenmose hizo honor a su palabra en los meses siguientes. Debo decir que, en general, se trataba de un hombre justo y razonable que, en ocasiones, hasta se permitía bromear con nosotros y, muy excepcionalmente, participar en nuestros juegos. Había tres cosas, sin embargo, que no podía soportar: la haraganería, la mentira y la falta de respeto. En el grupo en el que yo estaba pocas veces tuvo que enfrentarse a ninguno de esos terribles defectos. Tras golpear al larguirucho —luego supe que se llamaba Hepu y que era hijo de un soldado y una mujer de *Wawat*—, nadie se atrevió a interrumpir una sola de sus explicaciones. Pero lo cierto es que bebíamos de las mismas no sólo por temor, sino también porque sabíamos que nuestra vida dependía de ellas.

Recuerdo que dos niños de nuestro grupo no llegaron a terminar sus estudios con Amenmose. No eran malos ni holgazanes, sino simplemente torpes. Inicialmente nuestro maestro intentó estimularlos con la vara, pero pronto comprendió que no se trataba de falta de voluntad, sino de capacidad. Finalmente, optó por enviar recado a sus familiares para que vinieran a recogerlos. Aquello nos causó mucha pena —y más a mí, que había llegado a intimar bastante con uno de ellos llamado Rasha— pero, sin duda, resultaba inevitable. Cierto como que Ra asciende todos los días al cielo a bordo de *Mandet* resulta que no toda la gente sirve para estos menesteres, y cuando se permite que todos accedan a ellos la única consecuencia es que la enseñanza se dispensa con menor rigor y profundidad y, finalmente, todos salen perjudicados. Amenmose lo lamentó, pero, según nos dijo, siempre tuvo claro que no podía sacrificar a todos sus alumnos por dos muchachos a los que los dioses no habían dado más inteligencia.

Hacerme con el arte de escribir no representó dificultad especial para mí. Antes de que la estación de *shemu* diera paso a la de *ajet,* sabía trazar con cierta destreza algunos de los rasgos esenciales de nuestra lengua en su forma escrita. Como luego sabría al estudiar otras, nuestra manera de escribir no se limita a dar un valor a cada parte de un sonido, sino que se vale de signos que, en ocasiones, expresan ya de por sí ideas completas. Amenmose se percató pronto de mi habilidad y en pocos meses decidió ir dándome fragmentos de obras literarias para que intentara leerlas y progresara así en la medida de mis capacidades. Aquello, que sólo podía beneficiarme, por otro lado, me permitió recibir un trato más benévolo en otras áreas.

Y es que, si la lectura y la escritura fueron para mí más una diversión que un aprendizaje, no puedo decir lo mismo de la resolución de problemas. Huelga decir que tanto la supervivencia de *Jemet* como el funcionamiento de la *Per-a'a* o la realización de las grandes construcciones exige dominar a la perfección estos

trabajos, pero aquello no me estimulaba lo más mínimo a la hora de conseguir comprenderlos mejor. Cuando tenía que trazar los signos para las unidades, las decenas, las centenas, los millares, las decenas de millar, las centenas de millar o el millón, no eran pocas las veces que perdía la cuenta y dejaba alguno sin escribir. Por ejemplo, todos saben que la cifra nueve mil se escribe con nueve signos de millar. Pues bien, no era raro que yo escribiera ocho o diez. Trazar con el cálamo, por ejemplo, la palabra «escriba» no representaba la menor dificultad. Era simplemente cuestión de memoria y de cierta habilidad, una habilidad de la que no carecí nunca. Pero escribir novecientos noventa y nueve exigía veintisiete dibujos diferentes y no era raro que alguno se me pasara por alto.

Sumar y restar, pese a las dificultades indicadas, tampoco me costó grandes problemas, pero, de nuevo, multiplicar y dividir se convirtieron para mí en operaciones resbaladizas de cuyo resultado no estaba seguro casi nunca. Eran tantas las cantidades que había que ir duplicando y tantos los pasos donde podía tropezar que raro era que no lo hiciera en alguno. Por supuesto, y partiendo de esa base, los problemas *aha* no eran un terreno en el que yo destacara. Aún más. En aquellos momentos no entendía cuál podía ser la utilidad de responder a preguntas del tipo: «Una cantidad, si se le añade la cuarta parte, resulta quince, ¿qué cantidad es?», o del estilo de «¿cómo dividir 100 en dos partes para que la raíz cuadrada de una de ellas sea los 3/4 de la otra?».

Por las mañanas, tenía que dedicarme a temas áridos como el cálculo de la superficie del círculo (sí, aún recuerdo que el procedimiento consistía en sustraer 1/9 del diámetro y en calcular la superficie del cuadrado correspondiente) o el del saco que contiene oro, plata y plomo, comprado en 84 lingotes, del que había que calcular el valor de cada metal. En más de una ocasión Amenmose debía haberme golpeado con su vara, pero siempre encontraba algún camino —generalmente, una pregunta de historia o de literatura— para compensar mi error y no tener que recurrir a la disciplina.

Además era consciente de mi comportamiento por las tardes. Mientras mis compañeros se entregaban a los juegos, yo me dedicaba a repasar y memorizar signo tras signo de los que componen nuestra lengua escrita e incluso a escribir cosas relacionadas con los sucesos del día, con aventuras imaginarias fraguadas en mi mente o con las costumbres de los sacerdotes o los animales. Cuando, una tarde, recibiendo la brisa que venía del *Hep-Ur,* Amenmose descubrió aquellos trazos escritos con inseguridad y entusiasmo, no tardó en sumirse en su lectura. Aquí y allí me hizo alguna observación. Con gesto duro me señaló que el grafismo empleado no era el correcto o que la construcción de la frase dejaba mucho que desear. En los días siguientes descubrí su mirada, que se posaba sobre mí a hurtadillas. Finalmente, una tarde, se franqueó conmigo.

—Nebi, he estado pensando en lo que te vi escribir el otro día... —comenzó a decirme con gesto meditabundo, mientras se rascaba la barbilla pulcramente rasurada.

Contuve el aliento esperándome lo peor. Por aquellos días había sido devuelto a casa uno de los compañeros a los que me referí antes y temí que ése pudiera ser también mi destino. A juzgar por lo que me había ido indicando Amenmose, mi forma de escribir dejaba mucho que desear…

—... todo lo que habías trazado era muy imperfecto. Aquello estaba cargado de errores y equivocaciones...

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta y que apenas podía contener las lágrimas. Si me expulsaban, ¿qué podría decirles a mis padres? Para ellos significaba un gran honor, un incalculable privilegio el poder tenerme allí estudiando...

—... leyendo todo aquello me hice aún más a la idea de que debes estar más atento en clase, pero, aun así...

Hizo una pausa y frunció los labios como si no encontrara las palabras exactas para expresar lo que quería.

—... aun así, reconozco que en ti existe un talento especial. Verás, Nebi, durante años he enseñado a muchos niños. En general, eran buenos muchachos que luego han servido con dignidad en diferentes posiciones. Algunos incluso han llegado a desempeñar altos cargos, pero pocos, muy pocos, poseían talento.

Me sentí tentado de pedirle que se expresara mejor, pero la inseguridad atenazó mis labios como si se tratara de un cerrojo.

—El talento es algo que no puede encontrarse en los *aamu,* ni tampoco en la gente de *Wawat.* El pobre Hepu, por ejemplo, sigue estudiando porque no es del todo torpe y además su padre es un bravo soldado a las órdenes de la *Per-a'a,* pero ya te habrás percatado de que no es precisamente un niño inteligente. Tampoco quisiera que creyeras que se trata de algo común o siquiera medianamente extendido entre los que hemos nacido en la tierra de *Jemet.* No, Nebi, no. En realidad, el talento sólo se encuentra en algunos hombres a los que los dioses han bendecido de una manera especial y... creo que tú, Nebi, eres uno de ellos.

Me quedé petrificado al escuchar aquello. En el interior de mi corazón el desconcierto había sucedido al temor y en esos momentos no sabía a ciencia cierta ni qué pensar ni qué decir.

—En lo que tú escribiste se puede percibir una inteligencia que va más allá de lo normal. Ya sé que no eres muy bueno calculando las dimensiones de un campo o la manera en que habría que medir distancias, pero, créeme, para hacer eso no hay que ser especialmente inteligente. Mas escribir, imaginar, narrar como tú lo haces... hijo mío, eso pueden hacerlo muy pocos. Sin duda, posees ese don y no puedes desaprovecharlo convirtiéndote en un mero funcionario, en un hombre mediocre a las órdenes de hombres mediocres. Por otro lado, debes gratitud a la diosa que te ha

hecho así...

Amenmose hizo una nueva pausa, e intuí que estaba a punto de decir algo que resultaría decisivo para mi vida.

—Nebi, piensa bien antes de darme una respuesta. De ello depende ciertamente tu futuro... ¿Te gustaría ser sacerdote de la diosa y ahondar en los misterios de la divinidad? ¿Te gustaría escribir, una vez que supieras hacerlo correctamente, claro está, como ocupación principal? ¿Te gustaría aprender otras lenguas y hablar con hombres de tierras lejanas como hablas conmigo?

En el suave aleteo de las ventanas de su nariz percibí una emoción contenida, una inquietud especial, desconocida hasta entonces para mí. Pero al mismo tiempo supe, con una certeza que pocas veces he sentido después, que la propuesta de aquel hombre estaba encaminando mi vida por un sendero que me atraía y que alguien sobrehumano estaba abriendo seguramente para mí. Respiré hondo, le miré un instante a los ojos y contesté de manera afirmativa.

6

Aún sigo sin saber qué dijo Amenmose a sus superiores después de la conversación que sostuvo conmigo, pero, fuera lo que fuese, el jefe de los sacerdotes, Ptahmose, aceptó las propuestas de mi maestro. De hecho, aunque seguí recibiendo enseñanza junto con mis compañeros, pronto se me hizo objeto de una deferencia especial. Y, poco a poco, a medida que iban pasando los años, mi vida fue estando más relacionada con los otros sacerdotes y con los aspirantes a serlo que con los jóvenes de mi edad. Con el transcurso del tiempo, llegué a diferenciar sin dificultad a los *sem*, relacionados con la momificación, de los *hemka*, encargados de los ritos funerarios, o de los *hemneter*, destinados al servicio del templo. Descubrí asimismo que entre ellos había diferencias considerables y que mientras algunos llegaban a ostentar el honorable cargo de *jeri-heb* en la misma *Per-a'a*, otros acababan encasillados en la condición de *web*, como siervos de un templo secundario en un destino que en poco o nada se diferenciaba del destierro. Lejos de ser un camino de sabiduría y aventura, como pensé la tarde de mi conversación con Amenmose, el sacerdocio no pasaba en buen número de casos de la rutina y del aburrimiento en la distancia. Sólo los muy capaces o los muy influyentes podían esperar otra cosa. No pertenecía yo a los segundos y, por tanto, sólo me quedaba la esperanza de esforzarme lo suficiente como para encontrarme entre los primeros.

Durante aquellos años me vi inmerso en una disciplina aún más rígida y agobiante que la que había conocido en los primeros meses de mi estancia en la *Per-anj*. Debía levantarme antes del alba y, a continuación, unido a otros sacerdotes y a los aspirantes, vestir, incensar y ungir con aceite la estatua de la diosa. Al mediodía ayudaba a echar agua de purificación a las fuentes sagradas del santuario y, por la noche, participaba en el ofrecimiento de dones a la divinidad.

La entrada en aquel mundo significó mucho para mí. De hecho, fue creando un entorno sólido y seguro que me permitió sentirme tranquilo incluso en medio de situaciones cuyo efecto puede ser devastador para una persona normal. Eso fue, de hecho, lo que me aconteció cuando supe que Meresanj y Nehemawy, mis padres, habían ido al *ka*. Lo sentí, los lloré e incluso llevé luto por ellos durante unos días a la vez que dispensaba ofrendas a la diosa para que llegaran tranquilamente a *occidente*. Sin embargo, en muy poco tiempo asimilé su pérdida, puesto que, en realidad, ya hacía años que habían salido de mi vida y que mi existencia giraba en torno a otros sentires y quereres. Entre ellos, sin lugar a dudas, el primer lugar lo ocupaba Isis.

Lejos de ser alguien distante, a quien veía en el templo mientras me hallaba postrado o en la calle mientras la sacaban en procesión, la diosa pasó a convertirse en un ser cercano, que, en ocasiones, me pareció más próxima que muchas de las

personas que pasaban por aquel templo. Isis, a la que todos llamaban *Weret-Hekau* y *Mut-Netjer,* es decir, la que cumplía las funciones de Señora y de Madre, porque efectivamente lo era, llegó a ser lo más importante de mi existencia.

Nufer, el sacerdote encargado de enseñarme cada rito y cada paso dado en honor de la divinidad, me contó, vez tras vez, la forma en que la diosa había dado inicio a todo lo bueno de que disponía el país de *Jeret*, desde la agricultura a la medicina, pasando por el matrimonio. Mi maestro en el sacerdocio era un ancianito menudo y delgado, amable y de buen color, que gustaba de explicarme todos y cada uno de los detalles de la existencia de Isis y los dioses relacionados con ella. A él debo muchos momentos de delicia y satisfacción, de emoción y religiosidad. Lloré cuando de sus labios brotó la descripción del asesinato de Osiris, el esposo de Isis, a manos del perverso Set, y me emocioné al escuchar los detalles del viaje de la diosa en busca de los despojos mortales de su divino marido. Como es sabido, al final todos fueron hallados con la excepción del falo, comido por el pez oxirrinco.

Nufer me enseñó asimismo cómo entender los gestos reflejados en las pinturas y en las esculturas, abriendo así un mundo nuevo e ignoto hasta entonces para mí. Le gustaba realizar aquella tarea obligándome a pensar, a discurrir, a reparar en algo que nunca había llamado mi atención.

—Nebi, existe un sentido en nuestra escritura más profundo del que has aprendido hasta ahora. De momento, sabes que determinados signos escritos se corresponden con determinadas palabras habladas, pero ¿te has parado a pensar por qué esos signos y no otros? ¿Has reflexionado alguna vez sobre la repetición de ciertas formas, de ciertos modelos en nuestras representaciones? Piensa, por ejemplo, en el *ieb*, el corazón. Su forma aparece en pectorales de nuestra diosa, en los jarros, en los amuletos, pero ¿por qué?

Yo balbuceaba algunas frases intentando encontrarle un sentido a todo y él fingía escucharme con interés por unos instantes, para, finalmente, afirmar que no estaba mal lo que decía pero que todo era mucho más profundo de lo que, al parecer, me imaginaba.

—El *ieb* es el asiento de la vida, de las emociones, de los sentimientos. Es el *ieb* lo que se pesa ante el tribunal de Osiris, es el *ieb* lo único que no se quita del interior de un cadáver antes de proceder a momificarlo... Precisamente por eso colocamos amuletos con forma de *ieb* entre las vendas de la momia, por eso lo relacionamos con Isis, por eso...

Y así podía continuar durante horas describiendo el significado del corazón y por qué era éste y no otro el símbolo utilizado en nuestra literatura, nuestros templos y nuestros palacios.

Sin embargo, a pesar de Nufer, a pesar del sosegado ritmo impuesto por nuestras tareas cotidianas, a veces, tenían lugar episodios que desmentían la suposición de que

todo era plácido en aquella existencia. Recuerdo al respecto un incidente que resultó especialmente significativo. Estábamos en la estación de *ajet*, aunque no tengo claro si sucedió en el mes de *tot* o en el de *paopi*. Han pasado muchos años y mi memoria no retiene ya todos los detalles. Nos encontrábamos lavando la estatua de la diosa cuando uno de los sacerdotes, un hombre ya mayor, llamado Tjenur, descubrió una manchita pequeña en uno de sus brazos. Puede ser que la misma se debiera a algún insecto o quizá, debido a su tamaño, a algún animalejo que hubiera conseguido entrar en el santuario inadvertidamente. El gesto de fastidio que el sacerdote dejó que se dibujara en su rostro resultaba, por lo tanto, justificado, aunque desdijera algo de la solemnidad del lugar. Lo cierto es que empleábamos buena parte del día manteniéndolo todo pulcro y ordenado, y un inconveniente como aquél resultaba molesto. Sin embargo, lo que sucedió a continuación resultó desaforado. Irritado por aquella huella de suciedad, lanzó un escupitajo contra la imagen y pidió con voz airada un trapo. Cuando se lo acercaron, frotó con el mismo la mancha y, sin abandonar en momento alguno su gesto hosco, comenzó a quejarse por el trabajo que les daba lo que denominó «este maldito trozo de piedra». Sentí un escalofrío al ser testigo de aquel comportamiento. ¿Cómo podía Tjenur, un sacerdote consagrado, escupir en la imagen de la diosa? ¿Cómo se atrevía a llamarla «maldito trozo de piedra»? Ciertamente, éste era el material en que estaba labrada, pero se nos había enseñado que la divinidad moraba en ella de una manera inefable e incomprensible para el corazón humano y que desde la misma escuchaba con atención y clemencia nuestras plegarias.

Ninguno de los sacerdotes pareció darle excesiva importancia al episodio, pero Nufer se abalanzó sobre el blasfemo y lo sacó a empujones del recinto sagrado. Supe después que el asunto había llegado a oídos de Ptahmose y que Tjenur había recibido una merecida reprimenda, aunque no se le expulsó del templo ni se le aplicó ninguna medida severa de disciplina. En mí quedó en aquel entonces el interrogante acerca de cómo un hombre tan cercano a la diosa podía ser tan grosero y, a la vez, tan necio, puesto que se arriesgaba a recibir un castigo fulminante de la misma. Los acontecimientos, sin embargo, me harían olvidar pronto ese incidente.

Aquel año la crecida del *Hep-Ur* se reveló desastrosa. Lejos de regar suficientemente los campos para que dieran una cosecha abundante, actuó sobre ellos más como un castigo de los dioses que como una bendición suya. En lo más hondo de mi corazón llegué a preguntarme si no sería la manera en que Isis, nuestra Madre y Señora, manifestaba su repulsa por la manera ultrajante en que había sido tratada su imagen. Nufer no se atrevió a asentir totalmente a mi opinión, pero tampoco la rechazó por completo.

Los campesinos que habitaban en las aldehuelas cercanas al templo advirtieron en seguida que aquel año traería hambre y suplicaron a Ptahmose que sacara en

procesión la imagen de la diosa para evitar una calamidad que ya se percibía como inevitable. Como siempre, el jefe de los sacerdotes accedió a los ruegos de aquella pobre gente, pero quiso dejar bien sentado que si la situación cambiaba, deberían manifestar su agradecimiento a la diosa y en el caso de que todo siguiera igual, tendrían que mostrar su resignación y conformidad extremando aún más si cabía su generosidad hacia el templo. Después, ante el grupo de campesinos que lloraba, gemía y se mesaba los cabellos frente a la perspectiva horrible del hambre e incluso la esclavitud por deudas, Ptahmose dio la orden de sacar del santuario en un día determinado la imagen de la diosa y de pasearla en procesión por la población cercana.

Así se hizo. Era demasiado ignorante aún para llevar el peso de la diosa sobre mi hombro y no pude, por lo tanto, disfrutar de ese privilegio que correspondió a otros. Como resulta habitual en este tipo de ceremonias, un grupo de sacerdotes levantaba la plataforma en que iba colocada la diosa y, a intervalos estudiados, se detenía mientras la gente salmodiaba y rezaba a la Madre y Señora. Los restantes sacerdotes, los aspirantes a serlo y los estudiantes de la *Per-anj*, presididos todos por Ptahmose, seguíamos a la divinidad.

—¡Madre nuestra, socórrenos! ¡Señora nuestra, apiádate de nosotros! —clamaba una multitud en la que pude ver el miedo y la desesperación tan presentes como la devoción.

—¡Intercede ante tu hijo Horus! ¡Vuelve tus ojos a nosotros! —chillaban impulsados por el espectro del hambre.

Abriéndonos paso con dificultad, cruzamos las miserables y polvorientas calles, procurando no caer desvanecidos por el aliento a ajo y cebolla de los que se acercaban a la imagen. En ellos latía la esperanza de que, tocándola, conseguirían una curación largamente anhelada o un favor especial como el de concebir y dar a luz hijos sanos. Cuando, finalmente, llegamos al lugar donde debía concluir la ceremonia, Ptahmose pronunció una predicación dirigida al pueblo. En términos generales, se trató de una larga exposición de los posibles pecados que podían haber provocado la cólera de los dioses, raíz real e indiscutible del comportamiento irregular del *Hep-Ur* aquel año. ¿Acaso no habían olvidado ser generosos con el templo? ¿Acaso no descuidaban muchas veces sus deberes espirituales? ¿Acaso no caían en la mentira, en la codicia de la mujer del prójimo, en el robo? ¿Cómo podían extrañarse de su situación presente? Con gestos firmes y palabras cortantes, el sacerdote jefe vapuleó a aquella masa durante un buen rato. Finalmente, sin embargo, dejó expresada la certeza de que aún se podía alimentar la esperanza en aquellos momentos:

—¡Hijos de la Madre y Señora! Vuestros actos del día de hoy han demostrado una vez más que la amáis como Soberana de vuestras vidas, que en ella habéis depositado

vuestra confianza más absoluta, que en ella tenéis una fe, fuerte y segura, que no será defraudada. Seguid creyendo en vuestra Madre, porque una madre nunca desampara a sus hijos y no os desamparará a vosotros. Aquí en la tierra y luego cuando partáis al *ka*, ella es y será vuestra mejor valedora. Y ahora invoquémosla...

Cuando concluyó la ceremonia, aquella gente sencilla se retiró a sus casas, aunque algunos de los más desdichados nos siguieron de regreso al templo con la intención de adquirir algunos recipientes con el fluido sanador de la Madre. No habían sido curados al tocar la imagen, pero esperaban que ahora, bebiendo el agua con que se lavaba ésta, obtendrían la satisfacción de sus anhelos. Seguramente, aquella noche la gente del pueblo durmió mejor confiada en que las espigas se colmarían y los ganados parirían más, en que las mujeres no tendrían un mal parto y en que los niños crecerían robustos y bien alimentados. ¿Acaso no lo había dado a entender así Ptahmose, el sacerdote de la Madre y Señora? Ahora sólo quedaba esperar, con tranquilidad, los resultados de la devota procesión.

7

Pero la diosa no escuchó a sus devotos hijos. Atribuí aquello a la conducta de Tjenur, el sacerdote blasfemo, pero cuando se lo comenté a Nufer, guardó silencio y no quiso expresar su opinión al respecto. Había contemplado los rostros de la gente y aunque, a mi edad, no podía llegar a entender del todo la magnitud de su preocupación, no conseguía borrar de mi corazón el recuerdo de la angustia que los embargaba mientras cruzábamos las calles de la aldea por donde habíamos llevado en procesión la venerada imagen. ¿Cómo era posible que nuestra Madre y Señora no los escuchara? ¿Acaso el pecado de un majadero como Tjenur podía recaer sobre tantos infelices, sobre sus familias y ganados? Finalmente, decidí comentar aquello con Amenmose.

—Nebi, hijo —me dijo con preocupación—, la actuación de los dioses no siempre es comprensible para los hombres. Quizá Tjenur sea el culpable de esto, pero ¿quién puede afirmarlo con seguridad? De en medio de esa multitud que tanta compasión te inspiró, ¿cuántos llevarán una vida que sea auténticamente buena? ¿Cuántos se acordarán de la diosa sólo cuando se avecinan problemas?

—Pero... —intenté argumentar.

—No, no, Nebi. No estoy diciendo que ésa sea la causa. Sólo pretendo que entiendas que nadie puede saber lo que los dioses van a hacer o por qué lo hacen y... y, por otra parte, debo aconsejarte que no hables de esto con nadie.

No pude evitar un gesto de extrañeza. ¿Qué quería darme a entender Amenmose?

—No me entiendas mal. Lo que deseo es que nadie te confunda con una persona descreída e impía. Guarda en tu corazón estas cosas sin compartirlas con nadie. La Madre acabará mostrándote todo.

Con aquella frase dio por terminada la conversación. Se levantó y desapareció de mi presencia. Ra descendía a bordo de *Meseket y* su luz rojiza producía curiosos juegos de colores en los muros rectos del silencioso templo. Por primera vez hasta entonces me percaté de su enorme solidez, de su carácter macizo y pétreo. En lugar de albergar a una poderosa divinidad, daban la impresión de constituir una fortaleza destinada a frustrar vigorosos asaltos.

Unos días después de la conversación con Amenmose pude ver de cerca las primeras consecuencias de la escasez. Unos recaudadores de impuestos de la *Per-a'a* pidieron albergue en el templo y Nufer me comunicó que se me había designado para ser una de las personas encargadas de servir la mesa mientras cenaban con Ptahmose. No pude oír la conversación en su totalidad debido al continuo movimiento de jarras, ollas y platos en el que me vi enredado, pero, aun así, logré captar la sustancia de lo que hablaron. El año había sido malo y en algunos lugares de la tierra de *Jemet*

parecía inevitable que hiciera su aparición el hambre. Lo más sensato, quizá, sólo quizá, añadieron con prudencia los recaudadores, hubiera sido aplazar el pago de impuestos o incluso perdonarlos por este año. El señor de *Shemeu* y *Tamejeu* no hubiera sufrido en su nivel de vida regio y se habría contribuido a calmar un país que en algunas regiones se encontraba al borde de la desesperación. Sin embargo, lo cierto es que nuestro señor seguía necesitando imperiosamente bienes para llevar a cabo sus campañas contra los *aamu*, para alimentar y pagar al ejército y para sostener a toda la caterva de funcionarios que le parecían necesarios, incluyéndolos a ellos. Por tanto, los impuestos tendrían que ser cobrados, costase lo que costase. Ptahmose escuchó aquellas explicaciones en silencio sin dejar que su rostro revelase lo que sentía en su corazón. El templo tenía derecho a cobrar ciertas cantidades de algunos de los campesinos cercanos y, seguramente, no deseaba pillarse los dedos con una observación a destiempo. Terminada la cena, no entretuvo la sobremesa, sino que despidió a los recaudadores, arguyendo que el largo viaje los habría agotado y que lo que necesitaban realmente era descansar sus huesos.

A la mañana siguiente, cuando salíamos de aderezar la estatua de la diosa, pude ver como los dos recaudadores y los soldados, tres o cuatro, que los acompañaban abandonaban el templo para dirigirse a las aldeas cercanas. Durante el resto del día no volví a acordarme de nada de lo acontecido en las últimas horas. La rutina del servicio estaba calculada de tal manera que todo se ejecutara correctamente y sin dejar mucho tiempo libre, de modo que no resultaba fácil perderse en pensamientos ociosos. Pero cuando Ra estaba en lo más alto del cielo, pudimos oír unas voces que gritaban pidiendo auxilio al otro lado de los muros del templo. Algunos de los sacerdotes se precipitaron en dirección a los chillidos para ver de qué se trataba, e inmediatamente uno de ellos corrió en busca de Ptahmose. Cuando unos instantes después éste regresó con la orden de que se franqueara la entrada a los que así lo rogaban, pude ver que se trataba de los recaudadores de impuestos y de sus acompañantes. Venían maltrechos y sucios. Uno de ellos había perdido su peluca y al otro le faltaba una de las sandalias. En cuanto a los soldados, miraban recelosos a un lado y otro como si se temieran un ataque por sorpresa similar al que, presuntamente, acababan de padecer.

Cuando Ptahmose apareció en el patio, los dos recaudadores se echaron a sus pies gimoteando y haciendo aspavientos, quejándose e interrumpiéndose entre sí.

—Ah, mi señor, mi señor... nos han apedreado, nos han arrojado estiércol, ¿por qué, mi señor, por qué?

—Sólo cumplíamos órdenes de nuestro señor. Sólo pedíamos lo estipulado, ni un grano de trigo más.

—Yo he perdido mi peluca en la huida. La compré en Tebas a un mercader adinerado. Era excepcional, sin igual, ¿qué les había hecho mi peluca a esos

malditos?

—Yo voy descalzo... ¿es digno de un representante del señor de la tierra de *Jemet* ir descalzo?

No pudieron quejarse mucho más. Ptahmose los hizo callar y ordenó que les dieran agua para lavarse y alguna ropa en lo que volvían a adecentar la que llevaban puesta.

Sin mucha dificultad, pude enterarme de lo que había sucedido. Los recaudadores habían intentado, conforme a las órdenes recibidas, cobrar lo que los campesinos debían a la *Per-a'a*, pero su sola aparición en una de las aldeas bastó para provocar una reacción que cada vez resultó más desfavorable. Intentaron llegar a razones con el alcalde, y éste en verdad se encontraba dispuesto a colaborar con ellos, pero, de repente, una mujer del pueblo comenzó a increparlos con groserías y voces estentóreas. Al parecer, su hijito recién nacido había muerto unos días antes porque a ella se le había secado la leche a causa del hambre. El terrible dolor de la pérdida y, seguramente, la necesidad de responsabilizar a alguien de ella la llevaron a descargar su ira sobre los funcionarios. Pese a todo, posiblemente el engorro se hubiera solucionado con unos cuantos bastonazos propinados a la infeliz, de no ser porque su cólera comenzó a contagiarse a otros campesinos allí presentes y pronto casi todo el pueblo estaba vociferando en contra de los recaudadores y del alcalde. Cuando quisieron darse cuenta, empezaron a llover las boñigas de ganado y las piedras, y en medio de esa apresurada huida extraviaron los forasteros la peluca, la sandalia, y suerte tuvieron de no perder algún miembro o incluso la vida.

Se trataba de un episodio lamentable, pero pensé que aquello no tenía por qué afectarnos a nosotros. Yo había contemplado la devoción del pueblo cuando sacamos en procesión a la Madre y Señora y me parecía inconcebible que ahora pudieran volverse en contra nuestra simplemente porque habían tenido un incidente con gente a las órdenes de la *Per-a'a.* Pero me equivocaba. Apenas Ra había comenzado su viaje en *Meseket,* cuando pudimos escuchar el estruendo causado por una turba que se iba acercando al templo. Por el rostro de inquietud de algunos sacerdotes pude colegir que se trataba de algo muy preocupante, aunque a decir verdad no acertaba a comprender del todo el porqué.

No pasó mucho tiempo antes de que Ptahmose hiciera acto de presencia. Acudía ataviado de manera especial, como en el día de la procesión, con una piel de leopardo sobre los hombros y un collar de oro macizo en torno a su broncíneo cuello. Aunque intentaba aparentar su calma habitual, pude ver que en sus ojos bordeados por pintura negra se dibujaba una cólera mal reprimida. Con un gesto, ordenó que abrieran las pesadas puertas del templo y se dispuso a salir al encuentro de la encolerizada multitud.

Una vez fuera, se produjo un silencio sepulcral. Alto, enjuto, de mirada

penetrante, no podía sino impresionar a aquellos campesinos incultos. Ya era casi noche cerrada, por otro lado, y la luz de las teas encendidas por los lugareños y por algunos sacerdotes contribuía a dar mayor solemnidad al encuentro. Por un momento pensé que se dispersarían todos y que a eso se reduciría todo el episodio. Es posible que así hubiera acontecido, de no ser por algo que alteró el desarrollo de las circunstancias. Ptahmose no esperó a que la muchedumbre expresara sus deseos. Directamente, de manera seca y tajante, declaró lo que podían esperar de él.

—Esta acción se asemeja demasiado a un motín. Sé por qué estáis aquí, pero no penséis que voy a entregaros a esos hombres. En primer lugar, porque sólo cumplían con su deber al rogaros que contribuyerais al esfuerzo de sostenimiento de la *Per-a'a*, que mantiene el mundo en orden frente al caos. En segundo lugar, porque la diosa, vuestra Madre y Señora, les ha concedido asilo y ese asilo es sacrosanto. Volved a vuestras casas ahora y...

—¡Tenemos hambre! ¡Queremos dar de comer a nuestros hijos! —gritaron varias voces desesperadas interrumpiendo a Ptahmose.

El sacerdote fingió que no las había oído e intentó continuar su perorata.

—Mañana, cuando Ra suba a los cielos en *Mandet,* recibiré a una representación vuestra, al alcalde y a dos más, y discutiremos todo esto...

—Perro ladrón, tú eres tan culpable como ellos. Te escondes tras las faldas de la diosa para chuparnos también la sangre —se oyó de repente.

Esta vez Ptahmose sí calló. Se trataba de un insulto grave contra él, contra el templo y contra la diosa. Por un momento, me temí lo peor. ¿Serían capaces de atacarle? ¿Osarían violar lo sagrado de su persona? ¿Realmente era aquella la gente que apenas unos días antes había buscado la protección de la diosa con lágrimas y plegarias?

Ptahmose había vuelto el rostro hacia el lugar de donde procediera la voz. Su gesto duro, su nariz aquilina, su perfil cincelado me hicieron pensar por un momento en Horus, el dios en forma de halcón. La comparación no era tan descabellada como podía parecer a primera vista. También él era un hijo de la Madre, y daba la impresión de sentirse profundamente ofendido por lo que acababa de escuchar. Caminó dos pasos en la dirección de donde habían surgido los insultos y, de manera inesperada, levantó en alto el bastón que llevaba en la mano.

—Mirad, hijos necios y desobedientes, fijad vuestros ojos y no olvidéis —dijo mientras paseaba su vista por la multitud.

Y entonces sucedió lo inesperado. A la vista de todos, el cayado de Ptahmose cambió de color y de forma. Lo que antes resultaba opaco pasó a ser brillante, lo que carecía de tonalidad comenzó a manifestar color, lo que era un pedazo de madera se transformó en un palpitante reptil. ¡El sacerdote había convertido su vara en una serpiente!

8

Ni los más recalcitrantes revoltosos se hubieran atrevido a resistirse frente a la manifestación de poder espiritual realizada por Ptahmose. Convertir un trozo de madera inanimada en un ser vivo era algo que sólo podía realizar una persona respaldada por la propia divinidad. Tal era el caso precisamente del hombre al que habían ultrajado pronunciando palabras injuriosas o simplemente permitiendo de manera pasiva que las mismas fueran proferidas. Pero el prodigio fue suficiente para que mudaran de opinión. Como golpeados por una fuerza invisible y superior, comenzaron a caer de rodillas y a gimotear, a gritar y a lanzar polvo sobre sus cabezas. Poco podía dudarse de que sus corazones rebosaban temor por las consecuencias de su blasfema acción.

El sacerdote no quiso seguir más tiempo con ellos. Quizá le repugnaba aquel espectáculo que, en el fondo, sólo ponía de manifiesto lo mudable de la condición humana. Lo cierto, sin embargo, es que no permitió que ninguna emoción aflorara en su rostro. Mientras los veía arrastrarse a sus pies, se limitó a pronunciar en voz alta y clara las palabras que resumían la voluntad de la Madre y Señora:

—Vuestra Madre ha hablado esta noche. Dentro de dos días pronunciará su juicio en esta misma explanada. Cuidad de no atraeros su ira.

A la vez que Ptahmose entraba de nuevo en el templo, algunos sacerdotes comenzaron a decir a la gente que se marchara a sus casas. En algún caso, incluso se atrevieron a propinar un empujón a algún componente de la turba, quizá resentidos por el miedo experimentado tan sólo hacía unos instantes. Sin embargo, nadie se atrevió a quejarse de aquellas manifestaciones de brusquedad.

Yo mismo me encontraba anonadado por lo que había visto y no acertaba a regresar al interior del templo. No es que no lo deseara. Era simplemente que algo superior a mí parecía haberme clavado los pies al suelo. Fue entonces cuando un sacerdote se me acercó y, sacudiéndome, me devolvió a la realidad. Se trataba de Hekanefer, el ayudante directo de Ptahmose. Le había visto en infinidad de ocasiones, pero no recordaba que alguna vez me hubiera dirigido la palabra y muchos menos que se hubiera dignado tocarme.

—El sacerdote Ptahmose desea hablar contigo. Reúnete con él inmediatamente en la salita que hay detrás de la cámara del tesoro.

Sin poder articular palabra, y como si terminara de despertar de un sueño, me encaminé con paso trémulo al lugar que se me había señalado. La habitación estaba llena de una espesa oscuridad sólo cortada por el resplandor que surgía de la pálida y débil llamita de una ovalada lámpara de aceite. Ptahmose se encontraba sentado con los codos apoyados en la mesa y ocultando su rostro entre las manos. Daba la

impresión de estar muy cansado. Hubiérase dicho que toda la fuerza había abandonado su corazón y que ahora apenas pervivía el más mínimo hálito en su ser. No me atreví a anunciar mi llegada. Permanecí callado unos instantes hasta que el sacerdote levantó la cabeza y se percató de mi presencia.

—Ah, Nebi, ya estás aquí. Siéntate, hijo, siéntate.

Me señaló un minúsculo taburete que reposaba enfrente de la mesa y tomé asiento con el mayor recogimiento del que fui capaz.

—Nebi, hacía tiempo que deseaba hablar a solas contigo. Ya han pasado años desde que Amenmose comenzó a contarme maravillas sobre ti y tu inteligencia. De hecho, él fue quien me convenció para que te sacáramos del grupo de los estudiantes de tu edad y te proporcionáramos la educación de un futuro sacerdote. Un buen hombre Amenmose... Al parecer escribes muy bien y aprendes con facilidad a expresarte en otras lenguas... Esto está pero que muy bien. Nufer me ha informado asimismo de que eres un joven voluntarioso y obediente, muy devoto de la Madre. ¿Es eso verdad?

Asentí con la cabeza sin despegar los labios. Ciertamente, toda mi vida giraba en torno a Isis, nuestra Madre y Señora.

—Bien, hijo, bien. Esta última razón es la que me ha llevado a llamarte en estos momentos. Pasado mañana tendrá lugar el juicio de Isis sobre cuyo ritual te supongo enterado.

Volví a inclinar la cabeza en señal de afirmación. Nunca había tenido ocasión de verlo, pero Nufer me había informado sobre el mismo en un par de ocasiones. Por privilegio especial de la *Per-a'a,* existían pleitos que no eran conocidos por los tribunales ordinarios de justicia, sino que estaban sometidos a la jurisdicción de los dioses. En su totalidad, se ocupaba de casos que enfrentaban al templo con gente ajena al mismo. Por regla general, se trataba de campesinos que se negaban a reconocer los límites de los campos después de la crecida o que protestaban por las subidas de impuestos anuales. Cuando se producía semejante colisión de intereses, el dios —en nuestro caso la diosa—, tras escuchar a ambas partes, decidía quién tenía razón. Los litigantes perdedores se veían entonces obligados a aceptar las pretensiones de los que habían ganado. Por supuesto, a nadie se le ocurría discutir el oráculo de la divinidad y mucho menos sugerir la posibilidad de una apelación.

—Nebi, lo que voy a decirte es muy importante.

Extremé aún más mi atención al escuchar aquellas palabras y el tono solemne en que habían sido pronunciadas.

—Deseo que tú seas uno de los porteadores de la Madre y Señora.

Me sentí en ese instante como alcanzado por algo superior. Abrí un par de veces la boca para expresar mis sentimientos, pero no logré emitir ningún sonido articulado.

—Es cierto que aún no eres un sacerdote, pero lo serás muy pronto y una persona

de tu talento debe irse familiarizando ya con este tipo de ceremonias.

Me arrojé a sus pies conmovido por el privilegio que se me otorgaba. ¿Quién era yo para que se me permitiera semejante dicha? Si mi familia hubiera tenido la sangre de *Per-a'a* o, al menos, hubiera pertenecido a una estirpe de sacerdotes, todo hubiera estado justificado, hubiera resultado lógico y natural... Pero así sólo podía sentir el abrumador peso de lo inmerecido.

—Está bien, está bien —dijo Ptahmose—, la diosa se siente complacida con tu humildad. Mañana no realizarás tarea alguna, sino que te prepararás durante todo el día para tu misión. Esta noche no dormirás en tu cuarto. Deberás retirarte a otro aposento, y nada más sentir que la luz de Ra penetra por la ventana, saltarás del lecho y recitarás salmodias a Isis. Ayunarás durante todo el día y por la tarde serás purificado. Uno de los sacerdotes te acompañará.

Al terminar de hablar, Ptahmose tiró de un cordón que había en la pared y esperó unos instantes. De repente escuché la voz de un sacerdote a mis espaldas.

—Mi señor, heme aquí.

—Tjenur, acompaña al joven Nebi a la sala destinada a la preparación de las purificaciones —ordenó Ptahmose sin molestarse en mirar al recién llegado.

—Ven conmigo —me dijo el sacerdote.

Tras realizar una inclinación de cabeza, salí de la habitación y comencé a seguirlo por los corredores. Mientras caminaba en medio de la penumbra me preguntaba cómo aquel hombre, pese a la acción blasfema que, tiempo atrás, había cometido contra la Madre y Señora, podía aún continuar al servicio del templo. Recordé los comentarios —o más bien la ausencia de los mismos— de Nufer y Amenmose y procuré centrarme más bien en lo que me esperaba en las próximas horas. Finalmente llegamos al aposento y Tjenur se despidió de mí.

—Procura descansar. Tu cometido es muy importante...

Percibí en estas últimas palabras un claro deje de ironía que me hirió profundamente. Mientras me miraba antes de despedirse, en su rostro se dibujó una mueca burlona. Aunque entonces no acerté a comprender aquel gesto, no pude evitar sufrir una cierta desazón y cuando finalmente desapareció de mi vista, no pude dejar de experimentar una sensación de alivio.

La habitación a la que me había conducido era un cuarto desnudo que sólo albergaba una silla, una mesita baja y un pequeño lecho directamente apoyado en el suelo. Antes de tumbarme en el mismo, me postré para dirigir mis oraciones a la diosa. Le manifesté toda la gratitud que sentía por su elección e insistí en que le sería fiel hasta la muerte ahora que me había señalado de tan generosa manera. Tardé en conciliar el sueño debido a la excitación de las últimas horas, pero, finalmente, mis párpados se volvieron pesados y caí en un sopor profundo y tranquilo.

Me desperté momentos antes de que Ra comenzara a subir en *Mandet.*

Inmediatamente salté del lecho y me postré en el suelo para recitar himnos a la diosa. Ignoro el tiempo que permanecí en esta postura, pero sí sé que el dolor de mis articulaciones, que en los primeros momentos me pareció insoportable, fue desapareciendo poco a poco. Al cabo de un rato, me sentí embargado por un curioso sentimiento de no importarme ya lo que pudiera suceder en la habitación y de hallarme a punto de entrar en otra realidad. Ra estaba bien alto en el cielo cuando Tjenur entró en mi aposento y me dijo que me levantara del suelo si no quería quedarme anquilosado. Molesto por sus palabras, decidí no prestarle de ahora en adelante excesiva atención.

Durante el resto del día guardé un ayuno riguroso, sólo paliado en alguna ocasión por libaciones de agua del *Hep-Ur.* Finalmente, cuando Ra comenzó a descender en *Meseket,* fui sometido a un baño y a un conjunto de ceremonias purificativas. El paso de los años ha ido convirtiendo en borrosos los detalles de aquella jornada, y en mi corazón se entremezcla el orden de los mismos. ¿Fui fumigado con incienso antes o después del baño? ¿El agua era clara o, por el contrario, llevaba alguna sustancia disuelta en la misma?

He intentado en vano aclarar mis recuerdos al respecto, pero no ha resultado posible.

Ahora sé que, en realidad, todo eso carece de importancia. Lo esencial iba a ser lo que sucedería al día siguiente durante el juicio de la diosa, y en ese caso mi recuerdo resulta como la visión de *Jemet* cuando el aire es limpio y Ra se yergue alto en el cielo.

9

Era aún temprano cuando los cerrojos que bloqueaban las puertas del templo fueron retirados para dejarnos paso. A diferencia de otros días —pero igual que el anterior— mis manos no habían servido aquella mañana para lavar, incensar y vestir la imagen de la diosa. Sin embargo, por primera vez en mi existencia, sobre mi hombro derecho descansaba una cuarta parte de su peso. Caminaba vestido de lino limpio como símbolo de pureza, y, a semejanza de mis otros tres compañeros, había sido bañado, ungido y perfumado. Me sorprendió que uno de ellos fuera Tjenur. Los otros eran Merira y Raner, dos sacerdotes generalmente dedicados a las tareas litúrgicas del santuario. Cargando con el peso de la estatua, franqueamos el umbral del recinto sagrado y nos encaminamos, siguiendo el ritmo que marcaban los tambores, hacia la explanada, lisa y sosegada, que se extendía enfrente del templo.

Detrás de nosotros, seguido por los sacerdotes músicos, caminaba Ptahmose ataviado de la misma manera que había comparecido ante el pueblo dos noches atrás. Un sacerdote se esforzaba por mantenerse a su paso y evitar que el ardor de Ra cayera sobre su piel, quemándola. Frente a nosotros se podían distinguir dos grupos de personas. En uno de ellos esta Hekanefer, acompañado de un par de sacerdotes. A su derecha, trémulos y amedrentados, apenas separados de ellos, se encontraban tres campesinos entre los que pude distinguir al alcalde. Detrás de éstos, aunque guardando una distancia prudencial, se encontraban reunidos varias docenas de aldeanos cuyos cuchicheos se cortaron en seco al ver aparecer la imagen de la diosa.

Lenta y solemnemente, nos acercamos a los dos grupos. A una señal dada nos detuvimos y cuatro sacerdotes de la comitiva colocaron sobre topes la imagen, permitiendo así que nosotros pudiéramos salir de debajo de la misma y descansáramos. La manera en que iba a realizarse el procedimiento convertía en indispensable tal medida, como luego quedaría de manifiesto.

Apenas nos habíamos separado un paso de la plataforma sobre la que era transportada la diosa, cuando Hekanefer dibujó con los dedos una seña dirigida a uno de los sacerdotes que lo acompañaban. Éste sacó un papiro enrollado de una bolsita que colgaba de su hombro y se lo tendió. Al ver aquello, el alcalde también realizó un gesto a uno de los campesinos que iban con él. Aunque apenas transcurrieron unos instantes, pude captar de manera inmediata la diferencia entre ambas acciones. Hekanefer era un hombre instruido, con capacidad y costumbre de mando. Cuando había pedido el papiro, lo había hecho con aplomo, en la seguridad de que su orden sería cumplida puntual y rápidamente. El sacerdote que había respondido a su orden se había comportado de la misma manera. Centenares de veces a la semana sacaba y metía manuscritos de su bolsa y actuó con la misma familiaridad que aquel que,

cuando llega el momento de comer, se lleva la mano a la boca. El alcalde, ciertamente, quiso imitar aquella seguridad y casi lo consiguió, pero el patán que lo acompañaba —sin duda, uno de los más espabilados de entre todos los habitantes de la aldea— sacó con suma torpeza de su bolsa el papiro y se lo acercó como si temiera que el contacto con sus toscos dedos de campesino fuera a quebrarlo igual que si de una cáscara de huevo se tratase.

Ptahmose se había situado ya enfrente de las dos partes y alzando las manos, dirigió una plegaria a la Madre y Señora. Le rogó no sólo que les dispensara su dirección, sino también que se manifestara aquella mañana para ejecutar lo justo y lo razonable. Una vez concluida la oración, se dirigió al alcalde:

—Tjenuna, la Madre y Señora te escucha.

El interpelado le entregó su memorial. Una vez Ptahmose lo tuvo en sus manos, lo desenrolló, le echó un vistazo por encima y se lo entregó a un sacerdote que lo flanqueaba para que lo leyera. Estaba redactado en un estilo pobre y ramplón. Seguramente, aquella gente había podido reunir malamente algunas de sus posesiones y, tras dar más de una vuelta, encontrar a algún escriba de ínfima clase que se lo pusiera por escrito. Podía ser incluso que el que lo había trazado hubiera estimado que la cantidad abonada no le obligaba a esmerarse mucho. Fuera como fuese, sentí vergüenza ajena al escuchar la lectura de aquel documento. En el mismo, los campesinos venían a quejarse de que los sacerdotes del templo habían aprovechado el carácter irregular de la subida del *Hep-Ur* para quitarles parte de sus tierras. Asimismo se lamentaban de los tributos que tenían que abonar en este año a la diosa y suplicaban su perdón o, subsidiariamente, un aplazamiento de los mismos.

Cuando el sacerdote concluyó aquella penosa muestra de redacción, volvió a enrollarla y se la devolvió a Ptahmose, quien, a su vez, se la tendió al alcalde. A continuación, el sacerdote jefe se volvió hacia el grupo de los representantes del templo.

—Hekanefer, la Madre y Señora te escucha.

El ritual se cumplió con la misma meticulosidad que antes pero, una vez más, desde que se pronunciaron las primeras palabras, pude percibir el abismo que mediaba entre las dos partes. El memorial sacerdotal estaba escrito en un estilo fino, terso y elegante. De manera clara y sólida señalaba por qué los campesinos no podían reclamar las tierras y además citaba precedentes jurisprudenciales concretos a la hora de oponerse a una remisión o siquiera a un aplazamiento de sus impuestos. De creer lo que tan brillantemente se exponía en aquel escrito, ni la ley humana ni las decisiones de años anteriores podían en ningún caso apoyar las pretensiones de los habitantes del villorrio. Sin embargo, al final, en un párrafo preñado de conmovedora humildad, los representantes del templo se sometían en todo al arbitrio de la diosa, conscientes de que su mayor sabiduría conduciría todo el procedimiento hacia un

resultado que mostraría el imperio de *Ma'at* sobre la tierra de *Jemet.*

Cuando las dos partes hubieron concluido sus alegaciones, Ptahmose volvió a dirigirse al grupo encabezado por Tjenuna, el alcalde.

—Podéis examinar a los portadores de la imagen.

Los tres campesinos se acercaron a nosotros y comenzaron a palpar nuestros pies, brazos, piernas y manos como si fuéramos ganado del que se expone en los mercados. Uno incluso fue lo suficientemente descarado como para mirarme el cuello y los hombros en busca de cualquiera sabe qué. Asimismo procuraron asegurarse de que habíamos descansado lo suficiente tras dejar de transportar la imagen de Isis. Seguramente, hubieran deseado encontrar algo que nos descalificara, porque en su cara se reflejó el pesar cuando Tjenuna indicó a Ptahmose que no tenía nada que objetar contra nosotros.

Cuando el sacerdote jefe formuló el ofrecimiento de examinarnos a Hekanefer, éste lo rechazó.

—Aceptamos el examen de nuestros contrarios, mi señor. Si ellos no tienen objeción que plantear en relación con la salud y capacidad de los mismos, tampoco la tenemos nosotros.

Ptahmose asintió con la cabeza, dando por terminada aquella parte del proceso, y mientras levantaba la vista al cielo, alzó las manos y oró de nuevo a la diosa.

—Madre y Señora, a ti clamamos, a ti suplicamos. Tú has escuchado a ambas partes y conoces la verdad o la mentira que anida en sus corazones. En esta mañana haz que la justicia fluya y que el derecho se imponga. Muéstrate y a ti nos someteremos como hijos obedientes. Oh, manifiéstate y nadie se opondrá a tus dictados, y si alguno osa hacerlo, que para siempre se vea privado de los *pasteles de Osiris,* que nunca descanse su *ka,* que su cadáver sea devorado por los chacales y los buitres del desierto...

Hubiera sido difícil pronunciar imprecaciones más terribles que ésas. Si aquella pobre gente ni siquiera podía esperar la bienaventuranza cuando fuera al *ka,* ¿cómo podría soportar una vida tan dura y llena de privaciones como la suya?

Madre y Señora, te escuchamos.

Cuando concluyó la plegaria, se volvió a nosotros, que volvimos a situarnos debajo de la imagen y de un golpe la alzamos de nuevo.

—Madre y Señora —gritó Ptahmose, presa en esos momentos de la emoción—, ¿es la razón de los campesinos?

Clavé mi vista en el grupo de tres encabezado por Tjenuna. Pero no sucedió nada. Ra siguió inmóvil en el cielo y el silencio se convirtió en insoportable. De nuevo la voz de Ptahmose volvió a rasgar el aire.

—¡Oh, Madre y Señora! A ti te invocamos, ¿es la razón de los campesinos?

El grupo de labriegos que estaban unos pasos detrás de Tjenuna comenzó a

moverse presa de la intranquilidad. No se atrevían a despegar los labios, pero en sus rostros podía verse la inquietud. Si la diosa no se ponía de su parte, ¿cómo podrían alimentar a sus familias? ¿Cuántos tendrían que vender sus animales y aperos para sobrevivir ese año? ¿Cuántos no se verían obligados a entregar a sus hijos a algún mercader de esclavos para no morir de inanición?

Por tercera vez Ptahmose preguntó a la diosa, pero el resultado fue el mismo. Contemplé entonces cómo una mujer del grupo de campesinos caía de bruces y comenzaba a sollozar quedamente, sin aspavientos ni alharacas, como un perrillo al que han apaleado pero que no osa enfrentarse con su amo cruel.

El sacerdote jefe elevó de nuevo su voz, pero esta vez la pregunta fue distinta.

—¡Oh, Madre y Señora! A ti te invocamos, ¿es la razón de tu sagrado templo?

Nada sucedió. Noté que los ojos de Hekanefer fueron incapaces de reprimir un gesto de asombro. Yo mismo me sentí intrigado por el cariz que acababa de tomar el procedimiento. ¿Acaso tampoco nosotros estábamos asistidos por *Ma'at* en nuestra pretensión?

Ptahmose no pareció inmutarse y con el rostro dirigido al cielo volvió a repetir su invocación, pero el resultado fue el mismo. La inquietud había hecho presa de los dos sacerdotes acompañantes de Hekanefer, que se miraban encolerizados. En cuanto a éste, a duras penas conseguía ocultar su ira y una de las venas de la sien había comenzado a hinchársele como si fuera a estallar de un momento a otro. No estaba seguro de lo que podía significar el que la diosa no diera la razón al templo, pero supuse que obligaría a alguna solución de compromiso que, quizá, no distaría mucho de las pretensiones de los campesinos. Éstos también eran conscientes de esa posibilidad, porque en sus rostros comenzó a pintarse el regocijo que había comenzado a llenar sus corazones, e incluso la mujer que sólo hacía unos instantes se había desplomado permanecía abrazada a otra con una sonrisa en los labios. Ptahmose abrió su boca de nuevo con la intención de pronunciar por última vez la decisiva pregunta. No llegó a terminar de formularla. De manera repentina, incluso inesperada, sentí sobre mi hombro derecho un peso insoportable, como si el cielo se hubiera desplomado sobre él y, antes de que pudiera reaccionar, me vi de rodillas sujetando con dificultad la plataforma sobre la que estaba colocada la imagen de la diosa. Algunos de los sacerdotes que nos acompañaban corrieron a nuestro lado para evitar que la estatua volcara y cayera al suelo, mientras otros sujetaban las ondas, librándonos así de ser aplastados.

Una vez en pie, pude ver a Tjenur tendido en el suelo. Era sacudido por convulsiones y mascullaba frases ininteligibles en una lengua que yo no había escuchado jamás. Llegué a la conclusión de que era presa de un éxtasis producido por la divinidad.

—La Madre y Señora ha hablado —dijo en voz alta Ptahmose—. Su divinidad se

ha hecho *pesada,* provocando la caída de los sacerdotes y dejando de manifiesto cuál de las dos partes actúa de acuerdo con *Ma'at.* El templo tiene razón en sus pretensiones. El templo es dueño legítimo de las tierras en litigio. El templo debe recibir el tributo debido en la cantidad establecida.

Algunos de los sacerdotes presentes comenzaron a gritar y a alzar los brazos al cielo dando gracias a la Madre y Señora por su clemencia. Quizá había tardado en manifestarse para poner a prueba su fe, pero no había dejado de actuar y ahora todos deberían someterse a su inapelable oráculo.

Volví a mirar a Tjenur, que seguía agitándose en el suelo como si un poder superior lo dominara. Después dirigí mi vista hacia los campesinos. Sus caras no expresaban ya nada. Daba la sensación de que el corazón les había sido extraído del cuerpo, de que, al contrario del bastón de Ptahmose convertido en serpiente, ellos habían pasado a transformarse en objetos inanimados y carentes de vida.

—Nebi, Merira, Raner... —era la voz de Nufer—, Tjenur está ahora bajo la diosa. Serán otros los encargados de devolver la imagen al santuario. Id ahora a descansar.

Contemplé en el rostro de mis dos compañeros una sonrisa. Eran poco mayores que yo y también para ellos llevar la imagen había representado un honor inmerecido. Dos sacerdotes estaban levantando del suelo a Tjenur y casi a rastras comenzaron a llevarlo hacia el templo. En cuanto a Ptahmose, estaba hablando con Hekanefer y Tjenuna, el alcalde, algo que no pude entender, aunque sí suponer por la expresión de los rostros. Al franquear el umbral dirigí por última vez mis ojos hacia los campesinos. Inmóviles, con las mandíbulas apretadas y las manos ocultas, no traslucían ningún sentimiento o emoción. Ya ni siquiera lloraban o se contorsionaban. A lo lejos, más de uno los hubiera tomado por troncos que, víctimas de un incendio, habían sido abandonados en el páramo.

10

El paso de los años me ha enseñado en diversas ocasiones que la alegría de los pobres acaba siempre resultando efímera. La mañana en que escuché el juicio de la diosa no ha significado en mi vida sino un ejemplo más, pero fue el primero y tuvo un especial significado por los acontecimientos que se desarrollaron en las horas siguientes.

Aunque mi misión como porteador de la imagen ya se había cumplido, estaba obligado a realizar purificaciones y a mantenerme separado de mis compañeros hasta que concluyera el período relacionado con las mismas. Retirado en el aposento que me habían destinado provisionalmente, ya llevaba rezando un buen rato y me disponía a tumbarme en mi lecho y descansar. Una llama rojinegra, nacida de una lamparita de aceite, iluminaba apenas la habitación. Iba a soplarla cuando reparé en el firmamento estrellado que se veía a través de la ventana. La bóveda celeste parecía más oscura que nunca y las estrellas brillantes que colgaban de la misma la tachonaban con unos destellos que parecían formados por el blanco metal de *hedj*. Me encontraba absorto en su contemplación cuando una voz ronca y pastosa me sobresaltó.

—¿Brilla mucho *Mesjetiu* esta noche, jovencito?

Me volví y el espectáculo que se ofreció a mis ojos bastó para revolverme el estómago. Era Tjenur. Había entrado en mi habitación tambaleándose con una jarra en la mano derecha y una bolsa en la izquierda, de la que se deshizo inmediatamente dejándola caer en el suelo.

—¿O acaso observas la estrella *Sopdu*, jovencito?

Sentí como el asco y la cólera se apoderaban de mí. Aquel blasfemo había sido perdonado de su conducta inapropiada contra la diosa, se le había concedido el inmenso honor de convertirse en uno de sus porteadores, hoy había sido tocado por la divinidad... y ahora era incapaz de guardar el más mínimo decoro. Estaba borracho perdido, algo grave en cualquier sacerdote en todo instante, pero terriblemente sacrílego en esos momentos de purificación posterior al juicio de la Madre.

—¿Cómo te atreves...?

—Schhh, schhh, jovencito —me dijo levantando el dedo índice de su mano derecha e intentando conservar el equilibrio. Cuando se aproximó unos pasos más a mí, pude sentir su fétido aliento—. Hubo una época en que yo también fui como tú...

Hice ademán de salir de la habitación, pero no lo conseguí. De un salto, inesperado en alguien tan ebrio, se interpuso en mi camino y con un empellón me lanzó al suelo.

—Necesito hablar con alguien y te he elegido a ti. —Su rostro se endureció—. Y

te juro por la diosa a la que tanto amas y respetas que si intentas escapar te mataré con mis propias manos.

Comprendí que no tenía alternativa. Lo mejor sería esperar a que se desplomara y entonces emprender la huida. A juzgar por su estado no podía mantenerse mucho sobre sus pies. Bajo mi atenta mirada, se apoyó en uno de los muros y llevó los labios a la jarra. Se despachó un trago largo y después chasqueó la lengua satisfecho.

—Apuesto mi ojo derecho a que todavía te preguntas por qué la diosa tardó tanto en responder esta mañana...

Una sonrisita de hiena había aparecido en los labios de Tjenur dejando al descubierto una dentadura amarillenta y desigual. Por un momento la curiosidad se superpuso a mi repugnancia, pero no permití que ningún gesto lo dejara de manifiesto.

—Sí, claro que te lo preguntas... Yo también me lo pregunté cuando asistí a una ceremonia como ésa hace ya algunos... algunos años... Pues bien, jovencito, voy a revelártelo... sí, te lo voy a decir para que lo sepas. ¡La diosa no contestó antes porque yo no quise!

Por un momento pensé que había enloquecido. Quizá Isis lo había herido por su irreverencia y ahora comenzaba a manifestar las primeras señales de un corazón que ya no podía controlar.

—¡Ah, claro! Tú no sabes cómo funciona el tinglado del juicio de la diosa —Tjenur sofocó una risotada y continuó con su relato—: Los necios de los campesinos, bueno, todos los necios, incluido tú, creen que la diosa deja sentir su peso en favor de la parte que tiene razón...

Volvió a acercar los labios a la jarra, pero esta vez el trago fue más corto. Tjenur no pudo evitar su disgusto al comprobar que no quedaba ya cerveza en el recipiente.

—Pues bien, de eso nada. Simplemente, uno de los sacerdotes, ¡nunca más de uno!, suelta el peso muerto de esa maldita imagen y los otros se desploman a causa del mismo. Naturalmente, tiene que ser uno de los que están situados en la parte de atrás, así los desgraciados y piojosos campesinos no pueden ver de forma directa cómo les quitamos las tierras...

No podía ser verdad lo que estaba oyendo. Aquel hombre tenía que estar mintiendo, debía de estar inventando todo lo que salía por sus labios.

—¿Sabes? Yo también pertenecía a una familia de campesinos. Claro que de eso hace mucho tiempo. Me eduqué como tú en un templo parecido a éste. Un año, el *Hep-Ur*, uno de nuestros padres, se negó a darnos una buena cosecha y la gente, gente como la que has visto estos días, comenzó a pasar hambre.

Tjenur guardó silencio y se dejó deslizar lentamente por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Su voz seguía siendo pastosa, pero en ella no quedaba el menor vestigio de burla. Por el contrario, daba la sensación de que un espeso manto de

tristeza había descendido sobre ella.

—En el templo teníamos un estanque para cocodrilos. Los cuidábamos y alimentábamos primorosamente sin importarnos sus ruidos desagradables ni su pestilente olor. Algunos de ellos hasta llevaban pendientes de *nub*, el metal amarillo, o brazaletes de *hedj*, el metal blanco. ¿Te imaginas a una de esas bestias malolientes con una pulsera como si fuera una mujer hermosa? No, jovencito, no te lo puedes imaginar...

La mirada de Tjenur estaba comenzando a tornarse vidriosa. Concebí la esperanza de que pronto, muy pronto, caería inconsciente y podría escaparme.

—Los campesinos suplicaron que les concediéramos una remisión o, al menos, un retraso en el pago de los impuestos. Podríamos haberlo hecho porque nuestros almacenes estaban repletos y nuestras vasijas rebosaban de trigo y aceite. Pero nos negamos. El sacerdote jefe se dio cuenta de que, si no exprimíamos a aquellos campesinos hasta la última gota de sangre, tendríamos que dejar de alimentar a nuestros cocodrilos y quizá algunos podrían enfermar y quién sabe si hasta morir.

Tjenur hizo una pausa y bajó la cabeza. Por un instante pensé que se había dormido, pero la levantó en cuanto creyó percibir un movimiento por mi parte.

—No tengas prisa en irte. Cuando termine de contarte todo, la obsesión por marcharte se convertirá en tu pesadilla. ¿Por dónde iba...? Ah, sí, ya sé. Sometimos a aquella pobre gente al juicio del dios y, como era de esperar, la imagen nos dio la razón a nosotros. Quizá aquello no me habría inquietado mucho de no ser porque mis padres y mi hermana formaban parte de aquellos campesinos harapientos. Mi hermana... Se llamaba Nefer y era esbelta y grácil: como esas palmeras que ves erguirse al lado del *Hep-Ur.* Su risa sonaba como un sistro limpio y alegre. Sus pasos eran como los de una danzarina de las que iban en la *Per-a'a.* Infeliz... Un día mi madre consiguió comunicarse conmigo y me anunció que a menos que obtuviera algún tipo de alivio, mi padre tendría que vender a mi hermana para pagar sus deudas. Corrí a postrarme ante el sacerdote jefe para implorarle clemencia. No intercedí por todos los campesinos, no. Sabía de sobra que eso no me hubiera conducido a nada. Me limité a pedirle por mi familia, por la familia de uno de aquellos que iban a ser sacerdotes. Pero no me escuchó.

—¿Qué pasó entonces? —le pregunté, interesado por el desenlace de la historia.

—Vaya, ¿así que empiezas a preocuparte por algo que no sea sólo la Madre y este asqueroso templo? —dijo con un deje de amargura en la voz—. Pues no pasó nada. El sacerdote insistió en que no resultaba lícito realizar excepciones y, sobre todo, en que no podíamos ir en contra de lo ordenado por el dios. Al fin y a la postre, mi hermana fue vendida y nunca he vuelto a saber de ella.

—¿Qué sucedió con tus padres?

—Sobrevivieron a la experiencia, pero por poco tiempo. La querían mucho, como

yo, y sabían que lo más seguro es que hubiera dado con su cuerpo joven en un burdel para marinos y descargadores.

—Tjenur, los hombres no podemos juzgar los designios...

—… de la divinidad —me interrumpió inmediatamente—. Ya conozco esa cantinela. Pero es que tú no te has dado cuenta de que esa divinidad es sólo un pretexto. ¿Sabes? Apenas habían pasado unos años cuando volvió a darse una situación similar. Entonces se me llamó para servir de porteador de la imagen del dios. Me imagino que debí de sentir lo mismo que tú cuando te lo comunicaron hace unos días. Pero a mí la impresión me duró poco, porque me dijeron desde el principio que debía doblar mis rodillas cuando se preguntara al dios, a fin de que el altar en que los transportábamos se hiciera *pesado y* los campesinos no tuvieran más remedio que pagar... Por supuesto, obedecí sin rechistar, ¿acaso tenía alguna alternativa?

—Entonces... si lo que dices es verdad, ¿significa que todos los sacerdotes saben que se trata de un engaño?

—No —dijo Tjenur con tristeza—. No todos. Por supuesto, gente como Ptahmose o Hekanefer conocen la artimaña y la ponen en funcionamiento cada vez que es necesario. De los sacerdotes menores como yo, sólo conocen el truco uno o dos, precisamente aquellos que tienen que practicarlo. ¿Sabes? Disfruté enormemente viendo como a Hekanefer casi le estallaba la vena de la cabeza cuando la imagen no se hizo *pesada.* En cuanto a Ptahmose, seguramente no se inquietó. Es frío como un reptil y astuto como un chacal. Supondría que sólo estaba intentando forzar la mano para divertirme un rato.

Sentí que la sangre se subía a mi rostro pero, esta vez, la sensación que experimentaba no era de cólera, sino de vergüenza. Era una extraña mezcla en la que me veía como un objeto de la burla y la manipulación, una burla y una manipulación cuya única finalidad había sido la de robar a unos infelices. En rápida sucesión pasaron ante mis ojos los rostros de los campesinos desesperados el día de la procesión, la mujer desplomada que lloraba en sordina. Hekanefer, Ptahmose... ¡Ptahmose!... Aquello no podía ser verdad. Tenía que tratarse del delirio de un borracho.

—¡Pero Ptahmose convirtió su bastón en una serpiente! ¿Quién habría podido hacer eso, de no estar la diosa con él?

Tjenur me miró fijamente. Por unos instantes me pareció percibir en sus ojos un tinte de compasión, como si el rencor acumulado durante años diera paso a un pozo de ternura cegado por los golpes de la vida. Sin apartar la vista de mí, echó mano de la bolsa que había dejado caer al suelo y metió la mano en su interior. Vi que sacaba una vara y, de repente, ¡la madera se transformó en una serpiente! Se estaba moviendo, se acercaba... pero, no, no era un reptil. Era...

—¿Lo ves? Se trata de un sencillo truco. Lo que parece madera no es madera, lo

que pretende ser una serpiente sólo es su piel abandonada. No todos los sacerdotes saben que es mentira. Si el secreto se revelara a todos, alguien podría quebrantar el silencio, y si los campesinos lo descubrieran... Nosotros, pobre e infeliz Nebi, podemos convertir los bastones en serpientes, transformar el agua en sangre, atraer a las ranas sobre las cosechas ajenas para arruinar a sus dueños y apoderarnos de sus campos. Pero siempre se trata de un truco, de un engaño, de una artimaña. Sé que ahora no valgo nada, que resulto una ruina, pero no siempre fui así. Han sido ellos los que me han llevado a esta situación. Nebi, huye de aquí, márchate lejos. Eres un joven instruido, podrías encontrar acomodo en muchos sitios porque sabes leer y escribir, porque puedes expresarte en lenguas habladas por los *aamu* y desconocidas para la mayoría. No hagas de tu vida lo que yo he hecho...

Momentos antes aún me embargaba la emoción de los días anteriores, pero en ese instante me sentí muy solo. Como si me hubieran abandonado en un páramo desolado, atado y sin provisiones.

—¡Ya basta, Tjenur!

Levanté la vista para saber de dónde procedía la voz. Se trataba de Nufer. ¿Cuánto tiempo llevaba allí escuchando todo? ¿Qué pensaría de ello? ¿Qué iba a suceder conmigo, que ahora me veía inmerso en un remolino de confusión y dolor?

—Has bebido demasiado, Tjenur. Deberían expulsarte del templo...

—Tú sabes que no lo harán, viejo Nufer —la voz de Tjenur sonaba cansina—, no en estos momentos en que los campesinos se ven aplastados por las deudas.

—He dicho que ya está bien. Levántate y vuelve a tu aposento.

Tjenur no opuso resistencia. Con dificultad se puso en pie apoyándose en la pared. Después me miró y dijo:

—Duerme bien, joven Nebi... si es que puedes.

Y tras esbozar una sonrisa amarga, salió de la habitación.

Nufer dejó transcurrir unos instantes —quizá a la espera de que Tjenur se hubiera alejado— antes de dirigirme la palabra.

—No sé el tiempo que ese deslenguado llevaba en tu habitación. De todas formas, con lo que he oído me resulta más que suficiente. Lo sucedido puede cambiar mucho las cosas.

Guardó silencio y comenzó a cruzar la habitación de arriba abajo mientras se retorcía las manos.

—Eres mi mejor alumno. Quizá el mejor que he tenido nunca, pero ahora... ese hombre ha destrozado muchas de tus posibilidades de progresar, a menos que... no, no, no es posible.

Se detuvo en medio de la habitación y me miró fijamente a los ojos.

—Nebi, de lo que acordemos esta noche dependerá futuro.

11

Nufer tomó asiento enfrente de mí y volvió a mirarme directamente a los ojos.

—Nebi, todo lo que te ha dicho Tjenur es completamente cierto.

Al escuchar aquello no fui capaz de soportarlo. Sin poder controlarme, rompí a llorar. Se trataba de un llanto desconsolado, solitario, como el de la persona que se ve abandonada y perdida por sus seres más queridos, y que teme perder toda razón para seguir viviendo. Cuando era todavía un niño había entrado en el templo. Era allí donde me habían educado y alimentado, donde había trabajado y aprendido y ahora dos personas, tan distintas entre sí, me decían que, en realidad, el santuario era una pequeña *Per-a'a* que sometía y explotaba a sus súbditos mediante la mentira y el miedo. Ignoro el tiempo que estuve sollozando. Sólo sé que Nufer posó su mano sobre mi hombro y se mantuvo en silencio hasta que me tranquilicé un poco.

—Todo es verdad, pero no de la manera que Tjenur lo cuenta.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y esperé las explicaciones de Nufer.

—*Jemet* es una tierra privilegiada. Los dioses la escogieron como morada y sólo si el orden prevalece en ella puede esperarse que el caos no sumerja este mundo. El *Hep-Ur* discurre con orden. En la estación de *ajet,* asistimos a su inundación que fertiliza nuestros campos. En la de *peret,* sembramos a la espera de recoger la cosecha en la de *shemu.* El mismo Ra está sometido a ese orden. Desciende en *Meseket y* sube en *Mandet* un día tras otro, y si dejara de hacerlo todo sería caos y aniquilación. Lo mismo sucede con el territorio gobernado por la *Per-a'a.* Los campesinos han de trabajar para sostener al señor de *Shemeu y Tamejeu,* que gobierna con sabiduría y equidad; a los hombres que componen las tropas que defienden nuestras fronteras contra los *aamu* o la gente de *Wawat y* también a nosotros, que propiciamos a los dioses evitando que una catástrofe aniquile por completo a la única nación donde el derecho y la justicia imperan, donde el mundo de arriba se une con el mundo de aquí abajo.

Mi maestro realizó una pausa y adoptó un tono de voz más íntimo, más confiado, casi igual al que, años atrás, había adoptado mi padre la noche antes de despedirse de mí.

—Sé que, a veces, los dioses actúan de manera inexplicable. No es que sea injusta, sino simplemente difícil de comprender. Por pecados encubiertos, por infidelidad de nuestra parte, las calamidades se abaten sobre *Jemet* y el peso del desastre parece a punto de derribar todo el edificio. En momentos así, Nebi, proteger el orden se convierte en nuestra prioridad más importante. Los campesinos pasan hambre y eso resulta terrible. No podemos negarlo. Sin embargo, si cediéramos a sus

peticiones, si permitiéramos que la *Per-a'a* y los demás poderes que rigen la tierra de *Jemet* vieran corroídos sus cimientos, pronto no sólo serían ellos, sino todo el país el que se arrastraría en busca de un pedazo de pan con el que subsistir un día más. Nuestros ejércitos se alzarían en armas al no tener con qué vivir, y nuestros enemigos invadirían este sagrado suelo arrasando todo a su paso como ya sucedió antaño.

Bebía cada una de sus palabras. ¿Sería verdad lo que estaba diciendo? ¿Realmente esa pobre gente tenía que sacrificarse por otros simplemente para que toda la tierra de *Jemet* no se precipitara en un sumidero de horrores?

—Nuestra historia se reduce a una triste consecución de períodos de esplendor y de catástrofe. Cuando somos fuertes, poderosos, temibles, todos nuestros enemigos nos respetan, nuestro pueblo no carece de pan y en las calles reina alegría. Sin embargo, cuando el centro del país no consigue imponer su control a los distintos *sepat y* los impuestos no afluyen regularmente a la *Per-a'a* y a los templos, todo se disloca. Así pasó con Neferkara Pepy hace ochocientos años y también cuando la *Per-a'a* no pudo resistir a los *hyksos.* El imperio altivo quedó convertido en miserable vasallo.

Nufer descansó por un instante. Le conocía lo suficiente como para saber que hasta esos momentos sólo había ido esbozando, pese a su tono crecientemente amistoso, una introducción al problema y que ahora entraría en el meollo del asunto.

—Tjenur tiene sus razones para estar dolido. Yo mismo perdí a toda mi familia hace tiempo. Uno de mis hermanos cayó combatiendo a las órdenes de Menjeperra Tutmosis, otro fue víctima de la enfermedad y fue al *ka* aún muy joven. Sé lo que se sufre en esas situaciones, pero nunca osé culpar de ello a los dioses. Uno tuvo una muerte gloriosa; el otro, seguramente, vio acortados sus días de padecimientos en este mundo. Lo que hacemos con los campesinos es doloroso, pero inevitable, igual que cuando cortamos un absceso o quemamos una herida para evitar que se infecte. Sin embargo, mi corazón siente que tú no podrás llevar a cabo ese trabajo...

Di un respingo al escuchar aquellas palabras. ¿Qué se proponía Nufer ahora?

—Eres un joven sensible. Como Amenmose dice, tienes un talento especial. Si te obligáramos a entrar en esos fraudes... ejem, quiero decir en esas acciones, no podrías soportarlo. Quizá la tristeza iría penetrando en tu corazón y al final, sólo encontrarías el consuelo en la bebida, como le pasa a Tjenur desde hace años. Tu sitio no está en el sacerdocio porque ya no eres lo suficientemente ingenuo como para permanecer en él con la inocencia que tenías hasta esta noche, ni tampoco estás lo bastante curtido como para aceptar que el mantenimiento del orden en la tierra de *Jemet* exige a veces sobreponerse a los propios impulsos del corazón.

Volvió a guardar silencio. De repente puso sus manos sobre mis hombros y apretó con fuerza, como si deseara que sus palabras entraran en mis oídos con la presión de las yemas de sus dedos.

—Nadie debe saber lo que ha sucedido esta noche. ¿Me oyes? ¡Nadie! Tjenur guardará silencio, por la cuenta que le tiene, y yo no diré palabra. En cuanto a ti, saldrás para la *Per-a'a*. Uno de mis sobrinos presta allí sus servicios como escriba. Fue una especie de recompensa por la muerte de su padre. Le escribiré y te encontrará un destino. Conoces varias lenguas y nunca falta lugar para un intérprete en la *Per-a'a* o, a una mala, en las tropas. Hay que tratar con prisioneros, con poblaciones sometidas... No es un trabajo tan reposado como éste, pero conocerás otros lugares y otros pueblos.

No supe qué decir al escuchar aquellas palabras. Todo resultaba tan apresurado, tan rápido, tan inesperado que las sensaciones se agolpaban en mi corazón sin que pudiera reflexionar con claridad.

—No debes preocuparte por Ptahmose ni por los demás sacerdotes. Les diremos... les diremos que tuviste una visión de la diosa, sí, eso es, una revelación de la Madre y Señora. Si se le aparece a tanta gente, no sé por qué no debía sucederte a ti lo mismo.

—Pero eso sería una blasfemia —objeté atemorizado.

—No. Sería la verdad —respondió Nufer—. ¿Quién podría negar que todas estas cosas, una tras otra, son precisamente una revelación de la diosa para que cambies de lugar de residencia? ¿No te parece demasiada casualidad que Tjenur viniera a contarte todo, que yo lo escuchara, que tenga la posibilidad de enviarte al lado de mi sobrino? Nebi, debes aprender a leer los gestos de los dioses en medio de las bajas acciones de los seres humanos. Creo que tu destino está fuera de este lugar y creo también que alguien muy superior a los hombres te impulsa hacia él.

No discutí con Nufer. Seguramente tenía razón. Los argumentos que me había dado aparentaban ser sólidos y consistentes. Por otro lado, no veía maldad en su corazón y siempre me había tratado como lo haría un padre con su hijo más querido. Durante años me había educado enseñándome la historia de las divinidades y las dificultades anejas a lenguas extrañas habladas por pueblos bárbaros e ignorantes, pero no carentes de importancia para el bienestar de *Jemet.* ¿Qué podía sucederme de malo si seguía sus consejos? Por un instante sentí el temor de abandonar el único mundo que había conocido en profundidad, aquellas paredes entrañables, aquellos pasillos transitados en infinidad de ocasiones, aquel santuario que tantas veces había limpiado y atendido, aquella imagen ante la que había derramado mi corazón vez tras vez. ¿Volvería a ver a Nufer o a Amenmose, mi primer maestro? Seguramente no. Pero tampoco el agua del *Hep-Ur* vuelve jamás al lugar del que partió, sino que sigue adelante hasta desaguar en el *Wad-wer.* En aquel momento tomé mi decisión. Obedecería las sugerencias de mi maestro Nufer.

SEGUNDA PARTE

AL SERVICIO DE LA *PER-A'A*

1

No tardé muchos días en abandonar el templo. Ptahmose no puso ninguna objeción a mi marcha. Nufer habló directamente con él, pero, en realidad, ignoro qué le contó. Sólo sé que no me pidió explicaciones ni intentó corroborar conmigo nada de lo que mi maestro hubiera podido referirle. Se limitó a recomendarme que rezara diariamente a la Madre y que nunca olvidara las enseñanzas recibidas. Salvo cuando me designó para llevar la imagen de Isis, siempre había sido frío y distante conmigo y no cambió de actitud ahora.

Mis maestros se comportaron de manera bien distinta. Amenmose —llorando como un chiquillo— había querido entregarme los primeros garabatos que yo había trazado muchos años atrás. No se lo permití y sé que el hombre fue feliz cuando le dije que me sentía muy orgulloso y agradecido de que él los hubiera conservado. Nufer quería regalarme alguno de sus libros más preciados, pero tampoco se lo consentí. Yo sabía que separarle de ellos le hubiera dolido como si le amputara un miembro. Insistió entonces en entregarme un *anj,* el nudo de Isis, nuestra Madre y Señora, y yo lo acepté de buena gana e incluso le permití que me lo colgara del cuello. Según me dijo, aquella señal me protegería y haría que la Madre no se olvidara nunca de mí.

De los demás sacerdotes me despedí brevemente. Medra y Raner, los que habían transportado conmigo la imagen de la Madre el día del juicio, me dijeron que era una lástima que abandonara el templo después de ser objeto de tantas bendiciones de la diosa. Sentí en mi corazón que eran sinceros. Sin duda, no estaban al corriente de lo que Tjenur me había revelado aquella noche y, en cualquier caso, no cabe duda de que gente de ese tipo resultaba indispensable en los numerosísimos templos que cubrían la tierra de *Jemet.*

El viaje hasta la *Per-a'a* abrió ante mí todo un mundo de sensaciones. Al principio mis oídos no se acostumbraban al bullicio variopinto de las distintas poblaciones que cruzaba. El ruido estridente de aguadores y verduleros voceando su mercancía, el mugido lastimero de las vacas o los regateos airados en los zocos llegaron a causarme más de una vez una sensación cercana al mareo. Eran demasiadas luces, demasiados sonidos, demasiados movimientos para alguien que había vivido año tras año protegido por los plácidos muros de un templo. Sin embargo, con el paso de los días, comencé a habituarme a los mil y un rumores de la tierra de *Jemet, y* cuando quise darme cuenta, estaba ya ante la *Per-a'a.*

No me costó ninguna dificultad dar con el sobrino de Nufer. Se llamaba Paser y era un mocetón alto y robusto, más cercano al aspecto de un militar (como lo había sido su padre) que al de un escriba. No tardó en encontrarme una habitación donde

alojarme provisionalmente y me prometió que hablaría con su superior para ver la posibilidad de proporcionarme una ocupación. Apenas habían pasado dos días cuando acudió a verme y me dijo que su jefe, Sobejotep, estaba dispuesto a recibirme y que sería interesante que fuera pensando en entregarle algún regalo para disponer su corazón en favor mío.

Supuestamente el soborno está erradicado totalmente del gobierno de la *Per-a'a* sobre la tierra de *Jemet.* En la práctica, cualquiera que se haya acercado a uno de los departamentos de nuestra administración sabe que presentarse sin un regalo resulta, como mínimo, una ingenuidad. No es que el presente vaya a decidir el resultado final —eso es cierto—, es que sin aquél ni siquiera escucharán. Se considera una tremenda descortesía el acudir a alguien en situación de superioridad sin antes demostrar que se acepta la misma y que esa aceptación se traduce en un obsequio.

Los efectos que esto tiene en áreas como la administración de justicia son especialmente repulsivos, pero sinceramente nadie quiere evitarlos. Recuerdo que hace unos años un funcionario tuvo el descaro —o la ignorancia— de afirmar ante el señor de la tierra de *Jemet* que si llegaban tan pocos juicios en apelación ante él se debía a la justicia envidiable que se impartía en los tribunales inferiores. El señor de *Shemeu* y *Tamejeu* estaba tan convencido de la veracidad de aquella afirmación adulatoria que la creyó a pies juntillas o quizá la quiso creer. La verdad es que si pocos juicios llegan hasta él es porque apelar implica tal grado de gastos en regalos, viajes, comidas y alojamientos que muy pocos se lo pueden permitir. Pero no es eso a lo que yo me estaba refiriendo.

Había que regalar algo a Sobejotep y, lisa y llanamente, ni poseía nada ni contaba con los medios para comprarlo. Paser, el sobrino de Nufer, era un buen muchacho y se percató de mi estado. Otro seguramente lo hubiera lamentado con cortesía y hubiera dirigido la vista hacia otro lado, pero no fue su caso. Me ofreció prestarme una cantidad —no muy elevada, eso sí— bajo promesa de que se la devolvería después de cobrar mi primer trabajo. Habría deseado rechazar el ofrecimiento pero, francamente, no se hallaba dentro de mis posibilidades. Con el dinero y su asesoramiento recorrimos el zoco en busca de algo aceptable. También en esas callejuelas Paser me fue de enorme utilidad. Yo no sabía nada sobre el regateo y apenas sobre el valor de la moneda, pero él dominaba ese arte, conocía a los mercaderes y, sobre todo, conocía los gustos de su jefe. Al final, conseguimos algo económico, pero de aspecto hermoso, conforme a los gustos de Sobejotep.

En estos casos entregar directamente un regalo a alguien es de pésimo gusto. Podría darse la sensación —¡algo que nunca se ha de producir!— de estar tentando al cohecho al obsequiado, de manera que la pieza ha de llegar a su destino a través de un tercero. Paser se ofreció a realizar ese papel y apenas unas horas después me encontraba delante de Sobejotep como flamante aspirante al puesto de traductor e

intérprete. El superior de Paser me recibió con cortesía e incluso podría decir que con un leve barniz de amabilidad.

—Tu nombre es Nebi, ¿verdad?

Contesté afirmativamente, pero sin extenderme demasiado. Las reglas más elementales de urbanidad marcaban que él tenía que preguntar y comentar, y yo ser lo más breve y rápido posible en mis respuestas.

—Paser me ha informado de que durante años has estudiado con su tío Nufer en uno de los templos de Isis...

Asentí con la cabeza.

—Esos sacerdotes son muy competentes formando a la gente. Sí, vaya si lo son. De sus *per-anj* salen médicos, funcionarios... lo mejor de lo mejor la mayoría de las veces. Bueno, vayamos al grano. ¿Qué lenguas conoces?

—He estudiado algunas de las que hablan los *aamu,* incluyendo el hebreo y...

Sobejotep me interrumpió inmediatamente.

—¿Conoces el hebreo?

—Me puedo defender —contesté procurando no dar una imagen demasiado buena de mí mismo.

—Ya es más de lo que puede decir la mayoría de los funcionarios que se ocupan de administrarlos. Esa gente nos resulta un auténtico problema. Lo ideal sería expulsarlos, pero no podemos, y por otro lado, resulta impensable que ese pueblo bárbaro llegue alguna vez a percibir los beneficios que reporta la tierra de *Jemet.* Sólo con olerlos uno se percata de que eso es una imposibilidad absoluta. En fin, no quiero hacer pesado mi corazón hablando de ellos. ¿Podrías traducir esto?

Y mientras lo preguntaba alargó la mano hacia un texto escrito en arcilla que había sobre su mesa y me lo tendió. Nada más echarle un vistazo pude identificar lo que era. En realidad, no era nada difícil porque repetía un modelo de expresión epistolar que había visto con frecuencia. Se trataba de una carta de un vasallo de Menjeperra Tutmosis acompañando el pago del tributo anual. Con seguridad, pero a la vez sin apresurarme, fui traduciendo el contenido de la misiva y cuando levanté mis ojos de la misma, comprendí que había hallado gracia a los ojos de Sobejotep.

—Sí, está muy bien, realmente muy bien. Te quedarás aquí como intérprete. ¿Te gustaría comenzar ya?

Asentí con la cabeza.

—En ese caso Paser te acompañará a tu lugar de trabajo.

Con aquella frase dio por terminada nuestra entrevista y con una ligera inclinación de cabeza nos retiramos de su presencia.

Pasé los días siguientes enfrascado en la traducción de las cartas que llegaban continuamente de los más lejanos lugares dominados por la *Per-a'a.* En general, se trataba de documentos muy fáciles, escritos siguiendo fórmulas estereotipadas y con

un vocabulario escaso y sencillo. Cuando llevaba unos meses en esa situación, Sobejotep decidió que podía dedicarme también a contestarlas, lo que incrementaría incluso mi salario. Aquella subida de emolumentos me permitió encontrar un alojamiento mejor. Alquilé dos habitaciones —una de ellas daba a una terraza— en la planta superior de una casa cercana a los muelles. Ciertamente no se trataba de un barrio tranquilo, pero para mí, que había vivido en silencio durante tanto tiempo, resultaba una puerta abierta a sensaciones desconocidas hasta entonces. Por otro lado, como ahora no estaba atado al servicio de la diosa, descubrí que tenía enormes espacios de tiempo durante el día que antes ocupaba en lavar, incensar y vestir la imagen o simplemente en cantarle salmodias. No era ingrato con la Madre, ya que, de hecho, pensaba que a su intercesión le debía mi nuevo destino, pero ya no estaba obligado a dedicarme a ella durante tanto tiempo.

Pronto descubrí cómo ocupar mis horas de ocio en algo interesante. Paser me propuso varias veces ir a beber con él, pero la cerveza me supo amarga la primera vez y decidí no volver a probarla. Casi a diario veía los efectos de su consumo en mis vecinos y decidí que no quería convertirme en un babuino con taparrabos por consumirla todos los días. En cuanto a las mujeres, provocaban en mí una sensación extraña. Aunque algunas me atraían por su delicadeza de formas, era mayor la turbación que experimentaba al verlas. Sentía que me invadía una timidez paralizadora y que mi rostro ardía si me hablaban, y cuando sorprendía sus risitas relacionadas conmigo, deseaba que la tierra me tragase. Pero aun sin mujeres ni cerveza supe cómo hallar placer en mi existencia.

La biblioteca de la *Per-a'a* contaba con buen número de libros de la tierra de *Jemet y* también de los *aatnu*, que servían como obras de consulta a los intérpretes empeñados en descifrar textos más abstrusos que aquellos con los que yo tenía que entendérmelas todos los días. Sobejotep no puso ningún inconveniente en que, de vez en cuando, sacara alguno de aquellos escritos y me lo llevase a casa para estudiar. A decir verdad, hasta me animó a ello porque, en su opinión, los funcionarios diligentes eran tan escasos que a uno que se tomaba en serio su trabajo no se podía correr el riesgo de desanimarle. Así que por las tardes me sentaba en la terraza y leía algunas de las obras de la biblioteca, ya fueran escritas en la tierra de *Jemet* o entre los *aamu.* A veces, Ra descendía en *Meseket y* yo ni siquiera me percataba absorto como estaba en la lectura. En otras ocasiones, hasta me olvidaba de cocinar algo para cenar y tenía que acudir a alguna taberna para llenarme la andorga de pan y pescado.

Aquella dieta irregular iba a tener una enorme trascendencia. Sobejotep debió de advertir por alguna razón cuál era mi régimen de comidas y pronto comenzó a susurrarme insinuaciones sobre la necesidad de casarme. Sus consejos cayeron en saco roto. No creía tener la madurez suficiente para gobernar una casa, atender a una esposa y educar a unos hijos, y jamás he emprendido tarea alguna que no supiera,

siquiera mínimamente, cómo realizar. Quizá toda mi vida hubiera podido discurrir tranquila y plácida en aquella dependencia modesta destinada a traducir documentos extranjeros para la *Per-a'a*. Hubiera sido, sin duda, una existencia sin grandes emociones, pero también sin excesivas preocupaciones o exagerados dolores. Pero, cuando parecía que todo se había encauzado por ese camino, tuvo lugar un acontecimiento que trastornó a toda la tierra de *Jemet y* con ella a mí.

2

Aún guardo en mi memoria la manera en que la noticia llegó hasta mis oídos. Aquella mañana me encontraba en la dependencia que compartía con otros funcionarios ocupados en redactar la respuesta a una misiva de un reyezuelo de los *aamu.* Mi recuerdo resulta un tanto borroso en relación con su contenido, pero me parece que se trataba de una epístola de rutina como las que solían acompañar cada pago de impuestos. Se quejaba de las malas cosechas, pero pagaba hasta el menor grano y la última gota a la vez que realizaba votos por la salud de Menjeperra Tutmosis y porque su poder siguiera extendiéndose aún más. Más o menos lo de siempre.

Fue en esos momentos cuando Sobejotep entró en la estancia. Sus ojos estaban arrasados en lágrimas y cuando comenzó a hablar noté que su voz temblaba como las hojas azotadas por el viento. De hecho, intentó infructuosamente pronunciar unas palabras en un par de ocasiones y otras tantas tuvo que detenerse para evitar que el llanto sofocara totalmente el mensaje que deseaba comunicarnos. Finalmente respiró hondo, pareció serenarse y abrió los labios.

—Hijos míos, tengo que comunicaros una triste nueva... una terrible noticia... Menjeperra Tutmosis, señor de la tierra de *Jemet* toda, de *Shemeu* y *Tamejeu,* el que aplastó a los *aamu* en infinidad de campañas y extendió su dominio más allá de *Wawat*... ha ido al *ka*...

Al llegar a ese punto de su discurso, Sobejotep no pudo contenerse y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Oí a mis espaldas como alguno de mis compañeros rompía a llorar con menos dignidad, llegando incluso a dejar escapar una especie de aullido de dolor.

—… el dios viviente ha ido a reunirse con los otros dioses —intentó seguir trabajosamente Sobejotep—. Toda la tierra de *Jemet,* que gobernó con justicia y equidad, llora su ausencia y se viste de luto por su pérdida.

Aquellas palabras parecieron ser una señal para que todos comenzáramos a sollozar. Nunca había llegado a conocer a Menjeperra Tutmosis. De hecho, puedo decir que supe más de él tras irse al *ka* que mientras aún vivía entre los hombres. Sin embargo, no por eso ignoraba sus logros como señor de *Jemet.* Hasta los niños sabían cómo había dirigido diecisiete campañas victoriosas contra los *aamu*, cómo había obligado a los hebreos a construir edificios para evitar que conspiraran aliándose con sus enemigos y cómo había cubierto el imperio con monumentos que denotaban belleza y poder. Durante más de cuatro décadas nuestro pueblo, como si se tratara de un solo hombre, lo había apoyado incondicionalmente con su sangre y su sudor para que él pudiera avanzar hacia la consecución de sus propósitos. Cuando aquel día

regresé a mi morada encontré que las estrechas calles de la ciudad se encontraban colapsadas. Los comercios habían cerrado, las tabernas no permitían entrar a nadie, los músicos ambulantes habían desaparecido como tragados por la tierra y todo era dolor y lamento, clamor y llanto. Las mujeres aullaban al saber que aquél ya no estaba en este mundo y los hombres se golpeaban el pecho en señal de dolor. Ancianas y adolescentes, hombres maduros y jovencitas, niños y madres elevaban el mismo gemido de pesar a los dioses porque el dios en la tierra se había ido al *ka*. Nadie parecía tener una queja, un reproche, una lamentación contra Menjeperra Tutmosis. Seguramente los maridos o los hijos de muchas de aquellas mujeres habían perecido o quedado lisiados combatiendo en lejanas tierras por él. Seguramente también las hijas de muchos de aquellos hombres habían sido tomadas para la *Per-a'a* como sirvientas o concubinas de ínfima calidad. Sin embargo, en aquellos momentos nadie parecía pensar en ello. Sólo sentían que toda la tierra de *Jemet* había quedado sin padre y sin esposo, y yo mismo no pude sustraerme al sentimiento de dolor que, como un pesado paño, había descendido sobre la ciudad.

Al llegar a casa me encerré en una habitación y, postrado, elevé plegarias a la Madre y Señora, a Horus y a otros dioses. Les di gracias por el gobierno de Menjeperra Tutmosis, al que yo, desgraciadamente, no había llegado a conocer, pero de cuya sabiduría y rectitud me había beneficiado. A continuación les supliqué con lágrimas en los ojos para que la *Per-a'a* fuera regida de ahora en adelante por alguien tan capaz, tan valiente y tan justo como Menjeperra Tutmosis. En mis preces estaba presente un sentimiento de pérdida, una sensación de orfandad y una quietud por aquello que nos depararía el futuro.

Aquel estado de postración duró en *Jemet* días y días, y fue un sentimiento sincero. Creo en mi corazón que la tierra hubiera caído en el caos, de no ser porque los funcionarios nos mantuvimos en nuestros puestos, los militares no descansaron en los fortines y, sobre todo, porque, de manera inmediata, la corona roja de *Tamejeu* y la blanca de *Shemeu* descansaron sobre Ajeprura Amenhotep, el hijo de Menjeperra Tutmosis. Cuando sus sienes se vieron ceñidas por aquellas, se anunció que el orden había sido reconstituido y todos descansaron en la certeza de que el *Hep-Ur* seguiría fluyendo, de que los campos darían su fruto y de que los animales continuarían pariendo con normalidad.

Pero para mí eran demasiadas las impresiones sucedidas en tan poco tiempo. La sensación de desaliento que había sentido tras la conversación nocturna con Tjenur volvía de vez en cuando, y ahora se había acrecentado ante la cercanía de la desaparición de Menjeperra Tutmosis. Necesitaba que algo me sacara de esa melancolía de la que ni siquiera el movimiento del barrio o la lectura parecían poder arrancarme. Entonces mi superior Sobejotep acudió en mi socorro.

3

Ya he referido con anterioridad como Sobejotep manifestaba un especial interés por mi futuro familiar. A la más mínima ocasión, me refería los deleites de su vida conyugal e insistía en que ningún hombre estaba completo sin conocerla. La insistencia de mi superior acabó por hacerse tan continua que, en algún momento, llegué a sentirme como una plaza asediada. A mis frases —corteses pero tajantes—, que afirmaban que no veía ninguna necesidad de casarme, Sobejotep respondía adaptando un aire displicente. Naturalmente —solía decirme él—, yo no podía entender mi situación. A fin de cuentas, apenas había vivido con mis padres y, para remate, me había criado y crecido en un ambiente donde la presencia femenina más representativa era una diosa. En su opinión, aquello no era bueno porque no me permitía calibrar correctamente las circunstancias a la hora de escoger a una mujer y, sin duda, las buenas hembras eran maravillosas, pero las malas harían palidecer aterrorizada a la serpiente *Apep.*

Cierto día estaba a punto de abandonar la dependencia en que trabajaba para dirigirme a casa cuando Sobejotep se acercó a donde me encontraba y comenzó a descargar sobre mí una variante de su discurso habitual.

—Muy bien, Nebi, he examinado tu trabajo de ayer y está realmente muy bien. Sinceramente, no me cabe la menor duda de que puedes contar con un halagüeño porvenir. La prosperidad te espera...

Hizo una pausa y yo me preparé para lo peor porque conocía de sobra sus preámbulos.

—Nebi, tú conoces a la perfección lo que escribió el sabio: *Cuando prosperes, funda un hogar, ama a tu esposa con ardor.* ¿Cómo sigue? —preguntó retóricamente.

—*Aliméntala bien, viste su espalda. Que el aceite unja suavemente su cuerpo. Alegra su corazón mientras vivas* —dije yo con un tono de voz que daba a entender que la perspectiva no me resultaba nada atrayente.

Sobejotep me miró con aire de fastidio. Evidentemente, no eran ésos los versos hacia los que deseaba llamar mi atención.

—No, no. Me refiero a eso de *ella es un campo fértil para su señor.*

—Ah, sí —respondí—, justo el verso que va antes de esos que dicen: *No discutas con ella en el patio. Mantenla alejada de una posición de poder. Su mirada es como una tormenta.*

Sobejotep reprimió un gesto de desagrado y optó por marcharse dejándome por imposible. Lo cierto, sin embargo, es que nunca se daba por vencido durante mucho tiempo. En otras ocasiones, recurría a la tentación de la paternidad para que la idea me resultara atractiva. Su táctica entonces era muy similar.

—Nebi —decía—, anoche estuve dándole vueltas a un proverbio que comienza con *si eres hombre de valía...* pero no recuerdo cómo continuaba.

Yo sí lo sabía e inmediatamente le contestaba, pero sin sentirme involucrado.

—La continuación es *engendra un hijo que halle el favor de la divinidad.*

—Sí, eso es. ¡Qué gran sabiduría hay en esa máxima! ¿No te parece, Nebi?

Y a continuación venía uno de sus discursos habituales sobre las bondades de la vida familiar.

Aquella insistencia resultaba en algunas ocasiones verdaderamente cargante, pero pronto comprendí que, en realidad, Sobejotep me estaba distinguiendo de una manera muy especial. A sus órdenes estaban situados muchos funcionarios y sólo en mi departamento hubiera podido escoger entre media docena de jóvenes honrados y trabajadores. Porque a esas alturas yo no tenía ninguna duda de que me había elegido como esposo para alguien, pero ¿para quién?

Finalmente, una mañana, lejos de sentirse desanimado por lo escurridizo de mi conducta, optó por franquearse totalmente.

—Nebi, deseo hablarte de algo —me dijo acercándose al lugar donde escribía.

Inmediatamente me temí una nueva perorata como aquellas a las que me tenía acostumbrado en los últimos tiempos, así que decidí soportar de la mejor manera lo que se me venía encima.

—Seguramente habrás observado que te vengo insistiendo desde hace semanas acerca de la idea de formar una familia...

—Pues no, mi señor, no me había percatado —falté a la verdad de la manera más descarada.

Sabía que para mi superior lo que deseaba decirme no resultaba fácil y que era mejor que yo aparentara ser un necio a dejarle a él como un viejo pesado.

Sobejotep sonrió complacido, aunque no sé si por mi discreción o por el alivio de pensar que no había caído en el ridículo durante todo este tiempo.

—… bueno, pues sí, en dos, quizá tres ocasiones, he intentado que reflexionaras sobre la importantísima decisión que significa tomar esposa y formar una familia. Tú, por supuesto, no te has dado cuenta porque, ciertamente, lo he hecho con mucha sutileza...

—Así es, mi señor, mi corazón nunca lo hubiera descubierto —volví a mentir desvergonzadamente.

—… sin embargo, deseo ahora comentarte algo muy confidencial. Mi hermano Neferhotep...

No pude evitar dar un respingo. ¿Así que se trataba de eso? ¡Iba a hablarme de su hermano Neferhotep y de sus hijas casaderas imposibles de casar! Había oído rumores en alguna ocasión sobre las sobrinas de Sobejotep. Su fealdad resultaba auténticamente proverbial. De enormes narices y orejas, delgadas como palos y con

dentaduras sobresalientes, la descripción de las mismas estaba tan extendida como ausente la belleza de sus rostros y cuerpos. ¿Qué había hecho yo para merecer aquel castigo? ¿Y cómo podría desairar a mi superior negándome a contraer matrimonio con uno de aquellos adefesios? Todos esos pensamientos atravesaron mi corazón con la rapidez con la que el cocodrilo atrapa su presa y sentí como si una pesada losa hubiera caído sobre mi pecho.

—… tiene una pupila llamada Merit... Es una buena muchacha. Joven y dulce. Pero es huérfana y no tiene posibilidad de entregar una dote. Mi hermano se ha ocupado de ella durante estos años porque era la hija de un amigo entrañable, pero mantener una boca más cuesta dinero y... bueno, me resulta un poco violento decirlo... él tiene además varias hijas que tienen miedo de que Merit se haga con alguno de sus posibles pretendientes...

Me dije a mí mismo que si las sobrinas de Sobejotep eran la mitad de horribles de lo que contaba la gente, cualquier contrahecha podría resultarles una rival peligrosa.

—Quisiera que conocieras a esa joven, Nebi. Por supuesto, no debes sentirte bajo ninguna obligación. Sé de sobra que dentro de poco podrás aspirar a alguien que te proporcione una dote si no rica sí sustanciosa. Sólo te pido que la veas. Si te agrada, estará bien; si, por el contrario, no deseas tomarla como esposa, no pasará nada.

Acepté conocerla. En realidad, tampoco tenía muchas alternativas. Pero me afirmé en el propósito de no dejarme engatusar y de rechazar de plano cualquier decisión que no me resultara conveniente. Por un lado, no sentía ninguna necesidad de casarme y por otro, como muy bien había dicho Sobejotep, si sólo esperaba un tiempo corto, podía aspirar a una esposa que, al menos, me proporcionara una dote respetable.

Finalmente, el día señalado conocí a Merit. No era hermosa. Nada en sus formas delgadas y finas denotaba voluptuosidad o incitaba al ardor. Sin embargo, sentí algo en mi corazón desde el primer momento en que la vi. Sus ojos eran grandes y negros, y de su profundidad emanaba una dulzura sosegada y tierna que hizo que quedara prendido de ellos. Su andar era recogido y sereno. Sus manos, delicadas y largas. Cuando vi cómo colocaba ante mí la escudilla con comida y llenaba mi copa cada vez que ésta quedaba vacía, reflexioné que quizá Sobejotep, y con él los sabios a los que tanto le gustaba citar, podía tener razón. Quizá sería bueno regresar del trabajo en las tardes calurosas y saber que unas manos como aquéllas colocarían paños húmedos en mi frente y en mis sienes para refrescar mi sofoco. Quizá sería bueno abandonar las tabernas y llenar el estómago con la comida cocinada por ella. Quizá sería bueno sentir un cuerpo tibio a mi lado cuando despertara por las noches. Quizá sería bueno recibir de un ser tan cargado de ternura los abrazos, las caricias y los besos que nunca había recibido de una mujer. Quizá sería bueno saber que debía volver pronto a casa porque, al menos, aquellos ojos negros y profundos me esperaban. Quizá sería bueno

incluso engendrar un hijo que cuando llegara a la vejez cuidara tanto de ella como de mí. En todo aquello pensé aquella tarde mientras se afanaba por servirnos y también en que quizá me encontraba a punto de lograr todo lo necesario para que un hombre fuera feliz por completo. Entonces tomé mi decisión.

4

Nos casamos pronto. No había bienes sobre cuya distribución discutir, ni tampoco fue necesario el regateo habitual que precede a la mayoría de los matrimonios en la tierra de *Jemet.* Tampoco hubo que poner de acuerdo a las familias de los dos contrayentes porque ambos éramos huérfanos. De hecho, aunque, como ya conté, era pupila de Neferhotep, el hermano de mi superior Sobejotep, aquél fundamentalmente contempló con alivio la desaparición de una boca que alimentar, especialmente tratándose de una rival para sus hijas, que, en verdad, no desmentían la leyenda que sobre ellas circulaba.

En aquellas fechas, en el primer año de su reinado, Ajeprura Amenhotep, que apenas acababa de cumplir la edad de dieciocho, emprendió su primera campaña contra los *aamu.* Se trataba de mostrarles que la tierra de *Jemet*, a pesar de que Menjeperra Tutmosis se hubiera ido al *ka,* mantenía sus justas reivindicaciones de dominar sobre ellos.

Eran pueblos cuya lengua no entendía y a cuyos componentes despreciaba profundamente, pero a los que aportaba cultura y riqueza, prosperidad y civilización. Yo, sin embargo, estaba interesado en otras cosas y, de hecho, consideraba que en mi labor de intérprete y traductor ya hacía bastante por la grandeza de *Jemet.* Sólo por complacer la curiosidad de Merit acudí al desfile con que Ajeprura Amenhotep se despidió de sus súbditos de *jemet* antes de marchar a dejar sentir la fuerza de su brazo sobre los *aamu.* Sin embargo, mi corazón estaba más en los ojos de mi esposa que en los vistosos arreos militares y más en sus manos que en la gloria resplandeciente del señor de *Shemeu* y *Tamejeu.*

No pretendo decir nada nuevo si afirmo que el amor es un sentimiento difícil de describir. Sé que para muchos resulta como una llama devoradora, como una borrachera imposible de dominar, como una sed que nadie puede saciar. Sé también que, por regla general, el tiempo acaba extinguiendo la llama, disipando la embriaguez y calmando el ansia. Sin embargo, no fue así en el caso de mi amor por Merit. Nuestra vida en común se asemejaba sobre todo a la suave placidez del *Hep-Ur* o a la dulce brisa de la tarde. Me gustaba sentir sus manos, que eran como palomas que se arrullaban en mi rostro, y no tardé en ver su cuerpo, delgado y flexible, como un estanque en el que refrescarme del calor del mediodía. Aquella tranquila ternura embargaba mi corazón y lo llenaba de calma y sosiego, y cuando Ra descendía en *Meseket,* sentía que mi vida era feliz y que los días no pasaban, sino que, vez tras vez, revivía la misma jornada de apacible dicha.

Así vivimos durante unos meses, y en ese tiempo *Jemet* reafirmó su imperio y asistió al regreso triunfante de Ajeprura Amenhotep y a los festejos que celebraron su

victoria. También mi superior Sobejotep fue especialmente dichoso en aquella época e incluso experimentó un acceso profundo de euforia porque había llegado a celebrarse el matrimonio de una de sus sobrinas con un comerciante viudo. Privadamente me aseguró que propiciar a los dioses para que le concedieran tamaña merced le había costado una pequeña fortuna en ofrendas realizadas en diversos templos. Sin embargo, como amaba a su hermano Neferhotep de todo corazón, lo había hecho de muy buena gana. Ahora, coincidiendo con el regreso de Ajeprura Amenhotep, la única hija casada de Neferhotep acababa de concebir.

Aquel acontecimiento repercutió inesperadamente en Merit. Hasta entonces no habíamos sentido nunca la necesidad de tener un hijo, pero cuando mi esposa supo de aquel embarazo empezó a lamentarse de su aparente esterilidad. Siempre había sido una mujer religiosa, pero a partir de entonces su devoción por diversos dioses y, especialmente, por Isis, la Madre y Señora, aumentó. Les suplicaba continuamente para quedar encinta, aunque es cierto que procuraba no hacerme partícipe de sus preocupaciones. La razón de esa conducta ha sido algo que nunca terminé de entender del todo. Ciertamente, no deseaba arrojar sobre mí su inquietud. De hecho, procuraba tener siempre palabras de aliento y alegría para mí y nunca cargarme con sus posibles problemas. Pero seguramente también deseaba evitar que sospechara que era una mujer estéril y que por ello se me ocurriera repudiarla o tomar una segunda esposa. La verdad es que nunca hubiera llevado a cabo cosa semejante. Merit cubría todas mis necesidades, pero, especialmente, la de sentirme en paz y sosiego en casa, y jamás hubiera pensado en destruir esa placidez trayendo a una nueva mujer al hogar o divorciándome de ella. Creía que los hijos eran una merced de los dioses y si no venían, dependía más de ellos que de mi esposa.

Sin embargo, aquella congoja terminó por convertirse en una carga imposible de soportar y me confesó todo. Deseaba tener un hijo y estaba convencida de que la culpa era suya. Una tarde, mientras observaba cómo comía y después de preguntarme si el guiso era de mi agrado, preguntó si yo, su señor, me sentiría muy infeliz si acudía a un médico. Sonreí al escuchar aquellas palabras. Tomé su rostro entre mis manos y besé su frente.

—No, Merit, yo mismo me encargaré de buscar un médico para ti...

—No, mi señor —dijo con inquietud—. Si mi señor lo hace, la gente conocerá la dolencia de su sierva y la vergüenza caerá sobre mi señor por tener una esposa que es incapaz de darle hijos...

Sentí que mi corazón rebosaba de compasión al escuchar aquello. No me importaba lo que la gente pudiera decir porque amaba a Merit y ninguna otra mujer hubiera encontrado como ella gracia ante mis ojos, pero no deseaba tampoco que se sintiera humillada por las murmuraciones cuando acudiera a comprar en el zoco o al salir a la calle.

—¿Deseas tú elegir al médico? —la interrogué con dulzura.

Merit asintió con los ojos bajos.

—¿Has pensado ya en alguien? —volví a preguntar.

—Sí, mi señor. Los sacerdotes médicos de la diosa Sejmet tratan estas dolencias y su templo se encuentra lejos de este barrio. Si a mi señor le place, podríamos acudir a ellos. Nadie sabría nada y yo podría recibir alivio...

Pensé que Merit tenía razón. Yo ya estaba al corriente de que en la ciudad la inmensa mayoría de los médicos y de los magos tenían alguna relación o con el dios Tot o con la diosa Sejmet. Incluso lo habitual era que los remedios no fueran tomados por el paciente sin que antes se pronunciaran fórmulas de invocación dirigidas a alguna de estas dos divinidades. Por otro lado, todo el mundo sabía de las peregrinaciones realizadas a las capillas de la diosa Sejmet con la finalidad de obtener una curación. La opinión de Merit me pareció sensata y así se lo manifesté.

—Es bueno a mis ojos lo que dices, Merit. Pero deseo acompañarte personalmente. Iremos los dos juntos a ver al sacerdote médico.

La persona que se ocupó de Merit me recordó a Ptahmose, el sacerdote jefe del templo donde había sido educado. Se llamaba Kaemuast y era calmado, frío e impasible. Mucha gente no entiende esas características en un médico, sin embargo, no creo que nadie pueda resistir la contemplación continua —y muchas veces impotente— del dolor humano, si no cubre su corazón con una espesa coraza. Kaemuast examinó a mi esposa poniendo especial atención en la manera en que *ieb hablaba.* Después de un examen concienzudo, nos pidió que nos sentáramos y nos resumió su diagnóstico.

—Inicialmente —comenzó el médico— pensé que podía ser un problema surgido del corazón. A ese órgano se debe el traslado del aire a todo el cuerpo, pero lo más relevante es que constituye el centro de todos los canales que transportan sustancias por nuestro interior.

Conocía toda aquella retahíla de datos sobre el órgano más importante del cuerpo y hubiera deseado interrumpirle, pero entonces reparé en el interés desmesurado que aparecía en los ojos de Merit y preferí guardar silencio.

—Del corazón —dijo en tono académico Kaemuast— parten cuarenta y seis conductos o canales en dirección a los oídos, brazos, dedos, piernas, testículos, nalgas, hígado, pulmón, bazo, vesícula y ano. De su interior fluyen, entre otras sustancias, la sangre, las lágrimas, los mocos, la orina, el esperma, el agua y los excrementos. Pero, y esto me resulta indiscutible, el problema de esta mujer no proviene del corazón. En realidad, se trata de una dolencia relacionada con sus partes genitales, aunque debo decir que eso tiene fácil arreglo.

Merit sonrió al escuchar aquellas palabras y pude percibir un brillo de alegría en sus ojos.

—Naturalmente, el tratamiento durará unas semanas, pero podemos dar por seguro el éxito del mismo.

Mi esposa se volvió hacia mí y tomó mi mano apretándola con fuerza. Estoy seguro de que sólo el temor a avergonzarme le impidió saltar y gritar de alegría en esos momentos.

—¿En qué consiste el remedio? —pregunté a Kaemuast.

—Más bien tendríamos que hablar de una combinación de remedios que, sucesivamente, irán teniendo un resultado curativo. En primer lugar, tendremos que fumigar la vagina de su esposa. Algunos de mis colegas consideran que el mejor estiércol para realizar esas fumigaciones es el de hipopótamo. Personalmente discrepo de ellos. Lo ideal para estos casos es el excremento humano, bien seco, eso sí, revuelto con resina de terebinto. Con eso se fumiga a la mujer y se obtienen resultados excepcionales. Naturalmente, el excremento ideal en el caso de una mujer casada es el del esposo. Una vez realizada esa fumigación, durante una semana, la esposa se introducirá diariamente en la vagina un supositorio confeccionado con excrementos de su marido. Finalmente, hay que colocar un ibis de cera encima de carbón, haciendo que el vapor penetre por la vagina de la paciente. Llegados a ese punto, la mujer podrá concebir y dar a luz sin problemas. ¿Han entendido todo? ¿Desean que se lo explique con más tranquilidad?

Le pedí papiro y tinta, y tomé nota puntual de todo. Le hice describir la manera en que debía defecar y guardar posteriormente mis excrementos. Asimismo me aseguré de comprender cuáles eran los recipientes más adecuados para proceder a su secado y aprendí de memoria las letanías que debía recitar mientras moldeaba los supositorios. Las fumigaciones eran algo más exigentes en su realización y el sacerdote médico estuvo de acuerdo en ejecutarlas personalmente a cambio de una buena suma de dinero.

Apenas habíamos cruzado la puerta de la morada del médico cuando una anciana con el rostro surcado de arrugas se nos acercó. Sin duda, estaba acostumbrada a esperar la salida de las mujeres para ofrecer su mercancía y quién sabe si no mantendría algún tipo de acuerdo con el sacerdote.

—Mujer, compra un talismán de la diosa Heket para asegurarte la concepción y el buen parto.

La diosa en forma de rana nunca me había atraído de manera especial al tratarse de una divinidad relacionada fundamentalmente con las mujeres. Hubiera pasado de largo como ante cualquier otro mercachifle, pero los ojos suplicantes de Merit me convencieron de lo contrario. Pregunté el precio, pero no me sentí con valor para regatear. Tras pagar una cantidad exorbitada, se lo ofrecí a mi esposa, que se lo colgó del cuello en ese mismo instante. Recuerdo a la perfección su alegría cuando regresábamos a nuestro hogar. Parecía como si los dioses hubieran insuflado nueva

vida en su ser, como si hubieran disipado todos sus temores e inquietudes sustituyéndolos por gozo y confianza.

Aquellos sentimientos que llenaban su corazón no se apagaron en los días posteriores. Comenzó a cebarme para que defecara más, a la vez que supervisaba mi trabajo con los excrementos para que todo se realizara según las instrucciones dadas por Kaemuast, el sacerdote de Sejmet. Sé que toda aquella medicina era repugnante. Yo mismo no podía evitar el asco al tener que prestarme a aquella farmacopea prescrita por el sacerdote, pero la visión de Merit parecía sujetar mi estómago y aplacar las náuseas. Mi esposa realmente soportaba todo de buena gana con la esperanza de darme un hijo, alegrando así mi corazón y apartando de ella el oprobio por ser estéril y el peligro de que yo tomara a otra mujer.

Finalmente, un día me anunció que su regla le había fallado y que creía que estaba embarazada. Había tal brillo en su rostro, tal vida en sus ojos, que la abracé, la besé, la levanté por los aires dándole vueltas. Lloraba de dicha y también yo derramé lágrimas al ver su alegría. Inmediatamente decidimos volver a visitar a Kaemuast para que nos confirmara la noticia.

5

La manera en que Kaemuast nos recibió fue pomposa y displicente. Por supuesto, contaba con ese resultado tan positivo. Como nos había dicho, el excremento humano —y todavía más si procedía del esposo— superaba ampliamente las virtudes del estiércol de hipopótamo en casos como éste.

—Con todo —nos aclaró—, no estará de más que confirmemos tan halagüeñas expectativas.

—¿Cómo? —preguntó Merit súbitamente preocupada ante la perspectiva de que todo hubiera sido una equivocación.

—Oh, muy fácil —sonrió Kaemuast—, bastará con un diente de ajo.

Merit me miró interrogante.

—Nuestros maestros lo han prescrito claramente: la mujer tomará un diente de ajo humedecido —dijo el sacerdote dirigiéndose a mí— y lo tendrá en la vagina toda la noche hasta que amanezca. Si el olor del ajo le sale por la boca es que dará a luz. Si no, es que no dará a luz.

Recuerdo la alegría y, al mismo tiempo, la inquietud con que Merit se introdujo aquella noche un ajo en la vagina. También ha quedado grabado en mi memoria que apenas durmió y que procuró mantenerse quieta y con la boca totalmente cerrada como si temiera que el desagradable olor fuera a escaparse impidiéndole ser madre. Pero sus esfuerzos no le sirvieron de nada. Al día siguiente, su aliento no despedía un olor a ajo y aunque intenté quitarle importancia, aquello no disminuyó en absoluto su pesar.

Kaemuast nos contestó con evasivas la siguiente vez que lo visitamos, como suelen hacer los médicos que saben tan poco como sus pacientes la manera de solucionar un problema. A partir de entonces dio inicio un errático vagar de sacerdote en sacerdote, de santuario en santuario, de remedio en remedio. Al mismo tiempo, y a medida que pasaban los días, comencé a observar como el aspecto exterior de Merit iba haciéndose más demacrado y macilento. Su conducta seguía siendo tierna y dulce para conmigo, pero su rostro palidecía por momentos y en un par de ocasiones la sorprendí sofocando un chillido de dolor. Aquella visión me resultaba insoportable, tanto que, al final, decidí contarle todo a Sobejotep sin importarme lo que la gente pudiera pensar o murmurar. Mi superior fue bueno y comprensivo. Juró por Horus que no revelaría a nadie la situación y me escribió una carta de recomendación para que la llevara a un amigo suyo, un médico, llamado Iuty, que trabajaba de manera casi exclusiva para la gente de la *Per-a'a*.

Creo que nunca conseguiré olvidar los momentos en que Iuty examinó a Merit. Pese a que se trataba de un hombre discreto, percibí casi instantáneamente la

inquietud que se despertó en su rostro al verla. Repitió casi maquinalmente todos los pasos que Kaemuast había dado, pero, y esto me llamó la atención, por dos veces, y como de pasada, olió la vagina de mi esposa. El resto de la consulta fue similar a otras que había vivido con anterioridad. Nos aseguró que todo iría bien, aunque recomendó que no aplicáramos ningún remedio durante algún tiempo. Estábamos a punto de abandonar la casa del médico cuando asomó la cabeza por la puerta de la habitación donde había atendido a Merit y me llamó. Sentí en mi pecho como si un dardo lo hubiera horadado, pero sin salir por la espalda, sino quedándose suspendido entre mis hombros. Pedí a Merit que me esperara fuera e intentando aparentar calma, volví a entrar en la habitación de Iuty. Éste me rogó que me sentara y que tuviera calma, porque lo que deseaba decirme era muy importante.

No tenía a ciencia cierta ninguna idea de lo que podría contarme, pero aquella ignorancia sólo contribuyó a inquietarme más, a hacer que la desazón se apoderara con más fuerza de mí. Mentalmente elevé mis preces a la Madre y Señora para que todo se redujera a algo sin importancia.

—Nebi, deseo contarte algo de extrema gravedad. Lo hago porque sé la amistad que tienes con Sobejotep. De hecho, te diré que te considera casi como a un hijo.

Deseé que concluyera con aquel preámbulo y de una vez me dijera lo que le sucedía a Merit, pero el abatimiento que había empezado a embargarme y el temor a que se arrepintiera de revelarme lo que había ocultado a mi esposa me contuvieron.

—Voy a ser muy claro. Estamos en el mes de *mejir*... casi con toda seguridad para el de *pnamenot,* es decir, apenas en unas semanas, Merit habrá ido a su *ka*.

No experimenté dolor en mi corazón al escuchar la noticia. Fue más bien una sensación de atontamiento la que se apoderó de mí. Paser, el sobrino de Nufer, me había contado en cierta ocasión cómo se había sentido una mañana al despertarse tras haber bebido durante toda la noche. No sabía dónde estaba, cómo se llamaba, casi ni siquiera quién era. Todo en él era un aturdimiento que tardó en dejar paso al dolor. En aquellos instantes también yo desperté de la borrachera de los meses anteriores. Durante cerca de medio año había bebido de aquel dulce licor que era la convivencia cotidiana con Merit. Sus caricias habían sido como miel en mis labios, su amor, como una bebida agradable que llevaba plácidamente al sueño. Ahora era como si me hubiera despertado y, antes que todo, sintiera la sensación de no saber siquiera quién era.

—¿Es eso seguro? —pregunté aun a sabiendas de que aquel médico sólo me decía lo que mi corazón llevaba temiendo desde hacía semanas.

—Sin duda. La vagina de Merit tiene el olor de la mujer cuyas partes se irán corroyendo hasta obligarla a ir con el *ka*. Se trata de un olor muy peculiar, muy semejante al de la carne asada...

Pinté mi rostro con la mejor sonrisa cuando me reuní de nuevo con Merit. Mentí

asegurándole que el médico me había dado las mejores esperanzas, aunque no había querido decírselo a ella para no emocionarla demasiado. Me creyó y en sus ojos volvió a aparecer esa alegría que tantas veces antes había podido contemplar. En el camino de vuelta a casa me obligó a repetir palabra por palabra lo que supuestamente me había dicho el médico y yo inventé frase tras frase intentando que no descubriera el engaño.

Es terrible ocultar el dolor a un ser amado y aún más terrible es comportarse de esa manera si esa persona es la causa del mismo. Durante el día intentaba infundir en Merit, cuyo aspecto se deterioraba progresivamente, unos ánimos que yo mismo no tenía y cuando, finalmente, exhausta por la labor cotidiana, se quedaba dormida poco antes de que Ra ascendiera en *Mandet,* salía de la habitación y lloraba de la manera más silenciosa que podía con la esperanza de desahogar mi dolor y, a la vez, de no perturbar su sueño.

Después de hablar con Iuty sabía que ningún médico podía curarla, que todo dependía únicamente de la voluntad de los dioses. Compré un talismán con el ojo de Horus y lo colgué de su cuello, donde hizo compañía al de la diosa Heket. Incluso pensé en la posibilidad de encontrar a alguien que dominara el arte de *heka* y que pudiera, utilizando poderes sobrenaturales, evitar el lento apagarse de Merit. Tras muchas vueltas, tras muchas consultas, fue Paser, el sobrino de Nufer, el que consiguió darme unas señas adonde dirigirme. Se trataba de una mujer a la que él mismo había acudido para saber si tendría éxito en sus intentos de seducir a una joven casada a la que deseaba ardientemente. Según Paser, la persona en cuestión no sólo le había predicho con exactitud lo que sucedería, sino que además le había proporcionado un filtro mediante el cual aquella esposa le había franqueado el camino hacia su lecho. En otra ocasión, en otros momentos, el simple contacto con un ser de esa naturaleza me hubiera resultado repugnante y, muy posiblemente, hubiera reprendido a Paser por recurrir al arte de *heka* para perpetrar un acto tan vergonzoso como el adulterio. Sin embargo, ahora no me importaba nada a excepción de salvar la vida de Merit. En mi corazón sabía que si hubiera tenido que mentir, que robar, que matar para lograrlo, no hubiera dudado un instante en hacerlo, y tampoco hubiera vacilado en cambiar mi vida por la suya.

La conocida de Paser resultó ser una mujer pintarrajeada como una prostituta y tocada con un peinado costoso y estrambótico. Sonrió, realizó grandes alharacas, se refirió velada pero claramente a sus éxitos en el uso de *heka* y, finalmente, aparte de una considerable suma de dinero, me pidió algunos cabellos de Merit para consumar sus hechizos. Naturalmente, justificó todas sus pretensiones con referencias extrañas a poderes que yo desconocía, pero que, infaliblemente, curarían a mi esposa.

Regresé dos días después con todo lo que había solicitado. Quiso ofrecerme bebida y algunas golosinas, pero rehusé tomar nada y le conminé a que llevara a cabo

cuanto antes sus rituales. Así lo hizo. En apenas unos instantes su casa estuvo llena de humo y ella comenzó a ejecutar aparatosos aspavientos y a invocar a dioses y fuerzas que, en algunos casos, me resultaban totalmente ignotos. Reconozco que todo aquello me impresionó. Era tal la fuerza que imprimía a sus gestos y tanta la energía que salía por sus labios al lanzar conjuros que, por unos instantes, confié en que volvería a ver a Merit curada y con el aspecto saludable que siempre había tenido. Quizá me hubiera ido a mi casa con esa convicción, de no ser porque, de repente, la mujer comenzó a emitir lo que se suponía eran letanías pronunciadas en una lengua mágica y esotérica. Ignorando que yo podía entenderla, por su boca comenzaron a salir términos *aamu* para designar los ajos, la cebolla, el pepino e incluso algunas palabras groseras utilizadas en medios bajos para referirse a los genitales del hombre y de la mujer. En seguida comprendí todo. Lejos de ser una maestra de *heka*, como pretendía, aquel ser asqueroso debía de haber sido una prostituta en algún puerto; lejos de estar pronunciando fórmulas mágicas, sólo sabía balbucear malamente los vocablos que servían para pedir comida o sexo de baja estofa. En aquellos momentos sentí deseos de matarla con mis propias manos. Sí, seguramente había ayudado a Paser, pero lo más posible es que el resultado se debiera más a sus malas artes como alcahueta que al filtro que tan caro le había vendido. Fuera de mí, me abalancé sobre ella y, sujetando sus brazos con mis manos, comencé a zarandearla.

—¡Basta, bruja! —grité—. ¡Sé que me estás mintiendo!

Con los ojos desorbitados por la sorpresa, tardó unos instantes en recuperarse, pero, entonces, como si salieran llamas de sus ojos, comenzó a lanzar maldiciones contra mí.

—Asquerosa alcahueta, no te atrevas a amenazarme —grité mientras le daba una bofetada con el dorso de la mano—, sé perfectamente lo que estabas diciendo. ¿Acaso crees que no conozco las lenguas de los *aamu?* Tu *heka* se limita a pedir pepinos y cebollas, a ofrecerte a gañanes y marineros para que te monten... Voy a matarte aquí mismo.

Quizá lo hubiera hecho. Quizá hubiera descargado en aquella inmunda farsante toda la cólera y todo el dolor que la lenta agonía de Merit había ido depositando en mi corazón. Fue el recuerdo de ella el que me lo impidió. Me necesitaba ahora más que nunca y yo no podía correr el riesgo de arruinar sus últimas semanas de existencia manchando mis manos en la hechicera. Profundamente aterrorizada, se deshizo de la prisión que significaban mis dedos y se postró suplicante a mis pies. Empezó a quitarse los aretes, los collares, toda la quincalla que intentaba proporcionarle una belleza que, seguramente, nunca tuvo y me la ofreció a cambio de su vida. No tomé nada de aquello, pero sí la obligué a que me devolviera el dinero que le había dado y los cabellos de Merit. Luego amenacé con denunciarla y le di dos días de plazo para que abandonara la ciudad. Estaba tan aterrorizada que dijo a todo

que sí. Furioso, con la sangre ante los ojos, abandoné su casa y comencé a vagar por las calles intentando tranquilizarme tras ver cómo se había desvanecido mi última esperanza.

El estado de Merit fue empeorando progresivamente. Empezó a padecer unos terribles dolores de cabeza y yo, siguiendo el consejo de Iuty, comencé a frotar sus sienes con un cráneo de siluro para calmarle el dolor. A veces, agotada, caía dormida sólo para despertar sobresaltada al poco rato. Como si temiera comprender lo que le sucedía y, a la vez, deseara encontrar una ilusión en los escasos días de vida que le restaban, casi su único tema de conversación era el hijo que tendríamos cuando ella se pusiera bien.

Una tarde, decidí darle una alegría. Encargué a un sacerdote que escribiera un rollo de protección para un niño recién nacido. Sabía que el gasto era inútil y que nunca tendría ese hijo de Merit, pero concebí la esperanza de llenar de felicidad alguna de sus últimas horas. Cuando llegué a la casa, fingí mi mejor sonrisa y anuncié a Merit que tenía una sorpresa para ella: había comprado ya el rollo de protección que colocaríamos al cuello de nuestro hijo cuando naciera. Con una sonrisa, me pidió que me sentara al lado de su lecho y que le leyera el contenido. Desenrollé el papiro mientras cantaba las loas del material, del trazado de los dibujos e incluso del precio que me había costado, muy alto, pero compensado por el hecho de que era para el hijo que pronto daría a luz. Luego comencé a leer las promesas de los dioses para un niño que nunca vería a Ra elevándose en el cielo:

Lo salvaremos de Sejmet y de su hijo;
lo salvaremos de la caída de un muro, del estallido de un trueno,
lo salvaremos de toda muerte, de toda enfermedad,
de todo mal de ojo, de toda mirada mala,
lo salvaremos de los dioses que se apoderan de la gente,
de los dioses que encuentran a la gente en el campo y la
matan en la ciudad y viceversa,
lo salvaremos de todo dios y de toda diosa que manifiestan su poder cuando no son propiciados;
lo salvaremos de los dioses que se apoderan de unas
personas confundiéndolas con otras.

Con el rabillo del ojo observé como Merit iba asintiendo a cada una de las afirmaciones y como su sonrisa, aquel gesto dulce y tierno que se había apoderado de mi corazón, volvía a dibujarse en su rostro. De repente pronunció mi nombre.

—Nebi...

—Sí, Merit —contesté, acercándome a ella.

—Amigo mío, gracias.

Merit cerró en esos momentos los ojos y se marchó al *ka.* Pronuncié un par de veces su nombre en la esperanza de que el espíritu en forma de pájaro y con cabeza de hombre no hubiera abandonado su cuerpo a través de las ventanas de su nariz. Pero así había sido. Entonces dejé caer mi cabeza sobre su pecho y comencé a llorar, primero calladamente, como lo había hecho en los meses anteriores para que no me oyera, y luego con rabia y desesperación.

Hasta entonces había conocido gente que me había apreciado, que incluso me había querido como se quiere a un hijo. Pero Merit era la única persona que me había servido sin condiciones, que había entregado su vida para hacer feliz la mía, que nunca me había pedido nada —salvo que le permitiera visitar a un sacerdote de Sejmet o que le comprara el amuleto de la diosa Heket—, que jamás había cargado mi existencia con sus penas o inquietudes. Sus últimas palabras no fueron para lanzarme reproches, ni para quejarse, ni para emitir lamentos. Hasta entonces siempre se había referido a mí como su señor, pero en aquel último momento utilizó conmigo otros términos. Me llamó amigo suyo y me dio las gracias. ¿Quizá había captado lo que pasaba en mi corazón? ¿Quizá comprendió que la compra del rollo de protección sólo había sido una farsa para hacerla feliz, siquiera momentáneamente? No lo supe entonces y sigo sin saberlo ahora. Pero sí sé que cuando se fue al *ka*, en su mirada había amor y gratitud, alegría y paz, y también sé que en ella, en su cuerpo frágil, en sus ojos oscuros, en sus manos dulces, contemplé más verdad y nobleza que en todos los dioses que conocía, en todos sus sacerdotes y en todos los que practicaban y creían en el arte de *heka* reunidos. Entonces pensé que quizá ésa era la clave de su marcha. Quizá ninguno de ellos había conservado su vida, simplemente porque tenían celos de ella. Pero aquél no era sino el razonamiento de un pobre hombre al que el dolor estaba a punto de arrastrar al borde de la locura.

6

Lloré a Merit desconsoladamente. Mi corazón se sentía tan vacío que no lamenté lo más mínimo terminar de desprenderme de todo lo poco que aún me quedaba. En las semanas anteriores, había ido dedicando mis salarios, primero, y después el producto de la venta de mis muebles, de mis escasas pertenencias y de mis propios libros a pagar a médicos, a comprar talismanes, a ofrendar a los dioses e incluso a alquilar a aquella bruja que pretendía conocer el arte de *heka.* Con lo que esta última me devolvió asustada por mis amenazas pude sufragar los gastos de la conversión del cuerpo de Merit en *ut.* Gasté todo lo que pude e incluso contraje deudas, porque no podía soportar la idea de no encontrarme algún día con alguien que me había dado tanta felicidad.

Era mi vida la que se me había convertido en pesada e insoportable. La gente que me conocía, como Paser o Sobejotep, comenzaron a inquietarse por mí y temieron que enloqueciera o que enfermara y fuera al *ka.* Había perdido todo interés por la marcha de la tierra de *Jemet* y pasaba la mayor parte del tiempo que no dedicaba a trabajar rezando y formulando preguntas que nadie parecía querer contestarme. Fue entonces cuando, una mañana, Sobejotep me expresó confidencialmente la inquietud que le provocaban recientes acontecimientos de los que el pueblo no sabía nada, pero que él había llegado a conocer gracias a amigos influyentes de la *Per-a'a.*

Apenas a los dos años de ceñirse las coronas de *Shemeu y Tamejeu,* Ajeprura Amenhotep se iba a ver obligado, por segunda vez, a dejar sentir la fuerza de su brazo a los *aamu.* La expedición del año anterior, casi un paseo militar dirigido por los generales de su padre, parecía haber tenido en realidad un efecto contrario al esperado. Por lo visto, los *aamu,* lejos de sentirse impresionados con el nuevo señor de *Jemet,* se habían percatado en seguida de que era demasiado joven y de que estaba más interesado en diversiones como la caza y la carrera que en gobernar y combatir. Habían esperado pacientemente a que regresara a su tierra y, a continuación, se habían sublevado prácticamente todos nuestros vasallos. Lo peor no lo constituía sólo el hecho de la revuelta, ya de por sí bastante grave, sino la forma en que ésta se había planteado. Al sumarse a la misma las ciudades *aamu* de la costa, tanto hombres como material tendrían que ser trasladados por tierra exclusivamente y resultarían un blanco más fácil para nuestros enemigos. Sobejotep temía —y así lo confesó abiertamente— la posibilidad de un desastre militar que pusiera en peligro no sólo la permanencia de nuestro control sobre aquellos levantiscos súbditos, sino también nuestra frontera norte.

—Francamente, Nebi, estoy preocupado. Tal y como se plantean las cosas y teniendo en cuenta que no es seguro que Ajeprura Amenhotep tenga el temple de su

padre, me temo que muchos de nuestros soldados van a caer combatiendo contra los *aamu*.

Fue en ese momento cuando la idea pareció posarse en mi corazón al igual que los pájaros lo hacen en las ramas de los árboles. Jamás lo había pensado, pero en esos instantes sentí un impulso irresistible e instantáneamente abrí mi boca.

—Sobejotep, quiero ir a esa campaña. Tienes que ayudarme a conseguirlo.

Mi superior no tardó en llevarse ambas manos a la cabeza y empezar a lamentarse como una vieja.

—¡Horus, Ra, Osiris, ayudad a este hombre! La muerte de su mujer le ha vuelto loco.

—No pierdas el tiempo en invocar a los dioses. Quiero ir en esa expedición.

—Pero, Nebi, si... si en tu vida has manejado una espada... ¿y un arco, sabes cómo se tensa?, ¿sabrías acaso manejar una maza? Qué digo manejarla, ¿podrías siquiera alzarla del suelo? ¿Qué buscas en esa guerra? ¿Es acaso la muerte? Oh, dioses... Merit era buena y hermosa, sí, pero yo te buscaré otra mujer. Pronto tendrás hijos sanos y fuertes, pero te lo suplico, olvida esa locura.

Sobejotep no carecía de razón, pero mientras se lamentaba y gritaba, yo iba viendo con más claridad la manera en que se desarrollaría todo.

—Puedo ir como intérprete —corté en seco a mi superior—. El ejército necesitará gente que hable con los *aamu*, que intente recuperarlos a la sumisión a la *Per-a'a*, que interrogue a los prisioneros...

—Pero ¿qué sucederá si te atacan? ¿Qué pasará si intentan matarte? —preguntó angustiado Sobejotep.

—Sinceramente, eso no me preocupa —contesté—. Mi existencia está en manos de los dioses y si caigo, iré a reunirme con Merit.

Sí, ésa era la verdadera razón de mi deseo de partir. Poco o nada me importaba el destino de los *aamu* o el de la tierra de *Jemet*. Lo único que deseaba era apartarme de aquella ciudad que tanto me la recordaba y marchar a algún lugar lejano donde, quizá, tuviera la fortuna de ir pronto al *ka*.

—¿Me ayudará mi señor a conseguir ese puesto de intérprete? —pregunté a Sobejotep.

Mi superior me miró preocupado. Me apreciaba y sé que sufría al conocer mi decisión. Al igual que yo, quizá incluso más, sabía que mis posibilidades de sobrevivir eran mínimas, pero ¿sería mejor ver cómo me iba apagando como una pavesa? Se rascó la nuca y, finalmente, contestó:

—Sí, lo haré, Nebi. Si caes en combate, Osiris te lo tendrá en cuenta seguramente. Si sobrevives, posiblemente obtengas un ascenso y...

No pude evitar esbozar una sonrisa. ¡Sobejotep siempre tan práctico!

—... no pienso volver a casarme otra vez —le corté—. Creo que ninguna mujer

podría igualar jamás a Merit.

Mi superior abrió la boca con la intención de contestarme, pero cambió de opinión repentinamente:

—Sí, Nebi, puede que tengas razón.

Ajeprura Amenhotep había decidido partir cuanto antes y tal resolución resultaba lógica a tenor de las informaciones que me había dado Sobejotep. Éste tuvo que apresurarse para encontrarme acomodo en el ejército que estaba casi a punto de abandonar la tierra de *Jemet.* Tuvo que recorrer pasillo tras pasillo, pero lo consiguió. Incluso logró que me sometiera a algunas lecciones de esgrima y de tiro con arco bajo la supervisión de algunos militares amigos suyos. Apenas sirvieron para enseñarme cómo apuntar con un margen de error no demasiado exagerado y cómo cubrirme con el escudo a la espera de que un error del adversario me permitiera hundir la espada en su cuerpo.

Me asignaron a uno de los jefes militares con la misión especial de interrogar a los futuros prisioneros de guerra. Sospecho que Sobejotep quiso mantenerme en retaguardia para ahorrarme peligros. No era seguro, pero sí bastante probable que no me enviaran nunca como mensajero ante los *aamu,* lo que, ciertamente, disminuía los riesgos de ser reducido a la esclavitud o de que me degollaran. Por otro lado, el tiempo pasado al servicio de la *Per-a'a* me señalaba como una persona competente y valiosa que no podía ser arriesgada estúpidamente. Los soldados eran, con escasas excepciones, material reemplazable mediante levas o contratación. Por el contrario, yo era alguien de difícil sustitución, y más una vez que se hubiera iniciado la campaña y estuviéramos lejos de la tierra de *Jemet.*

La noche antes de la partida llevé a cabo el inventario de todo lo que poseía. Liquidadas las últimas deudas, sobre poco más o menos, todo se reducía a lo mismo que tenía cuando abandoné el templo y vine a la ciudad provisto de una recomendación de Nufer. Si la existencia fuera igual a la suma de todo aquello que llegamos a poseer, habría tenido que juzgar que no había vivido apenas desde mi salida del santuario de la Madre y Señora. De hecho, los meses anteriores habrían sido como mucho un sueño, delicioso mientras Merit estuvo sana y teñido por los horribles colores de la pesadilla desde el momento en que supe que sólo le faltaban unas semanas para ir al *ka.* Pero mi corazón sabía que no era así, que la vida de un hombre no depende de lo que tiene, sino más bien de circunstancias más difíciles de explicar y retener. Ahora me encontraba atado por las fuertes ligaduras del dolor, pero esa pena no estaba relacionada con lo que había perdido materialmente o con lo que no había logrado atesorar. Mi tristeza arrancaba más bien del recuerdo de algo que ya no volvería, como jamás regresan las aguas del *Hep-Ur.* Cuando el ejército de Ajeprura Amenhotep se puso en marcha, supliqué a los dioses poder remontar aquel pesar o no retornar nunca a la tierra de *Jemet.*

7

Los artistas e historiadores, paniaguados a fin de cuentas a las órdenes de Ajeprura Amenhotep, han contado multitud de ocasiones esta segunda campaña contra los bárbaros. Todos los escolares conocen de memoria la expedición heroica cuyos detalles fueron grabados en la piedra de estelas asentadas en Amada, la isla de *Abu* o una de las capillas de *Ipet-Iset.* Lo que desconocen es hasta qué punto esos datos, en términos generales correctos, ocultan la verdad de lo sucedido y cubren con un velo de adulación el carácter verdadero del señor de la tierra de *Jemet.* Los que participamos en aquellos enfrentamientos nunca hemos sido libres para narrarlos como sucedieron. Unas veces, porque de ello dependía nuestro futuro al servicio de la *Per-a'a;* otras, porque no deseábamos ver lo que resultaba evidente e indiscutible. Pero, por primera vez en mi vida, soy libre y puedo relatar lo que auténticamente pasó entonces.

Ajeprura Amenhotep había elegido para iniciar su campaña el mismo mes en que su padre había dado comienzo, treinta y tres años antes, a la primera de sus expediciones. Indudablemente, buscaba con ello crear un efecto de comparación entre la gente de *Jemet* y llevar a sus tropas a concebir sueños similares de gloria rutilante y sobrado botín. Sin embargo, tuvimos que esperar algunos días antes de poder ver al enemigo. Al principio, lo único que se abría a nuestro paso eran aldehuelas, pobres y pequeñas, en las que no sólo no se nos presentaba resistencia, sino que incluso era normal que hubiera media docena de soldados egipcios instalados como fuerzas de ocupación. No pude dejar de ver el temor que se dibujaba en los rostros de aquellos infelices. Destinados fuera de la tierra de *Jemet,* sabían que no eran queridos por la población sometida y que si se producía algún disturbio serían los primeros en caer. No era mejor el estado de los habitantes de los villorrios. Poseedores de escasos ganados —especialmente de repugnantes ovejas— y de magras cosechas, no veían con buenos ojos que un imperio extranjero esquilmara unos recursos de por sí reducidos. Sin embargo, escondían en su corazón el rencor que sentían hacia nosotros y procuraban presentarnos la mejor de las sonrisas.

Había comenzado ya el primer mes de la tercera estación cuando tuvimos nuestro primer combate. El malestar había comenzado a cundir entre nuestras filas. Llevábamos prácticamente un mes persiguiendo a un enemigo invisible y recibiendo del país que transitábamos sólo algunas uvas escuálidas y algunas tortas de pan seco. Los informes que paulatinamente recogíamos de las poblaciones que atravesábamos insistían en señalar que se había formado una gran coalición de reyes para venir a nuestro encuentro, pero lo cierto es que no lográbamos ni siquiera entablar contacto con una minúscula avanzadilla. A medida que transcurrían los días el temor a ser

víctimas de una emboscada en terreno desfavorable fue creciendo hasta el punto de resultar sofocante. Nos habíamos desplazado muy al norte del país y si había que realizar un repliegue apresurado, la distancia hasta la tierra de *Jemet* podía convertirlo en una carnicería aliñada de desbandada. Fue entonces cuando nos encontramos por primera vez con el adversario.

Nos hallábamos cerca de un enclave llamado Shemesh-Edom cuando uno de los exploradores que precedía la marcha del ejército regresó dando voces y asegurando que estaba a la vista un contingente enemigo. Aquello levantó, como era de esperar, una enorme expectación en nuestras filas, expectación que no tardó en dejar paso a un estado de confusión. Lejos de tratarse de un ejército organizado, lo que apareció ante nosotros fue un grupo de una veintena de personas a caballo, aparentemente tranquilas y sin aspecto de buscar combate. Los oficiales transmitieron inmediatamente la orden de que no se persiguiera a aquel contingente, ya que podía tratarse de un ardid para llevarnos hasta un ejército mayor y bien atrincherado.

Pausadamente, iniciamos un avance, mientras el grupo de enemigos —excesivamente lento, me parecía a mí— seguía avanzando en nuestra dirección de manera aparentemente tranquila y confiada. Fue en esos momentos cuando la situación experimentó un vuelco. Altaneramente erguido en su carro de guerra, Ajeprura Amenhotep abandonó nuestras filas y se dirigió a galope tendido hacia el contingente presuntamente enemigo. Cuando se encontró a una altura prudencial, ordenó a su auriga que frenara el vehículo. Hasta entonces los jinetes que venían a nuestro encuentro no se habían detenido, sino que mantenían un paso suave, pero al ver como el carro de Ajeprura Amenhotep se paraba, optaron por comportarse de la misma manera y uno de ellos levantó las dos manos con las palmas extendidas hacia arriba.

Me pareció entender que aquello no había sido sino un gesto de buena voluntad, de rendición incluso, y respiré aliviado. Sin embargo, Ajeprura Amenhotep no lo interpretó de la misma manera. Pidió su arco al auriga, colocó una flecha en el mismo y antes de que pudieran darse cuenta sus compañeros, había atravesado con ella el pecho del hombre que alzaba los brazos. Fue tanta la sorpresa de los que con él iban que se quedaron paralizados. De hecho, lo estuvieron el tiempo suficiente para que Ajeprura Amenhotep, esta vez a galope tendido, derribara a otro jinete de un flechazo. Al contemplar este gesto, nuestro ejército se puso en marcha como un solo hombre. Como el pie aplasta a la hormiga, caímos sobre los supervivientes y los capturamos.

Los artistas a las órdenes de Ajeprura Amenhotep han presentado posteriormente este lamentable episodio como una gran victoria. Sin embargo, poco puede dudarse de su verdadera magnitud. Capturamos dieciocho personas y sólo dieciséis caballos, ya que nuestras impetuosas fuerzas optaron por golpear el pecho de los animales con

sus lanzas antes de arremeter contra los jinetes. Para remate, como pude saber al interrogarlos, no se trataba de un grupo hostil, sino de los varones de una familia que regresaban a su aldea tras ofrecer sacrificios en un mísero santuario cercano. Al alzar los brazos sólo habían deseado manifestar que iban inermes, que nada debíamos temer de ellos, que ni siquiera llevaban armas salvo algún cuchillo largo. Seguramente hubieran regresado tranquilos a sus casas de no toparse con el dios Ajeprura Amenhotep, ansioso de combatir cuerpo a cuerpo y de obtener, finalmente, una victoria sobre los bárbaros. Por supuesto, nadie propuso deshacer el equívoco. Los que sólo horas antes eran felices campesinos que presentaban ofrendas a sus dioses, en estos momentos, eran muertos o esclavos que exhalarían el último aliento en la tierra de *Jemet.*

Pocos días después, nuestro flamante ejército obtuvo una victoria muy similar a aquélla. Era el día veintiséis del primer mes de la tercera estación y acabábamos de cruzar el Orontes. Seguíamos empantanados en una búsqueda estéril de un enemigo que se ocultaba en un terreno que conocía y que debía de ir viendo con placer cómo nos adentrábamos en el mismo sin poder siquiera causar un mísero rasguño a sus fuerzas. De repente, alguien captó la presencia de algunos *setetyu* —no más de tres o cuatro— y dio la voz de alarma. Ajeprura Amenhotep no tardó en azuzar a su auriga y emprender la persecución. Mientras tanto los oficiales imploraban silenciosamente a los dioses para que no se tratara de una emboscada que acabara con el señor de *Jemet* y, de paso, con todos nosotros. Sin embargo, nada de lo temido sucedió. Ajeprura Amenhotep atravesó con una lanza a uno de los *setetyu, y* los soldados que le seguían, perdiendo el resuello por momentos, no tuvieron dificultad en caer sobre los otros y matarlos allí mismo. En total se dio muerte a tres o cuatro hombres, a los que no llegamos a interrogar, y capturamos dos caballos, un carro, una cota de malla y una aljaba llena de flechas. El resultado era claramente ridículo, pero se decidió inflarlo para animar a la tropa y para enviar a Egipto noticias alentadoras. Se afirmó —lo que era mentira— que el mismo Ajeprura Amenhotep había descubierto a los *setetyu* mientras oteaba en el horizonte y se ordenó celebrar una fiesta de acción de gracias en honor de Amón, ya que, al parecer, era este dios el que nos había dispensado la posibilidad de obtener una victoria tan clamorosa sobre nuestros enemigos.

Lo cierto, sin embargo, es que la tropa comenzaba a encontrarse muy descontenta. En cerca de un mes de campaña sólo sabían lo que era realizar marchas, acampar, limpiar y volver a realizar marchas, acampar y limpiar. Hasta el momento no habían podido practicar pillajes ni violaciones (los dos grandes alicientes de un conflicto bélico para la soldadesca) y aquí y allá empezaban a oírse voces quejumbrosas que, no sin razón, se preguntaban dónde estaba el ejército de un país que se suponía alzado en armas contra la tierra de *Jemet.* Aquel malestar pareció acallarse un poco cuando

se les informó de que llegaríamos a Niy, un asentamiento supuestamente rebelde que podrían expugnar y saquear a placer.

Naturalmente, las convenciones de la guerra —y las necesidades de la propaganda— exigían que existiera un mínimo pretexto para entrar a saco en una población de la que sólo conocíamos el nombre. Ajeprura Amenhotep se brindó valientemente a proporcionar ese motivo. Se convino en que se acercaría a caballo hasta Niy y en la lengua de *Jemet* —no conocía otra— conminaría a la ciudad a rendirse. Cualquier respuesta —incluida la del silencio— se interpretaría como un insulto intolerable y, a continuación, nuestro ejército se precipitaría en masa contra el villorrio y lo arrasaría.

A los catorce días de nuestra victoria a orillas del Orontes, en el día diez del segundo mes de la tercera estación, avistamos la ciudad de Niy. Inicialmente todo transcurrió como se había planeado. Ajeprura Amenhotep se acercó hasta los muros de la ciudad —aunque a una distancia prudencial para evitar que una lanza o una flecha le obligara a ir al *ka* antes de tiempo— y montando uno de sus caballos comenzó a gritar un discurso insultante. Pero no pudo avanzar mucho en el desgranamiento del mismo.

Apenas había pronunciado media docena de frases humillantes cuando las puertas de la ciudad se abrieron y la gente, en actitud estudiadamente humilde y llevando presentes y flores, se dirigió hacia donde él estaba. Lo cierto es que iban tan inclinados y se postraron tan claramente nada más franquear los umbrales de la ciudad que ni un ciego hubiera podido confundirlos con enemigos. Apenas nos habíamos repuesto de esta sorpresa cuando alguien, desde el muro, frente al que estaba situado Ajeprura Amenhotep, gritó en un egipcio chapurreado:

—¡Larga vida a Ajeprura Amenhotep, señor de la tierra de *Jemet*, hijo de los dioses, nuestro soberano y rey! ¡Larga vida a su valiente y aguerrido ejército!

Pude observar que muchos de nuestros soldados torcían el gesto ante aquel despliegue de sumisa amabilidad. Con su astucia, los habitantes de Niy habían salvado sus vidas, y con su calculada generosidad consiguieron incluso proteger buena parte de sus haciendas.

Para nosotros, en cambio, los problemas subsistían. Nuestras tropas no conseguían saciar su sed de oro y mujeres, y además nuestros enemigos seguían sin aparecer, supuestamente forjando un arma templada con la que asestarnos un golpe terrible en el momento más conveniente para ellos. De momento no había botín, y en cuanto a la gloria, daba la sensación de pertenecer en exclusiva al señor de *Jemet*, que demostraba una habilidad especial para creársela a medida de su orgullo y vanidad.

Era obvio que, si se deseaba remediar esa situación, no podría seguir recurriéndose al pretexto de la provocación fingida, dada la manera en que había fracasado en Niy. A estas alturas, seguramente la voz habría corrido por la región y lo

más seguro es que sólo nos encontráramos con ciudades sumisas y serviles. Si deseábamos fama y fortuna, antes de que nuestros cobardes adversarios presentaran batalla y mordieran el polvo frente a nosotros, resultaba obvio que debía golpearse primero y preguntar después. Por otra parte, y dado que el enemigo no se presentaba de momento, habría que buscar un contrincante al que robar aunque se encontrara entre las filas de nuestros propios amigos. Eso fue, finalmente, lo que hicimos.

8

Apenas habíamos perdido de vista a los habitantes de Niy cuando nos encaminamos hacia el enclave donde tendría lugar la primera victoria de envergadura que Ajeprura Amenhotep conseguiría en aquella segunda campaña contra los bárbaros. Nuestro destino era Ykati. Hoy en día apenas nadie sabe de la existencia de este sitio y tampoco era muy conocido en aquella época salvo por darse la circunstancia de que constituía un enclave aliado. Llegamos al mismo ya pasado el día veinte del segundo mes de la tercera estación. Hasta entonces habíamos visto villorrios inermes y sometidos, así como una población rendida voluntariamente, la astuta Niy. Ykati pertenecía, sin embargo, a una categoría superior. Se trataba de una ciudad aliada. La guarnición procedente de la tierra de *Jemet* que había en la misma no se limitaba a unos pocos soldados, sino que constituía un destacamento de cierta relevancia, destacamento que, según confesó su responsable, un tal Minhotep, estaba deseando la llegada del ejército de nuestro señor, antes de que los reyes del país marcharan sobre la ciudad.

Minhotep era, según recuerdo, un sujeto notable e incluso me atrevería a decir que excepcional. Le vi de lejos cuando salió con una patrulla a recibir a nuestro señor, y aquella misma noche coincidí con él en una cena de bienvenida. En general, no caía bien a los oficiales de nuestro ejército por razones que luego explicaré, pero a mí, a diferencia de ellos, me pareció un hombre con el que merecía la pena trabar amistad. No respondía, desde luego, al carácter típico del militarote destinado fuera de la tierra de *Jemet.* Educado y culto, no contemplaba con desprecio a los *aamu* y se alegró de conocer a alguien que, como yo, había estudiado algunas de sus lenguas. Según me comentó en un tono vivo y no exento de entusiasmo, en los años que llevaba en contacto con ellos había aprendido a apreciar sus virtudes, a disfrutar de sus tradiciones, e incluso —según me dijo bajando la voz— había tomado como concubina a una de sus mujeres. Con una sonrisa maliciosa me refirió que se trataba de una compañera sumisa, diferente al carácter de las que poblaban nuestra tierra, siempre ocupadas en acicalarse y gastar el dinero del marido. Seguramente la amaba, aunque no le había concedido la categoría de esposa para evitarse complicaciones con los mandos de *Jemet.*

Mientras el vino de la tierra desataba su lengua, se atrevió —con la excusa de practicar conmigo el idioma de los indígenas— a susurrarme unas confidencias en un lenguaje extranjero incomprensible para cualquiera de los presentes que tuviera oídos indiscretos. Aquella medida ponía de manifiesto mucha prudencia por su parte porque, si yo hubiera sido indigno de su confianza, siempre habría podido alegar que no le había entendido bien y ninguno de los presentes hubiera podido testificar en su

contra. A mí tal eventualidad no se me pasó en ningún momento por la cabeza. Todo lo contrario. Agradecía tanto la posibilidad de mantener una conversación inteligente con alguien tras varias semanas de marcha que, bajo ningún concepto, le hubiera delatado.

Según me refirió, Minhotep hacía tiempo que despreciaba la política que llevábamos a cabo entre estos pueblos. Consideraba que la codicia y altivez de que hacíamos gala nos enajenaba posibles amigos y que eso sólo contribuía a dificultar nuestra estancia en el país. En su opinión había que abogar por un entendimiento amistoso que beneficiara a ambas partes y que estrechara unos lazos forjados por intereses mutuos. Al parecer, ideas de este tipo eran la razón de que, en tiempos de Menjeperra Tutmosis, se le hubiera apartado del mando activo y destinado al extremo del universo, a Ykati. También ésa era la raíz del poco aprecio, por no decir abierto desdén, que le manifestaban los oficiales de la expedición. Debo decir que, en términos prácticos y pensaran lo que pensaran los demás, su trato con los naturales de aquella tierra había resultado beneficioso. Eso explicaba que mientras otras ciudades no habían tardado en apoyar la idea de la revuelta enviando soldados a formar parte del hasta ahora invisible ejército enemigo, Ykati, por el contrario, y con la excepción de dos o tres revoltosos, se mantuviera leal a nosotros.

Tras un par de días de aprovechar la hospitalidad de los naturales, por respeto a la cadena del mando, aunque sin darle posibilidad alguna de discutir la orden u ofrecer alternativas, se le informó de que Ykati sería arrasada y de que sus habitantes se verían entregados al saqueo, la violación y la esclavitud. Me encontraba presente cuando Sennu, uno de nuestros generales, le comunicó la noticia a Minhotep. Recuerdo como los ojos de éste se dilataron extraordinariamente antes de poder articular palabra.

—¿Por qué? —fue lo único que atinó a balbucir.

—El ejército necesita una victoria y un botín. Ykati puede proporcionarle ambas cosas —le informó fríamente Sennu.

—Pero... pero si son aliados nuestros... Desde un principio se alinearon a nuestro lado y... —suplicó intentando infructuosamente que aquel hombre razonara y con él sus superiores.

—Tenemos noticias de que se manifestaron en contra de la guarnición que tenemos en la ciudad —dijo Sennu con gesto cansino.

—Pero sólo se trató de unas pocas personas a las que castigué inmediatamente —intercedió a la desesperada Minhotep, que aún no parecía haberse dado cuenta de la magnitud de la noticia—. En su conjunto, esta gente es leal a la *Per-a'a* y a su señor. Le recibieron con los brazos abiertos...

—No podemos permitirnos debilidades, Minhotep —intentó zanjar la conversación Sennu—. Cualquier signo de vacilación, de condescendencia, de

debilidad debe ser yugulado de manera rápida y terminante y eso es lo que le va a suceder a Ykati.

Por un momento pensé que Minhotep rompería a llorar. En su corazón debían de estar luchando la lealtad a la *Per-a'a,* mantenida por él durante tantos años, y los sentimientos de gratitud y decencia que profesaba a aquellas gentes.

—Mi señor, si hacemos eso con nuestros aliados, ¿quién osará confiar en nuestra palabra? Hasta ahora apenas habéis encontrado oposición...

Percibí que Sennu arrugaba el ceño al escuchar esta última frase. Temí que pensara que Minhotep sugería que las dos gloriosas victorias de Ajeprura Amenhotep eran una farsa. Pero éste no reparó en el gesto de desagrado del general y siguió insistiendo.

—... sin embargo, si cometéis una acción como ésa, nuestros enemigos que ahora os eluden porque carecen de fuerza verán afluir a sus filas a toda la gente de la tierra deseosa de sacudirse nuestro gobierno.

En mi corazón pensé que aquel hombre tenía razón. Si nos mostrábamos clementes, si sabíamos tratar adecuadamente a nuestros aliados, quizá todo se resolvería sin más derramamiento de sangre, pero si incurríamos en una felonía como ésa contra un amigo podríamos encontrarnos, a mucha distancia de la tierra de *Jemet*, rodeados de enemigos por todas partes. Desgraciadamente, la ambición y la codicia parecían pesar más que la sensatez y la lealtad en el ánimo de nuestros generales.

—Minhotep —comenzó a hablar Sennu con rabia contenida—, nuestro señor Menjeperra Tutmosis te destinó a esta guarnición porque, en su clemencia, seguramente no quiso descargar sobre ti toda su justicia. El tiempo pasado lejos de las aguas del *Hep-Ur* no te ha hecho, sin embargo, mejor. Ha ablandado tus huesos, te ha llevado a compartir tu lecho con una bárbara como si de una esposa se tratase y ahora ha enturbiado tu corazón hasta el punto de atreverte a manifestarte como un rebelde frente a una orden de nuestro actual señor.

En aquel instante temí lo peor. Las acusaciones eran de tal calibre que si Minhotep se hubiese abalanzado sobre Sennu para golpearle en la boca nadie se lo hubiera reprochado. Sin embargo, se contuvo.

—Mi honor es como estiércol comparado con la seguridad del ejército de mi señor —contestó Minhotep con dulzura—; por eso es que no contestaré a las afrentas que como dardos hirientes salen de tu boca. Merecidas las tengo por mi acaloramiento en la respuesta. Ciertamente, ¿quién soy yo para discutir con Sennu? Pero si ejecutamos el plan que has dicho, nuestra presencia apestará como los hipopótamos en el *Hep-Ur* durante la estación de *Shemu* y nuestros enemigos se multiplicarán como los mosquitos sobre la carroña. ¿Acaso no es más grande el clemente que el duro, el generoso que el severo?

—El más grande es el que vence —cortó Sennu—, y nosotros venceremos

mañana. En cuanto a ti, no se tomará en consideración lo que has dicho hace unos instantes. Acepto tus excusas y esta noche te sentarás a mi mesa y descansarás en mi tienda.

Lejos de traslucir generosidad, la acción del general ponía de manifiesto que se trataba de un personaje extraordinariamente astuto. Seguramente temía que Minhotep pudiera avisar a alguien de Ykati, siquiera a su concubina y, de manera aparentemente cortés, con el pretexto de convidarlo y de ofrecerle su hospitalidad, le colocaba, en realidad, bajo una estrecha vigilancia.

Desdichada Ykati... Aunque ya han pasado algunos años, no puedo evitar una espantosa sensación de náusea cuando rememoro ese nombre. Apenas había comenzado Ra a remontar los cielos a bordo de *Mandet*, cuando nuestro ejército se desplegó por las callejuelas del villorrio con la intención de destruirlo. No fue difícil ejecutar aquella operación militar. La mayor parte de la población estaba formada por ancianos, mujeres y niños, y la práctica totalidad se hallaba durmiendo. Nuestros soldados siguieron un procedimiento cuidadosamente elaborado. En primer lugar, entraban en las casas, acuchillaban a los que consideraban inútiles y obligaban a salir y quedarse al lado de la puerta, con las manos sobre la cabeza y al lado de sus escasas pertenencias, a aquellos que pensaban que podrían formar parte del botín. Existían órdenes terminantes de que este procedimiento no se retrasara en ningún caso a causa de alguna violación apresurada cometida por la soldadesca en el interior de alguna de las casuchas, pero sé que tal directriz se desobedeció más de una vez en Ykati. Finalmente, cuando toda la calleja había sido saqueada, se obligaba a los cautivos a salir del villorrio y alguien iba prendiendo fuego con una tea a lo que sólo unos momentos antes eran las moradas tranquilas de nuestros aliados.

Habían empezado a sonar los primeros gritos y a tomar vida los primeros incendios cuando vi salir de un corral cercano a un hombre que, seguramente, había ido a evacuar alguna necesidad. Venía deprisa, sin duda, asustado por el primer estrépito, pero cuando contempló a uno de nuestros soldados que estaba a mi lado, su inquietud pareció desaparecer e incluso esbozó una sonrisa. Seguramente debió de pensar que si los enemigos atacaban, nosotros los defenderíamos y aquello lo tranquilizó. Cuando el militar se dirigió hacia él y levantó su hacha para herirlo, en su rostro no se pintó el miedo, sino la confusión. Por un instante me miró interrogante y en sus ojos, antes de que se transformaran en una superficie vidriosa tras recibir el golpe fatal, me pareció ver todo lo que aquella gente leal nos había ofrecido y lo repugnante del pago que les proporcionábamos a cambio. El soldado que acababa de aplastar su cráneo comenzó entonces a registrar febrilmente el cadáver, pero ¿qué puede llevar encima un hombre que viene de vaciar el vientre? Con un gesto de desprecio, aquel héroe escupió sobre el pobre extranjero y tomó una de las callejas en busca de una perspectiva de botín más halagüeña.

Aquella acción pareció disparar un resorte en mi interior. Con pies inseguros, como si hubiera bebido en exceso, me aparté del lugar y anduve unos pasos hasta llegar a uno de los olivos situados a las afueras de Ykati. No era la visión de la sangre, ni el estado en que habían quedado esparcidos los sesos de aquel infeliz lo que había revuelto mi corazón. Se trataba más bien del horror a la vista de nuestra perfidia. Si la justicia dependía de seres como Sennu o como el mismo Ajeprura Amenhotep, ¿quién podría concebir la más mínima esperanza de recibir un trato equitativo? ¿Quién podría vivir confiado si sus propios amigos se comportaban como chacales del desierto, como buitres carroñeros? Me apoyé en el tronco retorcido del árbol y, sin poder evitarlo, comencé a vomitar.

9

Levanté mi vista hacia Ykati y vi sólo el humo negro de las hogueras que la devoraban por todas partes. Algunos supervivientes salían con las manos sobre la cabeza, vigilados por nuestros soldados. Entre ellos había mujeres y niñas, y por las señas comprendí que algunas ya habían sido ultrajadas por la tropa. En ese momento, oí a lo lejos lo que me parecieron unos balidos. Ra había realizado buena parte de su camino de subida y tuve que colocarme la mano en la frente para evitar que sus rayos me deslumbraran. Efectivamente, eran unas cuantas ovejas guiadas quizá por media docena de personas.

—Pronto, ese pelotón, que se dirija hacia allí —oí que gritaba uno de los oficiales a la vez que señalaba el lugar del que venía el ruido provocado por los animales—; puede que se trate de refuerzos para estos traidores. Dejad a alguno vivo para interrogarlo. Que alguien vaya en busca del intérprete...

No les costó trabajo atraparlos. Sennu no tardó en ordenar que tanto ellos como yo fuéramos conducidos a la tienda de Ajeprura Amenhotep para proceder a un interrogatorio. Me bastó observarlos un instante para comprender que los infelices temblorosos que teníamos ante nuestros ojos no eran sino pobres pastores. De hecho, su único armamento se reducía a unos cuantos cayados ovejeros y a un par de cuchillos. Pero los jefes militares no iban a coincidir conmigo en esa opinión.

—Nebi —me dijo Ajeprura Amenhotep—, la captura de esta gente resulta esencial para el desarrollo futuro de la expedición. Quiero saber en primer lugar el pueblo a que pertenecen y por qué se habían acercado hasta aquí.

Formulé las preguntas lentamente y con cuidado especial en la pronunciación. Deseaba que me entendieran y que contestaran sin vacilación. Percibía que tanto Sennu como nuestro señor estaban sedientos de sangre y que no vacilarían en agarrarse a cualquier pretexto para continuar derramándola. Aunque los pastores estaban muy asustados, mi estrategia dio fruto y respondieron con claridad.

—Son gente de la tribu de Jatitana —traduje—. Se dirigían a Ykati a vender algunas de sus ovejas. Se enteraron ayer de que el señor de la *Per-a'a* había llegado a la ciudad y creyeron que su presencia garantizaba la seguridad de los habitantes del villorrio y la posibilidad de comerciar. En mi opinión, se trata de gente inofensiva que...

—Cuando quiera tu opinión te la pediré, intérprete —cortó Sennu.

—Estoy de acuerdo contigo, Sennu —terció Ajeprura Amenhotep, y luego, dirigiéndose a mí, ordenó:

—Diles que mi corazón, un corazón divino, siente que son espías que han venido a informarse del número de efectivos de nuestro ejército y que quiero saber dónde

está acampada su tribu.

En ese momento supe que la suerte de aquellos hombres y la de sus familiares estaba echada. ¿Quién habría podido enfrentarse con las palabras de alguien que afirmaba pronunciarlas bajo una inspiración divina? ¿Quién osaría oponer al oráculo de un dios la simple opinión de su corazón? Entendí, callé y obedecí.

El miedo más profundo se pintó en el rostro de los pastores cuando les traduje las palabras de nuestro señor. Como un solo hombre se lanzaron a sus pies llorando y gimiendo. Habían comprendido que su final podía ser una muerte dolorosa y prolongada y, fuera como fuese, deseaban evitarla.

—¿Qué dicen estos perros? —me gritó Ajeprura Amenhotep, impaciente por lo que consideraba lentitud de su parte.

—Afirman que no son espías, mi señor, y suplican que no se les mate —contesté.

—Ajá —sonrió Sennu—, algo habrán hecho, sin duda, cuando temen por su vida. ¿Qué hay del emplazamiento de su tribu?

—Insisten en afirmar que son un pueblo pacífico, amigo nuestro...

—Intérprete, no nos hagas perder el tiempo —cortó Ajeprura Amenhotep—. ¿Han dicho dónde están acampados? ¿Lo han dicho? ¿Sí o no?

—Mi señor, afirman que os llevarán hasta su pueblo sin dilación, con la finalidad de que veáis que son leales vasallos vuestros.

Ajeprura Amenhotep dirigió una mirada a Sennu mientras se encajaba en la cabeza el *jepresh,* el yelmo azul que sólo se utilizaba en campaña.

—Sennu, deja un pequeño retén en Ykati para vigilar a los prisioneros y ordena al ejército que se disponga para entrar de nuevo en combate. Amón ha escuchado nuestras plegarias y ha colocado a nuestros enemigos en mis manos.

Iba a salir de la tienda cuando, repentinamente, se volvió hacia mí y dijo:

—Intérprete, ven conmigo. Necesito que traduzcas las indicaciones que estos bárbaros proporcionen. ¡Hoy mi espalda se disolverá en la sangre derramada de los jatitu!

Ni siquiera había conseguido memorizar su nombre, pero estaba dispuesto a proporcionar fama al suyo extirpándolos de la faz de la tierra...

No tardamos en dar con el campamento de los jatitana. En una hondonada, compuesto por un par de docenas de tiendas de piel, se hallaba el supuesto enemigo que tanto Sennu como Ajeprura Amenhotep deseaban aniquilar. Afortunadamente, no me ordenaron bajar hasta el lugar del combate, sino que me dejaron en una altura con media docena de soldados y los prisioneros a los que habían cargado de cadenas.

Como había temido, los jatitana no pasaban de ser pastores de ovejas que ni siquiera poseían el más mínimo aspecto de ejército organizado. Ni siquiera tuvieron tiempo de reaccionar cuando nuestros soldados irrumpieron sobre ellos matando indiscriminadamente a todo el que se cruzaba en su camino. En Ykati existió, al

menos, un plan para matar, pero entre los jatitana Ajeprura Amenhotep se limitó a intentar calmar su sed de combate. Nunca privado de valor, fue el primero en bajar hasta la hondonada a galope tendido y también fue su espada la primera que se tiñó de sangre. Empero no todos murieron. Las mujeres y los niños fueron respetados en general en concepto de botín de guerra. Posteriormente, se decidiría asimismo no privar de la vida a los primeros pastores capturados para presentarlos en la tierra de *Jemet* como a caudillos de una temible tribu. Dejando a nuestras espaldas un rastro de sangre y cenizas, regresamos hasta Ykati. Lo que Ajeprura Amenhotep hizo entonces es algo que difícilmente podré olvidar jamás. Ordenó que se reuniera a un número de supervivientes escogidos al azar y que se les congregara a las puertas de la ciudad. Se trataba, naturalmente, de una cantidad reducida de personas, un miserable resto de entre los que no habían caído al filo de nuestras espadas. No sufrirían la esclavitud de las cadenas, pero iban a ser objeto de un escarnio humillante.

—Escucha bien, intérprete —me dijo Ajeprura Amenhotep antes de comenzar su discurso—, quiero que traduzcas de la manera más exacta posible lo que voy a decir. Mis palabras son frases divinas que tendrán una importancia trascendental para la vida de esta gente. Cumple bien con tu deber, y ni los dioses ni yo te olvidaremos jamás.

Me incliné ante él y le aseguré que no tendría motivo de queja y que mis labios repetirían punto por punto lo que él dijera.

Había escogido como plataforma su carro. Supongo que deseaba impresionar aún más a los indígenas, aunque resulta dudoso que nada pudiera ya sorprenderlos después de lo sucedido. Irguió su cuello, reprimió una sonrisa de satisfacción que afloraba a sus labios, adoptó un gesto mayestático y comenzó a hablar:

—¡Fieles aliados de Ykati! Agradeced a los dioses tener el señor que tenéis, así como el apoyo del siempre victorioso ejército de *Jemet.* Anoche, mientras dormíais tranquilamente, repugnantes traidores ocultos entre vuestras propias gentes planearon una vergonzosa matanza dirigida contra vosotros. Pensaban, aprovechando vuestro plácido descanso, privaros de vuestras vidas y posesiones. Pero Amón me reveló lo que iba a suceder y pudimos adelantarnos a tan perversos planes. Antes de que Ra comenzara a remontar los cielos a bordo de *Mandet,* atacamos, rápida y eficazmente, a esos felones y salvamos vuestras vidas. Agradeced por lo tanto a los dioses que su hijo y el ejército de su hijo estuvieran acampados cerca de Ykati. Ahora, para garantizar que tales hechos no se repetirán en el futuro, los culpables supervivientes serán deportados y vosotros disfrutaréis de un contingente aún mayor de soldados. ¡Sentíos felices! ¡No temáis! ¡Regocijaos! ¡La salvación que los dioses han manifestado hoy es grande y plena!

Contemplé los rostros de aquellos seres que, como tizones salvados de un incendio, apenas tenían sobre sí nada agradable que llamara la atención. En general,

se trataba de gente aún no repuesta de la confusión y del dolor. En su silencio pude sentir el peso insoportable de la desgracia inmerecida y a la vez el deseo de sobrevivir a la misma, de cultivar otra vez los campos, de ver de nuevo nacer y crecer a los niños. Cuando Ajeprura Amenhotep concluyó su discurso con gritos de victoria y júbilo, yo también imprimí a mis palabras el mismo tono con la esperanza de que alguien se uniera a aquella necedad, siquiera para no hacer sospechar a los vencedores que existían descontentos en las filas de los supervivientes. Algunos de aquellos infelices entendieron y comenzaron a desear larga vida para Ajeprura Amenhotep y sus hombres. Lloraban al mismo tiempo porque eran conscientes de cuánta perversidad era necesaria para llevar a cabo una ceremonia como aquélla, pero creo que cuanto más lo pensaban, más fuerte elevaban sus voces, quizá con la esperanza de que el estruendo de éstas amortiguara los gritos de dolor de sus corazones. Como consumación de todo, me volví a Ajeprura Amenhotep y, humildemente inclinado, le dije:

—Mi señor, os están aclamando.

Sonrió y mirando a Sennu, que estaba a su diestra, afirmó con desdén:

—Eso sólo demuestra que los dioses nunca se equivocan y que Minhotep, que tanto pretendía conocer a estas gentes, no es sino un patán ignorante.

10

Minhotep, pese a lo que pensaban Ajeprura Amenhotep y Sennu, no se había equivocado. Nuestra presencia subió a la nariz de los pobladores del país como la peste de los hipopótamos en la estación de *Shemu.* De repente, la escasa población que hasta entonces se había dejado ver se fue espaciando cada vez más y el viento comenzó a traernos la certeza de que el momento de la confrontación decisiva se estaba acercando peligrosamente.

La concubina de Minhotep había escapado a duras penas de ser violada o degollada, y a él se le ordenó que se incorporara al ejército expedicionario como conocedor profundo del terreno. En aquellos días intenté estar lo más a menudo posible a su lado, fundamentalmente para evitar que pronunciara declaraciones que le pudieran ocasionar un severo castigo y también, lo reconozco, para mantenerme apartado del resto de la tropa. No conseguía —y eso era natural— apartar de su corazón el recuerdo de tantos amigos muertos, y un día me confesó que tenía la certeza de que iría al *ka* antes de que aquella expedición concluyera, pero que con él marcharían muchos de nuestros soldados.

Aquellos comentarios me desagradaron profundamente. Por un lado, apreciaba a Minhotep y la muerte de una persona como él sólo hubiera añadido pesar a mi corazón. Por otro, yo mismo no sentía ahora ningún deseo de ir al *ka.* Cuando Merit había desaparecido de mi vida tal idea había tenido algún atractivo para mí, pero en aquellos momentos, tras ver la suerte de tanto desdichado, deseaba seguir viviendo al igual que el sediento ansia beber agua. Ajeprura Amenhotep no me importaba y tampoco realmente lo que pudiera sucederles a sus súbditos, aunque no por eso dejara de sentir lástima por ellos. Sin embargo, sí deseaba sobrevivir. Ansiaba regresar a la tierra de *Jemet* y allí pasar el resto de mis días tranquilo y bebiendo de las aguas del *Hep-Ur.* A punto estuve de no lograrlo.

Desde el día anterior, Sennu había ido desplazando nuestro ejército por el distrito de Tijsi, una zona donde, aparentemente, nada teníamos que temer. Ra llevaba un buen rato a bordo de *Mandet,* cuando comenzamos a atravesar una especie de valle encajonado en medio de cerros de escasa altura. Aunque manteníamos alguna patrulla a retaguardia e igualmente en la vanguardia, lo cierto es que no hubiéramos esperado ningún tipo de ataque. No había ninguna ciudad cerca que tuviera la importancia suficiente para combatir por su toma, ni tampoco las elevaciones que se dibujaban a nuestros flancos tenían la altura bastante como para bloquear el avance de un ejército.

Nuestra retaguardia había penetrado por completo en el valle cuando, repentinamente, un ruido ensordecedor nos obligó a volver la cabeza en todas direcciones. Era similar a las pisadas de muchos bueyes, o al estruendo de millares de

tambores acompasados. Sin embargo, no iba acompañado de gritos o cualquier otro sonido humano. Más que el temor, puede decirse que era la sorpresa y la interrogación lo que se dibujaba en nuestros rostros. ¿Se trataba de un temblor de tierra? ¿Podía ser el sonido lejano de una apartada tempestad? Intentaba encontrar una respuesta cuando, casi al unísono, las alturas, en medio de las cuales discurría el valle, se llenaron de bultos mayores que hombres, armatostes que mi vista no podía apreciar con exactitud y cuya contemplación sólo trajo desasosiego a mi corazón.

—Son carros —dijo Minhotep, que estaba a mi lado—. Son los carros de los reyes de la tierra.

Así era. Como si se tratara ahora de un solo hombre, aquellos artefactos comenzaron a descender por las colinas, mientras sus ocupantes lanzaban desaforados gritos. No pude evitar que en esos momentos mi *ieb* se pusiera a hablar a la misma velocidad que las ruedas de aquellos ingenios.

Las máquinas pasaron por entre nuestras filas como la hoz por en medio de las espigas. Sin apenas tener tiempo para reaccionar, nuestros soldados comenzaron a caer atravesados por los venablos de los ocupantes de aquellos veloces artilugios. Sin embargo, cuando su reserva de armas arrojadizas se agotó, saltaron de los mismos y entablaron combate cuerpo a cuerpo. Entre tanto, fuerzas de infantería habían descendido de las lomas uniéndose a ellos en la tarea de acabar con Ajeprura Amenhotep y su ejército. Sentí entonces como si mi corazón cayera en un estado de adormecimiento similar al que algunas personas atribuyen a ciertas drogas. Maquinalmente, sin pensarlo, llevé la mano a la espada y me dispuse a abatir a alguien en medio de la confusión. Golpeé ciegamente y noté que tras el impacto un cuerpo se apartaba de mi paso. No me detuve. Una vez más, mis ojos recorrieron el campo en busca de un enemigo que derribar.

—Formad en cuadro —sonó la voz de un oficial detrás de mí—, formad en cuadro.

Torcí el cuello en la dirección desde donde sonaba la voz y pude ver como el pabellón de Ajeprura Amenhotep se convertía en el punto de referencia para todos los que aún no habíamos ido al *ka*. Como pude, retrocedí hacia allí y creo que en mi repliegue aún herí a uno o dos más de los *aamu*, aunque no estoy del todo seguro. Sennu había conseguido colocarse en el centro del mal pergeñado cuadro y gritaba en una y otra dirección a los oficiales y soldados. En la cara llevaba un costurón, sin duda fruto de alguna arma blanca, pero aun así no parecía haber perdido nada de su vigor. Debo reconocer que, muy posiblemente, todo hubiera acabado en desastre de no ser por él y por Ajeprura Amenhotep. Éste no paraba de cargar su arco y de dispararlo, a la vez que nos lanzaba consignas alentadoras.

—Amón los ha puesto en nuestras manos. Ni siquiera hemos tenido que buscarlos. Descienden hasta nosotros para que los matemos. Resistid. Uno solo de

vosotros vale como treinta de ellos.

Reconozco que Ajeprura Amenhotep exageraba poco en sus apreciaciones. La sorpresa y el carácter especialmente mortífero del ataque con carros nos había causado muchas bajas, pero, una vez reconstituidas nuestras filas, nos habíamos convertido en un formidable enemigo para aquella gente que, a fin de cuentas, en su mayor parte sólo eran campesinos mal armados. Por seis veces lanzaron a sus hombres contra nosotros y por seis veces, como las olas del *Wad-wer* abandonan la playa sin domeñarla, tuvieron que retroceder sin abrir una sola brecha en nuestras líneas. Sin embargo, mientras ellos se mostraban progresivamente agotados, nuestras tropas iban encontrándose más relajadas y seguras. Sennu ordenaba que la primera fila fuera reemplazada a cada nuevo embate y así, mientras nuestros hombres sólo tuvieron que medirse una vez, o a lo sumo dos, con sus adversarios, éstos, en su mayoría, se vieron obligados a batirse en todos y cada uno de los seis empujes. Aún puedo ver en mi corazón sus largos cabellos revueltos, sus barbas sucias y sus frentes sudorosas cuando se replegaron por sexta vez. Era obvio que sus piernas apenas los sostenían ya y que sus brazos, cansados por el peso de las armas, apenas podían sujetarlas con vigor. Pero no sólo yo capté la deteriorada situación del enemigo. Por detrás de nosotros, en medio del silencio de los dos bandos que esperaban y temían un nuevo choque, sonó la voz de Ajeprura Amenhotep, más altiva y segura que nunca.

—Ahora son nuestros. Amón nos los da para que en sus cuerpos agucemos el filo de nuestras armas. ¡A por ellos!

En medio de un griterío espantoso, nuestro cuadro pareció quebrarse en cuatro pedazos y, antes de que los bárbaros pudieran percatarse de lo que se les venía encima, caímos sobre sus desperdigadas filas, sedientos de victoria. La cólera acumulada durante el repliegue, el ansia de venganza por los compañeros caídos, la codicia del botín y el deseo de reparar el orgullo herido se unieron como cuerdas de un lazo que estranguló los restos de nuestros enemigos. De no ser porque muchos prefirieron rendirse, porque algunos estábamos agotados y porque no faltaba mucho para que Ra descendiera del cielo en *Meseket,* es muy posible que todos hubieran caído a filo de espada.

Sin duda, fue aquél un día de triunfo pocas veces igualado. Más de quinientos cincuenta nobles, entre ellos siete reyes, fueron capturados asegurando al señor de la tierra de *Jemet* un dominio indiscutible sobre el país. Ciertamente ahora podíamos ser odiosos, pero nadie, absolutamente nadie, se atrevería a desobedecer las órdenes procedentes del país situado a orillas del *Hep-Ur.* En cuanto al botín, resultó asimismo impresionante. En aquella operación militar capturamos doscientos diez caballos y trescientos carros que, abandonados ante el empuje de las tropas, cayeron en nuestras manos. La cantidad de *nub,* el metal amarillo, reunida en el saqueo

posterior del campamento enemigo superó los seis mil ochocientos *deben* y la de *hemt*, el metal rojo, alcanzó los quinientos mil. Ajeprura Amenhotep había logrado, al fin, la victoria que durante tanto tiempo había ansiado y, pacificadas definitivamente aquellas tierras, dio orden de regresar a la patria.

11

Busqué durante horas el cuerpo de Minhotep entre los caídos en la batalla de Tijsi. Finalmente, di con su cadáver, sólo reconocible por las insignias de su rango. Al parecer, había sido derribado del caballo en que montaba y, una vez en el suelo, lo habían acribillado a lanzadas. Pensé que, seguramente, al ir al *ka* su corazón habría encontrado el sosiego. Lamenté haberlo conocido en aquellas circunstancias. En otro tiempo, en otro lugar, quizá habríamos podido ser amigos. En aquella campaña tuve que conformarme con lograr que su cuerpo no fuera enterrado en una fosa común y con que se trasladara a Ykati. Apenas poseía nada de valor —de hecho, no se había enriquecido en absoluto desempeñando su cargo— y poco pudo entregarse a su concubina cuando, de regreso, volvimos a pasar por Ykati. Cuando le narré todo lo sucedido, la mujer no derramó ni una lágrima. Quizá no quedaba ya ninguna en su corazón. Vestía de luto, lo que me hizo pensar que algún otro ser querido había muerto en nuestro ataque a su ciudad, y cuando me despedí de ella se limitó a darse la vuelta y alejarse sin volver la vista atrás. Nunca volví a saber de ella.

Nuestra entrada en la tierra de *Jemet* fue digna del recibimiento dispensado a un dios. La fama precedía a nuestras tropas y en todos los lugares por los que pasábamos los niños nos vitoreaban, las mujeres salían a recibirnos con comida y flores, y los dignatarios mostraban sus mejores sonrisas. Habíamos sido, bajo la sabia dirección de Ajeprura Amenhotep, los restauradores del orden sobre el caos, de la armonía sobre la anarquía, de la civilización que *Jemet* representaba sobre las fuerzas de la barbarie.

Detrás de nosotros, humillados, desnudos, pero, en ocasiones, aún orgullosos, iban encadenados los vencidos. Ajeprura Amenhotep decidió que debía darse una lección definitiva para que todo el universo supiera lo que su gobierno significaba y lo que podían esperar los que se alzaran contra él. Cuando llegamos a *Waset* ordenó que el pueblo fuera reunido a fin de asistir en masa al último acto de aquella campaña victoriosa. Después, ante todos ellos, ordenó que comparecieran seis de los siete reyes que había capturado en Tijsi. Se irguió cuando los obligaron a arrodillarse ante él, se rió de ellos, los insultó, los escupió y finalmente, fue aplastando uno por uno sus cráneos con su maza de guerra.

Nada de aquello horrorizó a la multitud. Más de uno había perdido a algún familiar en aquel combate y contemplaron la macabra ceremonia como una muestra de justicia divina. No sólo eso. En realidad, a medida que Ajeprura Amenhotep iba destrozando las cabezas de aquellos cautivos, la gente gritaba cada vez más, ebria de satisfacción y entusiasmo. Estoy seguro de que algunos compensaban así el no haber podido formar parte de nuestro ejército y participar en las batallas de Ykati o de Tijsi. Ahora parecía que el brazo fuerte del señor de la tierra de *Jemet* los representaba a

todos en el acto de debelar definitivamente a aquellos pobres reyezuelos.

Consumada la popular ejecución, se procedió a amputar las manos de los desdichados, que fueron colgadas junto con sus cuerpos de los muros de *Waset.* El séptimo rey no tuvo un destino mejor. Todo lo más consiguió un angustioso aplazamiento de su final. Por orden expresa del señor de la tierra de *Jemet,* fue trasladado por el *Hep-Ur* hasta la ciudad de Napata, en *Kush,* y allí sufrió una suerte similar. Nadie se había sublevado en aquella región, pero Ajeprura Amenhotep pensó que si los habitantes de la misma veían el destino que les esperaba a los rebeldes, no se permitirían siquiera alimentar intenciones levantiscas. Debo decir con pesar que nuestro señor acertó de lleno.

En cuanto a mí, distaba mucho de compartir la euforia que embargaba las calles de todas las ciudades y aldeas de la tierra de *Jemet.* De hecho, cuando Paser o Sobejotep me pedían detalles, una y mil veces, acerca de la expedición, me limitaba a contarles alguna de las leyendas que tanto abundaban ya entre las gentes, pero sin entrar en profundidad en lo que había sucedido realmente. Poco a poco, empecé a sentirme sofocado en aquella ciudad. Por un lado, todo volvía a la misma rutina y a las mismas gentes, gentes a las que quería, pero cuya presencia me cansaba. Por otro, el recuerdo de Merit, amortiguado durante los días de la campaña, volvió a asestar dentelladas a mi corazón. Por la noche aparecía en mis sueños envuelta en el humo de Ykati o en la sangre de Tijsi, y en mis pesadillas no era raro que aquella mujer que decía dominar el arte de *heka,* y a la que yo había estado a punto de matar, surgiera riendo o que contemplara el rostro, mudo e impenetrable, de la concubina de Minhotep. Decididamente, tenía que abandonar aquel lugar, buscar otro sitio, pero no sólo para retirarme una temporada, sino para dejar que mi vida discurriera en él hasta tener que ir al *ka.* Pensé en algún enclave que no estuviera lejos del *Wad-wer,* donde quizá, algunos días al menos, pudiera acercarme hasta las playas o adentrarme en sus olas a bordo de una barca de pescadores. Sin embargo, esta vez no fui yo en busca de la ocasión, sino que ésta se acercó hasta mí.

TERCERA PARTE

AL SERVICIO DEL HERITEP-A'A

1

No tuve que esperar mucho a que mi anhelo de vivir en otra ciudad se convirtiera en realidad. Me encontraba una mañana traduciendo cuando Sobejotep expresó su deseo de hablar conmigo. Temí que esperara algún nuevo relato heroico de mi participación en la segunda campaña de Ajeprura Amenhotep y no pude evitar que el desagrado invadiera mi corazón. Lo cierto, sin embargo, es que me equivoqué.

—Nebi, vengo observándote desde hace tiempo —comenzó diciendo con acento estudiado—. Cuando marchaste a la campaña con el ejército de nuestro señor, sentí pesar en mi corazón porque temía que no regresaras o que si lo hacías no fuera sin antes perder un ojo o algún otro miembro. Sin embargo, al mismo tiempo, me alegré porque pensaba que tendrías posibilidad de progresar entre los servidores de la *Per-a'a* y también, y esto te lo puedo decir ahora, porque confiaba en que olvidarías lo sucedido con Merit y volverías a ser un hombre tranquilo y feliz.

Aquel inicio me sorprendió un poco. Aunque sentía estima por Sobejotep, siempre lo había considerado carente de sutileza a la hora de leer en los corazones o en los ojos de los hombres. En esos momentos supe que me había equivocado totalmente y que bajo aquella piel campechana, y aparentemente interesada sólo en los asuntos de la *Per-a'a,* se escondía un ser con sensibilidad y sabiduría.

—Todos sabemos que los dioses han sido misericordiosos contigo, y con este pobre viejo que te aprecia, y que por ello has vuelto sano y salvo. Pero he visto demasiadas inundaciones del *Hep-Ur* como para no percatarme de que no hay paz en tu corazón. Nebi, si quieres escuchar un consejo, te recomiendo que abandones esta ciudad. En ella hay demasiados lugares y personas que te recuerdan a Merit, y temo que tú seas uno de esos raros hombres que sólo aman una vez. En ti no hay un simple escriba, un funcionario más, como tantos otros. Lo cierto es que nunca dejas de estudiar y has llegado incluso a participar en combates terribles. Ajeprura Amenhotep ha decidido pasar parte del año en las cercanías del *Wad-wer.* Aparentemente se debe a un súbito deseo de cambiar de aires, pero, confidencialmente, puedo decirte que se trata de estar más cerca del territorio de confinamiento de los hebreos. Tú conoces la lengua de esos bárbaros... estoy seguro de que si le pidieras ir con él te lo concedería. Allí, realizando un trabajo más tranquilo, quién sabe incluso si en un puesto superior, podrás olvidar todo.

Miré por un momento los ojos de Sobejotep. Eran los del padre al que había perdido cuando aún era casi un niño, esos ojos que sólo vemos, muy de tarde en tarde, en el rostro de los hombres que aman a otros seres humanos, pero que rara vez exteriorizan lo que hay en el interior de sus corazones por temor a que sus sentimientos sean confundidos con debilidad. Mi superior, muy posiblemente, tenía

razón.

—Creo que mi señor ha sabido leer en el corazón de este siervo —comencé a contestarle— Es cierto que la visión de esta ciudad me resulta insoportable. Muchas noches el sueño se niega a posarse sobre mis párpados y me revuelvo en mi lecho recordando cuando no estaba solo y podía sentir el cuerpo tibio y suave de Merit...

Sobejotep se acercó hasta mí y colocó su mano derecha sobre mi hombro. Volvía a ser el funcionario probo e ideal.

—Sé que con tu marcha perderé a mi mejor hombre. Sin embargo, la *Per-a'a* seguirá teniéndote a su servicio y, créeme, todo me lleva a sospechar que quizá tu labor allí sea aún más importante para la prosperidad de la tierra de *Jemet* que todo lo que has realizado hasta el día de hoy. Yo mismo redactaré tu petición de nuevo destino.

Apenas habían pasado dos semanas cuando recibí una respuesta positiva a la solicitud que había escrito Sobejotep. En su tono frío y oficial se traslucía incluso un velado entusiasmo. Me dio la impresión —corroborada por mi superior— de que no había mucha gente que conociera la lengua de los hebreos y que aún era menor el número de los dispuestos a trasladarse a la tierra ocupada por ellos, por mucho que Ajeprura Amenhotep hubiera decidido fijar en su cercanía una de sus primeras residencias. Se me asignaba un puesto a las órdenes directas del *heritep-a'a* que no sólo incluía competencias en calidad de intérprete, sino que, de hecho, me convertía también en una especie de asesor en lo que a las relaciones con los *aamu* se refería.

Mi superior no cupo en sí de gozo al conocer la noticia. Como si fuera él quien iba a ser trasladado, reunió toda la documentación que pudo sobre los hebreos y me ordenó que la leyera para estar lo mejor preparado posible. Por mi parte, decidí celebrar una comida de despedida, y él estuvo a punto de emborracharse mientras recordaba regocijado episodios de sus primeros años como funcionario. Creo que, en ocasiones, los hombres somos felices no porque podamos conseguir algo deseado, sino al ver que los seres amados obtienen aquello mismo que nosotros ansiamos un día. Posiblemente eso fue lo que le sucedió a Sobejotep.

Antes de marchar celebré las ofrendas de rigor en los templos. Di gracias a los dioses porque me habían permitido conocer a un hombre como Sobejotep y aprender tanto a su lado, y también porque, en su misericordia, se habían mostrado propicios a mi salida de aquella ciudad. Seguía sin haber felicidad en mi corazón. Sin embargo, abrigaba la esperanza de que el tiempo y la lejanía volverían, aunque fuera lentamente, a depositarla en él y, en un esfuerzo de fe, supliqué a aquellas divinidades que, efectivamente, aconteciera así en los próximos años.

2

Empleé los días de viaje en estudiar una y otra vez los materiales que Sobejotep me había proporcionado sobre los hebreos. A esas alturas estaba tan acostumbrado a leer entre líneas en documentos oficiales que no tardé en hacerme una idea muy personal de lo que había sido su historia hasta entonces. Despojados de los calificativos humillantes y de las altisonantes declaraciones en honor de los señores de la tierra de *Jemet* que habían precedido a Ajeprura Amenhotep, los datos que aparecieron ante mis ojos resultaron de una claridad indiscutible.

Los hebreos llevaban asentados en la tierra de *Jemet* algo más de cuatrocientos años. Al parecer, uno de ellos, un tal José, había desempeñado funciones administrativas de importancia al servicio de la *Per-a'a,* lo que le había permitido alcanzar un rango similar al del *tjat.* Satisfecho por su capacidad para evitar las terribles consecuencias de una hambruna inesperada que se extendió durante siete años, el señor de la tierra de J*emet* había decidido incluso permitir que trajera a su padre y hermanos y que éstos se asentaran en la región que ellos denominaban Goshén y que era, precisamente, a la que yo me dirigía. Aquella medida no había tenido nada de excepcional. No es que los *aamu* que conseguían promocionarse en la tierra de *Jemet* fueran muchos, pero tampoco resultaban escasos, y como en este caso concreto el tal José parecía haber sido un sujeto de valía, todos aquellos sucesos debieron de producirse de manera natural y sin inconvenientes.

Aunque los primeros auspicios parecieron halagüeños, lo cierto es que los años de felicidad de los hebreos no fueron, al fin y a la postre, muchos. Con el paso del tiempo, la *Per-a'a* fue perdiendo su poder en beneficio de los diferentes *sepat,* el poderío de la tierra de *Jemet* se quebró y un pueblo de brutales invasores, a los que denominamos *hyksos,* consiguió establecerse en la zona del país que limita con el *Wad-wer.* Los hebreos no se vieron favorecidos por aquel cambio más que nuestros antepasados. Todo lo contrario. Para los *hyksos* eran, sin más, gente asimilada a los modos y maneras de la tierra de *Jemet* que no podía pretender la hermandad con los *aamu.* En cuanto a los nuestros, no veían en ellos sino otra tribu de bárbaros, extranjeros e indeseables. Cuando Nebpehtira Amosis consiguió encender la llama de la rebelión contra los *hyksos* en *Waset* e incendiar con ella todo el país, la suerte de los hebreos llegó a ser peor si cabe. Las masas enardecidas contra el invasor, que ahora estaba en franca retirada, sintieron una especial satisfacción en cebarse en aquellos *aamu* inofensivos y, a la vez, tan al alcance de la mano. No acabaron con ellos porque Nebpehtira Amosis no estaba dispuesto a perder una mano de obra barata y, en general, nada levantisca, pero a partir de ese momento su existencia se diferenció ya poco de la de los esclavos.

Por supuesto, los hebreos alegaron que José había sido un leal servidor de la tierra de *Jemet*, que se habían asentado en el país por la generosidad de la *Per-a'a*, que ellos nunca se habían aliado con los *hyksos* y que siempre habían llevado una vida de súbditos laboriosos y tranquilos. Todo era verdad estrictamente hablando, pero no les sirvió de nada. Con todo, y pese a encontrarse a mitad de camino entre los súbditos más miserables y los esclavos, su suerte aún no había dejado de empeorar. En los años siguientes, se vieron atrapados entre el deseo de la *Per-a'a* de no expulsarlos del país por su carácter de mano de obra semiesclava y la imposibilidad de abandonar su lugar de residencia, de descender más hacia el interior y de hacerse menos visibles ocultos entre el resto de la población. De hecho, se vieron confinados en la región fronteriza que les daba albergue desde hacía décadas, y aquella circunstancia, unida a su capacidad para multiplicarse, llevó al señor de la tierra de *Jemet* a decidir cortar por lo sano. Por supuesto, no estaba dispuesto a correr el riesgo de que se aliaran con ninguna tribu de los *aamu y* decidió que lo más sabio sería controlar su crecimiento procediendo a la eliminación de todos los niños varones que pudieran nacer en el futuro. Si la medida era ejecutada fielmente, pensaba nuestro señor, en una o dos generaciones los hebreos habrían empezado a reducir tan claramente sus efectivos que pronto sólo serían un recuerdo del pasado. El problema habría desaparecido simplemente porque los hebreos ya no existirían.

Tal directriz dependía en no pequeña medida de la obediencia de las parteras hebreas, y la lealtad de éstas dio unos resultados más que sospechosos. Pese a la vigilancia armada de nuestras fuerzas, los niños siguieron naciendo y los varones no dejaron de encontrarse entre los que sobrevivían al parto. Las comadronas alegaron —seguramente de la manera más falaz que se pueda imaginar— que las hebreas parían solas y que cuando llegaban al lugar del parto las criaturas ya habían desaparecido. Este último extremo resultó, desde luego, verdad.

Ante el fracaso de su plan, el señor de la tierra de *Jemet* pensó temporalmente en la posibilidad de proceder a un exterminio directo de los hebreos, acabando así de raíz con el mal. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que aquella actitud probablemente se sellaría con un fracaso rotundo. En realidad, no tardó en llegar a la conclusión de que lo único que estaba consiguiendo era que millares de varones de aquella raza inmunda crecieran ocultos y sin registrar. Aquello podía significar, ni más ni menos, que el día de mañana, aprovechándose de su anonimato, pudieran incluso fingir ser libres y unir su sangre repugnante con la nuestra sin que nadie pudiera impedirlo. Naturalmente, comprendió que eso era lo último a lo que podía llegarse. Muy a su pesar, revocó la orden destinada a eliminar a los hebreos varones recién nacidos y decidió endurecer su servidumbre a la espera de que los dioses le mostraran la mejor manera de salir de aquel atolladero.

Con ligeras variantes, el problema de los hebreos continuaba siendo el mismo

mientras yo me encaminaba a su región, aunque algunas noticias recientes apuntaban a un recrudecimiento. Ajeprura Amenhotep —y eso yo lo sabía de manera directa— había traído un botín no pequeño a la tierra de *Jemet.* Sin embargo, su gusto por lo suntuoso, su tendencia al despilfarro y, en buena medida, la poca claridad de sus presupuestos habían conseguido que el mismo se le fuera de las manos como el agua se escapa por entre las hendiduras de una cesta. En realidad, la *Per-a'a* sólo tenía dos opciones. O bien reducía sus gastos y evitaba una época de encarecimiento y miseria; o bien buscaba una manera de abaratar los costes de sus caprichos. Lo más sensato hubiera sido lo primero, pero Ajeprura Amenhotep optó por lo segundo. Seguiría construyendo, seguiría cubriendo la tierra de *Jemet* con referencias a la gloria que los dioses y su valor le proporcionaban, pero lo haría a costa de gente que no protestaría por recibir un pago miserable, lograría todo a costa de los hebreos.

En pocas semanas aquella decisión del señor de la tierra de *Jemet* dejó sin trabajo con que alimentar a sus familias a millares de personas. Los obreros que, de padres a hijos, habían aprendido a trabajar en un oficio necesario para la *Per-a'a* se vieron sustituidos por los hebreos y llegaron a la conclusión de que éstos eran los culpables de sus desgracias. La pobreza obligada es mala consejera y muy pronto se convirtió casi habitual el incendio de las cabañas en que habitaban los hebreos. Por supuesto, ninguno pensó que el responsable de aquello era Ajeprura Amenhotep y su soberbia. No, los culpables tenían que ser aquellos extranjeros a los que debía expulsarse de la tierra de *Jemet* porque la convertían en inmunda con su mal olor y causaban la miseria de sus habitantes realizando duros trabajos por pagas casi simbólicas.

No es menos cierto que nadie los sacaba de su error. Los hebreos no se hubieran atrevido a disculparse ante gentes que, furtiva y cobardemente, los asaltaban por la noche o quemaban sus viviendas, y aunque lo hubieran deseado, ¿quién hubiera entendido su lenguaje extraño y gutural? ¿Quién hubiera permitido que se le acercaran? Y, sobre todo, ¿quién se detiene a escuchar a un extranjero del que se piensa que le ha arrebatado el medio de que disponía para alimentarse a sí mismo y a su familia?

3

Itunema, el *heritep-a'a* a cuyo servicio me habían asignado, era un hombre culto y refinado, perteneciente a una rancia estirpe de gobernadores. Como había sucedido con Sobejotep, encontró considerablemente sugestivo que yo hubiera participado en la segunda campaña militar de Ajeprura Amenhotep. Él mismo contaba con algunas competencias militares e incluso algún antepasado suyo había combatido a las órdenes de Ajeperkara Tutmosis hacía ya bastantes décadas. Debió de suponer que mi conocimiento de la lengua, y no digamos ya mi veteranía como soldado supuestamente aguerrido, me convertían en la persona ideal para ejercer el puesto de intérprete asesor para asuntos relacionados con los hebreos. Me aclaró que, pese a lo rimbombante de la designación, mi trabajo no sería muy engorroso. En realidad, debía limitarme a escuchar a los espías con que contábamos entre los hebreos, redactar informes lo más completos y detallados sobre su comportamiento, y entregárselos en persona para facilitar la toma de decisiones sensatas por su parte. En resumen, escuchar, pasear, reflexionar y dictar, ya que tendría asignados dos escribas que pondrían por escrito las dos copias que había que redactar de mis informes. Era consciente de que se hablaba mucho del dichoso problema hebreo, pero lo cierto es que, por regla general, aquello resultaba tranquilo como las aguas del *Hep-Ur,* el trabajo era suave y el tiempo de ocio, abundante. Pensé, al escucharle, que Sobejotep no podía haber elegido mejor destino para mí. Tal impresión, sin embargo, experimentó un cambio al cabo de unas semanas. Para aquel entonces Itunema y yo habíamos trabado cierta amistad y pronto pude saber que estaba muy molesto por una reciente intervención, directamente personal, de Ajeprura Amenhotep en el problema hebreo. En sus palabras se podía adivinar que lo hubiera deseado lejos, morando en la *Per-a'a* y no viajando arriba y abajo de la *sepat* que él gobernaba. Intuí en aquellas quejas las añosas reivindicaciones de casi todos los *heritep-a'a.* Históricamente, siempre había existido una tensión entre el poder del señor de la tierra de *Jemet* y el de ellos, pero resultaba difícil discutir cuál había sido realmente el resultado final cuando los últimos habían conseguido imponer su voluntad. En situaciones así, la tierra de *Jemet* siempre se había visto abocada a una horrible fragmentación. Aquí y allí habían aparecido dinastías de escasa importancia, y los *aamu* o los *tjehenu* habían aprovechado semejante debilidad para arrancar de nuestro poder riquezas, hombres y territorios.

Naturalmente, me guardé muy bien de expresar aquel punto de vista a Itunema. Sabía que para gente como él la experiencia pasada era irrelevante porque, en realidad, descalificaba el camino para llevar a buen puerto sus ambiciones personales. Por otro lado, tenía sumo interés en averiguar cuáles eran sus puntos de discrepancia

con la política seguida por Ajeprura Amenhotep. Me dispuse, por lo tanto, a escuchar con atención.

—Ahora, sin ir más lejos, puede abrirse una nueva úlcera en el trato que tenemos con los hebreos —comentó Itunema con irritación mal disimulada—. Apenas hace unos días dos de los hebreos se presentaron ante Ajeprura Amenhotep con una serie de peticiones. Tenías que haberlos visto. Su aspecto era realmente penoso: barbas sin afeitar, cabezas sin rasurar... se me revolvía el estómago sólo con echarles un vistazo. Si hubiera tenido dudas de que se trata de una raza inferior, se hubieran disipado ese día. Y no sabes lo mejor... El que parecía más listo ¡era tartamudo! Sí, como lo oyes, ¡tartamudo! Y claro, como seguramente se atascaba a la hora de hablar, tenía que llevar al otro para que se dirigiera a nosotros. Me recordaron a un dios y a su profeta. ¿Y sabes lo que pedían?

—La verdad es que no se me ocurre, mi señor. ¿Quizá una reducción de trabajo? ¿Más comida?

—¡Qué va, qué va! —dijo Itunema, sofocando una carcajada—. Eso hubiera sido lógico. No, no. Habían decidido volverse piadosos y solicitaban autorización para realizar una peregrinación a varios días de camino y ofrecer unos sacrificios a un dios suyo... Porque ésta es otra de sus características: sólo creen en un dios.

Aquel comentario me dejó sorprendido. ¿Cómo podía nadie creer en un solo dios? La existencia del agua, de los campos, de los animales, de los vientos o del sol ponía de manifiesto que tenía que existir una pluralidad de divinidades, encargada cada una de ellas de cometidos que rara vez se entrecruzaban. Además, estaba el asunto de los dioses de otros pueblos, ¿quién podía creer que la tierra de *Jemet* iba a tener los mismos dioses que los *aamu?*. Tuve la sensación de que, efectivamente, si los hebreos abrigaban semejantes necedades en su corazón, quizá no resultaba del todo extraño que tuviéramos problemas con ellos. Quizá no todo se reducía a cuestiones económicas. Quizá estábamos tratando con una situación más espinosa de lo que parecía a primera vista y yo me había precipitado al eximirlos casi totalmente de responsabilidad.

—¿Qué pasó al final? —pregunté orillando la cuestión del único dios, ya que, en esos momentos, estaba más interesado en averiguar el desenlace de tan peregrina historia.

Itunema reprimió una mueca de disgusto. Sin duda, no estaba especialmente entusiasmado por la forma en que se había desarrollado el asunto.

—Yo hubiera sido partidario de dar de bastonazos al tartaja y a su oráculo. No demasiados, porque no podemos permitirnos el lujo de perder obreros mientras Ajeprura Amenhotep desee seguir construyendo al mismo ritmo que hasta ahora, pero sí los suficientes como para que se les quitaran esas estupideces de la cabeza y, sobre todo, para que se les pasen los deseos de formular peticiones.

Guardó silencio y pareció reflexionar por unos instantes. Colegí que posiblemente se daba cuenta de que había llevado la conversación demasiado lejos. Acababa de darme su opinión acerca del trato que debía dispensarse a los hebreos antes de expresarme las órdenes pronunciadas por su majestad. De manera muy poco sutil estaba bordeando la deslealtad y, por otro lado, no me conocía lo suficiente como para saber de qué modo reaccionaría yo. Pero ya resultaba tarde para volverse atrás y no le quedaba más remedio que concluir el relato.

—Naturalmente, el señor de la tierra de *Jemet* dio con una salida que pone de manifiesto su clemencia y su misericordia...

Contuve la sonrisa. Había acertado al suponer lo que Itunema tenía en su corazón. Sí. Se había dado cuenta de que pisaba un terreno resbaladizo y ahora deseaba salir del mismo sin caer. De haberme conocido, habría sabido que yo no había estado de acuerdo con Ajeprura Amenhotep durante su segunda campaña, pero no contaba con esos datos y no sería yo el que se los proporcionara.

En un primer momento les increpó porque llevaban al pueblo a cesar en sus tareas, unas tareas indispensables para el bienestar de la tierra de *Jemet.* Luego ordenó que no se entregara paja a los hebreos para fabricar ladrillos y que fueran éstos los que se las arreglaran para encontrarla.

¿Clemencia y misericordia? No. Ajeprura Amenhotep había actuado con la frialdad y la dureza de las que le había visto hacer gala tan sólo unos meses antes. Si hubiera azotado a los dos hebreos, habría corrido el riesgo de una algarada. Por supuesto, hubiera podido controlarla, pero a juzgar por lo que había perpetrado su ejército en Ykati, ¡cuántos esclavos no le habría costado la represión! De esta manera, ocupando a la gente en recoger la paja de los ladrillos, se aseguraba de que no tuvieran tiempo para pensar mucho y además propiciaba un remedio astuto para acabar con los hebreos interesados en ofrecer un sacrificio a ese ridículo dios único. Sería su propio pueblo el que, irritado por el aumento de trabajo ocasionado por su visita al señor de la tierra de *Jemet,* los mataría a golpes o a pedradas. Se trataba de la maniobra perfecta: los propios sometidos acaban, por cuenta de su señor, con los que de entre ellos resultan, si no levantiscos, al menos, molestos. Consideré que Itunema estaba equivocado y que muy pronto tendríamos ocasión de comprobarlo.

4

Pude comprobar en los días sucesivos la manera en que iba surtiendo efecto el plan de Ajeprura Amenhotep. En los tejares, los capataces de los hebreos, hebreos también a los que habían designado nuestros cuadrilleros, estaban comenzando a recibir bastonazos por el lamentable retraso en la buena marcha de las distintas labores. Por supuesto, se habían quejado al señor de la tierra de *Jemet,* alegando que si además tenían que recoger la paja les resultaba imposible realizar las cuotas a tiempo. Sin embargo, la respuesta de aquél había sido directa e irrefutable. Se les añadía nuevas ocupaciones por su propio bien, para que no cayeran en la peligrosa ociosidad y no comenzaran a pensar en la necia idea de ir a ofrecer sacrificios a su dios. No se les retiraría el trabajo añadido de recoger paja y mucho menos se les disminuiría el número diario de ladrillos que habían de entregar.

Según supe más tarde, aquella respuesta provocó reacciones inmediatas. Los capataces —que tenían un interés natural en proteger sus cuerpos de las varas de nuestros cuadrilleros— dejaron claro a los otros hebreos que no se podían cambiar las órdenes de nuestro señor y que si para conseguir que se obedecieran tenían que recurrir al látigo, no vacilarían ni un instante. Los bárbaros, en lugar de culpar a Ajeprura Amenhotep, a los cuadrilleros o incluso a sus capataces que habían preferido salvar la piel antes que continuar buscando alguna solución que paliara la calamitosa situación presente, se volvieron contra los dos hebreos que habían concebido la brillante idea del sacrificio y comenzaron a insultarlos, culpándoles de todos los males. Mis informadores me contaron que los acusaban de haberlos convertido en seres abominables a los ojos de Ajeprura Amenhotep y de haber colocado una espada en nuestras manos para que los matáramos. Imaginé que no tendría nada de particular si la noche menos pensada los apuñalaba cualquiera en un callejón oscuro y el episodio encontraba un rápido final.

Apenas habían transcurrido unos días cuando volví a tener noticia de los dos hebreos díscolos. Me encontraba en mi despacho examinando unas cifras relacionadas con el aumento de la producción cuando uno de los funcionarios llegó casi sin aliento y pidió permiso para entrar en la estancia donde me hallaba. Le ordené pasar y le sugerí que recuperara el resuello antes de darme su mensaje.

—Mi señor —dijo boqueando por la falta de aire, como un pez a punto de ahogarse—, no hay tiempo. Itunema desea que vayáis inmediatamente a palacio. Los dos hebreos de los que os habló días atrás pretenden hablar con el señor de la tierra de *Jemet y* cree que sería muy conveniente que los conocierais.

Me dio un vuelco el corazón. Sí, no estaría mal conocer a aquellos sujetos antes de que Ajeprura Amenhotep les aplastara la cabeza con una maza como había hecho

con los reyes capturados en Tijsi. Definitivamente, aquellos hebreos debían de ser unos locos y su antepasado José, una mera excepción a la regla general. Di un par de órdenes para el tiempo que estuviera ausente y me encaminé todo lo deprisa que pude hasta la residencia del señor de la tierra de *Jemet.*

Cuando llegué, los hebreos habían dado ya comienzo a su perorata. Efectivamente, el espectáculo me pareció lamentable. Como Itunema me había dicho, uno de ellos actuaba como intérprete del otro y no porque éste hablara con dificultad nuestra lengua, sino simplemente porque tartamudeaba. Desde luego, si eso era lo mejor que podían presentar los hebreos, nuestro dominio sobre ellos en el futuro estaba más que asegurado por miles de años. De repente, el que actuaba de portavoz lanzó al suelo el cayado que llevaba. Pensé por un momento que se trataba de un gesto de cólera mal contenida y lo mismo pasó por el corazón de alguno de los guardias del señor de la tierra de *Jemet* que realizó el ademán de sacar la espada. Pronto advertí que me había equivocado. ¡Sobre las baldosas frías del palacio la vara se había transformado en serpiente! De manera que este hebreo conocía alguno de los trucos del viejo Ptahmose... ¿Dónde habría podido aprenderlos un hijo de siervos?

Observé que algunos de los sacerdotes cercanos al trono de Ajeprura Amenhotep cuchicheaban entre ellos y que uno de ellos abandonaba apresuradamente la estancia. Mientras tanto, el señor de la tierra de *Jemet* se había puesto lívido ante lo que aparentaba ser una manifestación del poder de los dioses y parecía hipnotizado por la serpiente que reptaba por el suelo. Seguramente, su corazón discurría a toda velocidad deseando encontrar una salida airosa a una situación tan comprometida. Durante unos instantes los presentes no osaron abrir los labios y se limitaron a recular de la manera menos vergonzosa posible cada vez que la serpiente parecía aproximárseles.

Reparé al cabo de unos momentos en que el sacerdote que había abandonado la habitación tan sólo unos momentos antes acababa de regresar. Su frente estaba perlada por el sudor y sujeta en su mano derecha llevaba una pieza de tela que acercó a otro de los sacerdotes. Fijé mis ojos en éste. Por las insignias que llevaba podía tratarse de Ra, el sumo sacerdote de Amón. Observé que daba unos pasos y se situaba frente a Ajeprura Amenhotep. Hizo una reverencia protocolaria y comenzó a hablar en un tono solemne y, a la vez, almibarado.

—Oh, señor de *Shemeu* y *Tamejeu* —empezó a decir con una sonrisa benevolente y suave—, ciertamente lo que acabas de contemplar es una manifestación de *heka.* La gente más baja puede tener acceso a ella...

Algunos de los presentes rieron de buena gana, pero no terminé de saber si sus carcajadas se debían a lo que el sumo sacerdote acababa de decir o a su deseo de liberarse de la tensión que les causaba aquel reptil desplazándose cerca de sus piernas.

—En cualquiera de los casos, mi señor, su *heka* no es superior al poder de los dioses depositado en manos de sus sacerdotes. —Al decir estas palabras, tendió su mano y el sacerdote que llevaba la pieza de tela se acercó y se la entregó.

—Lo que vas a ver, mi señor, es buena prueba de ello. —Y, terminadas de pronunciar aquellas palabras, el sumo sacerdote abrió la pieza de tela y sacó de su interior dos varas, que alzó en el aire durante unos instantes.

La curiosidad atrajo las miradas de la gente hacia los bastones y, de repente, todas las personas dejaron escapar una exclamación de asombro cuando éstos dieron la impresión de convertirse en serpientes. El mensaje resultaba evidente: ¡cualquier cosa que aquel sucio hebreo se atreviera a hacer podía repetirla por partida doble el sumo sacerdote de Amón!

Ajeprura Amenhotep había dejado, seguramente de manera inadvertida, que su quijada inferior cayera y ahora tenía la boca absolutamente abierta. Tantos prodigios debían de resultar excesivos incluso para un hijo de los dioses como era él. Los sacerdotes, lejos de mostrarse sorprendidos, sonreían con displicencia a la vez que arrojaban miradas despectivas a los dos hebreos. En cuanto al sumo sacerdote de Amón, como si se tratara de un charlatán de feria, había girado sobre sí mismo y con los brazos extendidos hacia los lados, sujetaba una serpiente en cada una de las manos. Sin duda, pretendía que todos pudieran observar el fenómeno y relatarlo de vuelta a sus casas. Finalmente, con un gesto de victoria similar al que había mostrado Ajeprura Amenhotep el día que ejecutó a los seis reyes, lanzó al suelo las serpientes. Los reptiles cayeron justo enfrente del hebreo y su parecido era tan grande con el otro reptil que apenas hubieran podido distinguirse entre sí.

Fue entonces cuando sucedió algo inesperado. Repentinamente, la serpiente del hebreo comenzó a reptar en dirección a sus rivales, que no reaccionaron. Una vez pegada a una de ellas, desencajó las mandíbulas y comenzó a engullirla. Apenas nos habíamos repuesto de la sorpresa cuando repitió la misma acción con la segunda.

El otrora exultante Ra tuvo que hacer esfuerzos para no estallar. Noté como sus puños se cerraban, como apretaba las mandíbulas y como sus ojos parecían querer salirse de las órbitas. Había que rendirse a la evidencia: aquellos sucios bárbaros habían humillado al sumo sacerdote de Amón delante del propio señor de la tierra de *Jemet.* ¡El señor de *Jemet!* Enfrascado en el final inesperado de aquella exhibición, me había olvidado por completo de observar sus reacciones. ¿Qué iba a hacer ahora? A duras penas conseguí apartar mi mirada de la serpiente del hebreo y dirigirla al trono. Sólo tuve tiempo de observar cómo, sin dejar de lanzar miradas cargadas de ira al sumo sacerdote de Amón y a sus compañeros, Ajeprura Amenhotep se levantaba y abandonaba apresuradamente la sala.

5

Medité durante todo el día sobre lo sucedido en el salón del trono. Había departido largamente con Itunema, el *heritep-a'a,* cuando ambos abandonamos el palacio. Decir que era presa de la más viva inquietud sería una pálida manera de describir el estado de su corazón. Mientras rememoraba los detalles de lo sucedido, los ojos se le salían de las órbitas, era objeto de espantosos temblores o comenzaba a tartamudear. No me costó mucho darme cuenta de que, en el fondo, las afecciones de Itunema se reducían a una sola: el miedo. Se trataba de un terror profundo, acusado, inmovilizador que había clavado en él sus garras y que lo había reducido a un papel similar al representado por el ratón entre las zarpas del gato. Sin duda, sus antepasados se hubieran sentido muy avergonzados al contemplar a alguien que llevaba sangre suya comportándose de esa manera.

Y no sólo era el miedo a lo ignoto, a lo inexplicable, a la *heka* poderosa de los hebreos, sino el escalofrío que le sacudía cada vez que pensaba que podía haber intentado golpearlos sólo unos días antes. ¡Gracias a Amón que el señor de la tierra de *Jemet* lo había impedido manifestando su sabiduría divina! ¡Ahora él mismo podía haberse visto convertido en serpiente o en alguna cosa peor!

Le dejé descargarse sin pronunciar palabra. Haberle contado lo que pensaba de todo aquello no hubiera servido de nada y, seguramente, sólo me hubiera ocasionado problemas. A decir verdad, los hebreos no habían ganado un ápice en la opinión que tenía sobre ellos, pero debía reconocer que al menos el tartamudo y su portavoz no eran estúpidos. Primero, habían realizado lo que en mi corazón estaba seguro de que sólo había sido un truco. Por supuesto, todos se habían sobresaltado pensando que se trataba de una manifestación de *heka,* todos salvo Ra, el sumo sacerdote de Amón, y los otros sacerdotes que sabían —como yo— que podía realizarse semejante farsa sin necesidad de contar con poderes sobrenaturales. Entonces era cuando había tenido lugar el golpe definitivo. Los hebreos habían dejado actuar a aquel sacerdote prepotente, habían permitido que calentara al público y cuando se hallaba en el ápice de su alegría... ¡le habían dejado sin serpientes! Ignoraba cómo habían podido llevar a cabo la segunda parte de la representación, pero reconocía que la ejecución había resultado magistral. Es más, intuía que con semejante fin de fiesta habían logrado una garantía para sus vidas. ¡Desde luego, no sería Ajeprura Amenhotep el que se atreviera a acabar con ellas tras verles limpiamente vencedores de su dignatario espiritual más elevado! Y en cuanto a éste... tampoco sería él quien descubriera el truco de los hebreos. Actuar así hubiera significado exponer a la vista de todos que los sacerdotes de mayor rango sólo eran unos farsantes y que el sumo sacerdote de Amón era el peor de los embusteros al atreverse a engañar al mismo señor de la tierra

de *Jemet.*

Mientras Itunema seguía quejándose como una vieja temerosa, llegué a la absoluta certeza de que, desde luego, la situación había tomado un cariz nada tranquilizador. Tal y como se habían puesto las cosas, o Ajeprura Amenhotep concedía a los hebreos lo que deseaban o tendría que asistir a un despliegue continuado de sus trucos hasta que se le ocurriera una solución. Lo primero hubiera resultado razonable tan sólo unos días antes, pero ahora sería interpretado como un signo evidente de debilidad regia. En cuanto a lo segundo, seguramente tendría una conclusión aún peor. Los hebreos podían irle convenciendo cada vez más de su poder divino y eso provocaría, sin duda, consecuencias funestas para los templos y para la propia *Per-a'a.* ¡Sólo faltaba que el señor de la tierra de *Jemet* acabara incorporando entre los dioses que adoraba su pueblo al de aquellos bárbaros!

Cuando, al final de su lista interminable de trenos, Itunema me rogó que partiera al día siguiente para la zona en que estaban asentados los hebreos y comprobara cuál era su estado de ánimo, respiré aliviado. Sinceramente, no hubiera podido soportarlo durante varios días seguidos con ese estado de corazón. Pretextando que tenía que preparar mi equipaje, me despedí inmediatamente de él y, tras avisar a Ipu y Hekareshu, los dos escribas subordinados a mis órdenes, me dirigí a mi casa. Aquella noche me fui a dormir rogando a la Madre y Señora que pusiera fin cuanto antes a una situación tan delicada como aquélla.

Antes de que Ra comenzara a ascender en *Mandet,* me puse en marcha con Ipu y Hekareshu, en dirección a la región de los hebreos. Aún estábamos a una buena distancia cuando la peste que despedían sus ganados nos confirmó que no habíamos equivocado nuestra ruta. De hecho, Ipu optó por taparse la nariz hasta que ésta, no acostumbrada a semejante hedor, al menos comenzara a soportarlo medianamente. Había señalado a mis subordinados que estaríamos entre los hebreos diez días, pero empecé a preguntarme si, con inconvenientes de este tipo, el plazo quizá no resultaría demasiado prolongado.

No me sentí mejor al contemplar las viviendas. Muchos de los hebreos vivían bajo tiendas de piel de animal. Otros debían alojarse con sus ganados y familias en casuchas de barro y tejado de paja, o cobijarse en simples barracas levantadas con ramas. Comprendí en esos momentos por qué una de las maneras preferidas de atacarlos consistía en incendiar sus viviendas. No se trataba sólo de asustarlos o de herirlos en sus míseras posesiones. Era una manera de asesinarlos fácil, barata y carente de riesgos. De hecho, pocos lograrían desperezarse antes de ser abrasados por completo en el interior de aquellos chamizos. Si además soplaba un poco de viento, mediante el mínimo coste de una tea encendida, el incendio podía propagarse y causar en apenas unos momentos docenas de muertos. No conseguí evitar que mientras pensaba aquello mi corazón sintiera pesar por esa gente. Nosotros los

oprimíamos e incluso algunos de los nuestros los hubiera matado de buena gana, y ahora, para colmo, tenían que habérselas con esos dos que se dedicaban a practicar el truco de la vara y la serpiente so capa de representar a su dios, una divinidad tan impotente que no movía un dedo para sacarlos de aquella lamentable situación.

Nos alojamos en la vivienda del jefe militar de la zona. No era gran cosa pero, al menos, estaba ubicada de manera que el hedor de las ovejas sólo la alcanzara de vez en cuando. No pude llevar a cabo mi propósito inicial, que era el de interrogar a los dos agitadores hebreos. Contra lo que había esperado, no habían regresado por aquellos lugares a esgrimir ante su pueblo el triunfo obtenido sobre Ra, el sumo sacerdote de Amón. Lo cierto es que fuera del país de los hebreos no se me ocurría dónde podían estar.

Quizá hubiera tenido la posibilidad de echar un vistazo rápido a la zona y regresar perdiendo de vista por una buena temporada tanto a los hebreos como a sus ganados. Sin embargo, pensé que una acción así implicaba desperdiciar la posibilidad que tenía de recoger alguna información de utilidad que se pudiera utilizar en el trato con ellos. Durante siete días me ocupé de acumular noticias sobre los dos hebreos partiendo de nuestras fuentes habituales. Sin embargo, aunque no se trató en absoluto de datos de escasa importancia, debo reconocer que tampoco me permitieron hacerme un cuadro completo sobre los mismos. Aún más. Incluso me plantearon nuevas preguntas que intuía dotadas de radical importancia.

Así averigüé que el que actuaba como portavoz se llamaba Aarón y nunca había salido de la tierra de *Jemet.* Hasta unos días antes era prácticamente un desconocido para nosotros y, desde luego, jamás nos había causado ningún inconveniente. Entraba dentro de lo posible que fuera sólo aquello que aparentaba ser: un mero repetidor de las consignas del tartamudo. Éste resultaba innegablemente enigmático. Al parecer, era hermano de Aarón, pero ahí no terminaba lo curioso de su historia. Lo que más me llamó inicialmente la atención fue su nombre: Moisés. Reparé en seguida en que éste no sólo parecía raro, sino que además no daba la impresión de que se tratara de un nombre hebreo. Aún más, pensarlo resultaba casi irreverente, pero tenía la sospecha de que se trataba originalmente de un nombre egipcio, si bien apocopado. ¿Inicialmente se había llamado Ramsés, Tutmosis, Amosis o algo similar y luego había decidido arrancar de su nombre el del dios de la tierra de *Jemet* que iba inserto en el mismo? La probabilidad de que fuera así se me antojaba nada despreciable. Claro que, de ser cierta mi suposición, habría que preguntarse de dónde había obtenido un hebreo un apelativo egipcio y, todavía más, por qué tras conseguir ese privilegio lo había arrojado por la borda ostentando provocativamente un nombre mutilado. Y ahí es donde entraba el segundo factor que convertía al tal Moisés en un acertijo de difícil solución. Ipu y Hekareshu consiguieron saber que tanto él como su hermano Aarón pertenecían a la tribu hebrea de Leví. Yo mismo no tuve dificultad,

partiendo de este dato, en localizar a sus padres —ya fallecidos— y en averiguar que tenía una hermana de nombre Miriam, una vieja chocha, a la que no dimos la más mínima importancia. Sin embargo, hubo algo que no conseguimos esclarecer y era lo que había hecho exactamente Moisés durante las últimas décadas. No sólo eso. Sus padres debían de ser adoptivos —y, por lo tanto, sus hermanos, serlo sólo legalmente —, porque en ninguno de nuestros registros aparecía como hijo de aquellos hebreos. Pero, pese a todo, pensé que forzosamente tenía que tratarse de un hebreo también porque ¿qué hombre o mujer hubiera consentido que un niño de la tierra de *Jemet* fuera recogido por hebreos? Cuantas más vueltas le daba a lo que había conseguido averiguar, más oscuro parecía tornarse todo y, finalmente, decidí no cansar más mi corazón y esperar a que nuevas informaciones permitieran ver con claridad todo el asunto.

Dediqué los cuatro días siguientes a supervisar las tareas de los hebreos y pude comprobar que aquellas gentes —pese a las presiones renovadas que los funcionarios de Ajeprura Amenhotep habían ejercido sobre ellos— habían conseguido adaptarse a las circunstancias y cumplir con los cupos establecidos. Reconozco que viendo cómo se afanaban por trabajar a nuestro gusto, llegué incluso a creer que quizá los dioses habían decidido evitarnos engorros y que todo acabaría solucionándose. Pero aquella agradable sensación me duró poco. Antes de que Ra descendiera dos veces en *Meseket*, un mensajero sudoroso y apresurado llegó a la casa del jefe militar de la zona y me hizo entrega de una misiva de Itunema. En la misma ordenaba mi regreso inmediato al palacio de Ajeprura Amenhotep. Cuando levanté los ojos del escrito, mi corazón ya sabía que aquella esperanza de que se produjera una fácil salida para los problemas que se habían agudizado en las últimas semanas no pasaría de ser un mero eco de mis deseos.

6

Encontré a Itunema, el *heritep-a'a*, en un estado peor de aquel en que lo había dejado doce días antes. Tras despedir con un gesto de la mano a Ipu y a Hekareshu, me pidió que tomara asiento y comenzó a pasear arriba y abajo de la habitación, presa de la excitación más absoluta. Comencé a inquietarme cuando vi que pasaba el tiempo sin que detuviera su andar frenético entre aquellas cuatro paredes y sin que abriera la boca. Aquella escena me resultaba intolerablemente violenta. Si ése era el temple del *heritep-a'a,* podíamos esperar cualquier desastre en los próximos días y entonces no tendríamos que culpar a los hebreos, sino más bien a nuestra propia incompetencia. Carraspeé un poco, y aquel gesto —que reconozco fue descortés— provocó un efecto automático en mi superior. De hecho, éste pareció despertar de un sueño.

—Oh, disculpa, Nebi. No lo creerás, pero había olvidado que estabas aquí...

Sí, lo creía. Estaba en posición de aceptar cualquier cosa que pudiera proceder de un corazón que intuía enfermo e incapaz de gobernar aquella zona del país.

—La verdad es que no sé por dónde empezar... Todo ha sido tan increíble, tan inesperado...

Volvió a hacer una pausa y temí que se sumiera de nuevo en el estado de semisonambulismo que había contemplado tan sólo unos momentos antes. Pero no fue así. Respiró hondo, parpadeó tres o cuatro veces como si pretendiera disipar el peso de una borrachera nocturna, volvió a inspirar y reanudó el hilo de lo que había intentado comenzar a contarme.

—Todo empezó el día que te marchaste. Aquella mañana tenía que despachar con el señor de la tierra de *Jemet* y me citó a la orilla del *Hep-Ur* para después del desayuno. Llegué un poco antes porque a nuestro señor le desagradaba profundamente la impuntualidad y, como resultado de ello, tuve que asistir a una exhibición de su fortaleza. Ciertamente es un hombre vigoroso y capaz. Con el mismo esfuerzo que yo empleo en beber un sorbo de cerveza, dio un par de carreras impresionantes, combatió con un esclavo de *Wawat* a brazo partido y luego se arrojó al agua para nadar arriba y abajo durante un buen rato.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Itunema me indicó que estaba algo más tranquilo pero, a la vez, temí que se perdiera en divagaciones sobre la fuerza física del señor de la tierra de *Jemet* y que no llegara a contarme nada. Violando las más elementales reglas de educación y de respeto al superior, volví a carraspear. El efecto resultó nuevamente positivo.

—No deseo desviarme de lo que te contaba, Nebi —dijo casi disculpándose por su digresión— El caso es que nuestro señor acababa de salir del agua y decidió que

nuestra entrevista tuviera lugar mientras paseábamos a orillas del río. La idea no me complació mucho porque nuestro señor camina muy deprisa. De hecho, su fuerza... Ejem, el caso es que comenzamos a andar y de pronto, como salido de la tierra, aparecieron los dos hebreos de la vara y la serpiente, que, por si no lo has averiguado todavía, se llaman Aarón y Moisés. Esta vez habían decidido, por lo visto, cambiar de papeles. Moisés, el tartamudo, se plantó enfrente de nuestro señor y le gritó, con voz nada trémula, que su dios le había conminado para que dejara ir a todos los hebreos al desierto pero que, hasta la fecha, se había negado a escuchar. Aún no nos habíamos repuesto de la sorpresa que nos produjo a todos los presentes semejante desvergüenza cuando alzó una vara que llevaba en la mano... juraría que la misma que transformó en serpiente y... bueno, no lo vas a creer, pero le dijo que por desobedecer a su dios iba a convertir el agua del *Hep-Ur* en sangre.

No pude evitar dar un respingo al escuchar aquello. ¿Quién era aquel Moisés? Hasta donde yo sabía, sólo algunos de nuestros sacerdotes sabían cómo realizar ese prodigio, pero, por supuesto, ninguno de ellos hubiera revelado su secreto a un hebreo.

—Y lo peor no fue eso... ¡Qué va! Lo malo fue, como había dicho, que golpeó con la vara las aguas del *Hep-Ur*... y entonces, créeme, asistimos a algo digno de verse. Con la velocidad del fuego que desciende del cielo, el río fue adquiriendo un color rojo como la sangre de un animal recién degollado. No te digo más que uno de los escribas que nos acompañaba tuvo un vahído y se cayó desplomado.

—Mi señor, supongo que Ra, el sumo sacerdote de Amón, y otros podrían repetir el prodigio que llevó a cabo el tal Moisés —intervine molesto ante aquella muestra de la credulidad de mi superior.

—Sí, claro. Cuando se repusieron un poco, comenzaron a recitar salmodias y lo hicieron. También ellos transformaron en sangre algunos recipientes de agua, pero eso no nos ayudó mucho. Si por lo menos hubieran logrado convertir la sangre de la que rebosaba el *Hep-Ur* de nuevo en agua... Pero ¡qué va! Y mientras nos llegaban informes de que en la tierra de los hebreos el agua era pura y cristalina, durante siete días con sus noches nosotros estuvimos a punto de morir de sed. La gente sentía un asco tremendo sólo ante la idea de acercarse al río y nuestras reservas de agua, que además teníamos que compartir con las bestias, casi se agotaron. Creo que si todo aquello llega a durar un par de días más, nadie lo hubiera contado.

—¿Qué decidió nuestro señor? —pregunté.

—Como puedes imaginarte, no permitió que los hebreos salieran, eso por descontado, pero no vayas a creer que su firmeza ayudó a arreglar las cosas...

Itunema guardó silencio, miró a izquierda y derecha, y, bajando mucho la voz, acercó su rostro al mío.

—Puede que lo que te voy a decir me cueste la cabeza, pero creo que esa

inflexibilidad de nuestro señor sólo contribuyó a complicar las cosas... El agua dejó de ser sangre, pero entonces Moisés volvió a presentarse ante nuestro señor y le anunció que si no dejaba salir a los hebreos para que sirvieran a su dios, castigaría con ranas la tierra de *Jemet.* Aún me dan escalofríos cuando recuerdo lo que sucedió. Casi no podías dar un paso sin pisar uno de esos bichejos... bueno, supongo que las preñadas estarían encantadas ante tantas manifestaciones de la diosa Heket...

Sentí una punzada en el pecho. Sin advertirlo, hacía ya mucho tiempo que Merit no subía a mi corazón. Pero al escuchar a Itunema mencionando a Heket, la diosa en forma de rana, recordé el día en que compré a mi esposa un amuleto de la misma para que tuviera la certeza de concebir pronto. No, había luchado mucho, había tenido que viajar demasiado como para dejar que aquel recuerdo me atormentara ahora. Lo deseché con rabia y procuré volver a concentrarme en lo que seguía relatando mi superior.

—Naturalmente, Ra y los demás sacerdotes también se las arreglaron para traer ranas... Ja, ¡como si no tuviéramos ya bastantes! Pero lo que es quitarlas de en medio...

—Itunema volvió a mirar a izquierda y derecha antes de continuar su narración—. Al final, Ajeprura Amenhotep ordenó comparecer a Moisés y le dijo que estaba dispuesto a dejar marchar a los hebreos si las ranas desaparecían al día siguiente...

Me puse en pie de un salto. ¿Era posible que el señor de la tierra de *Jemet* hubiera claudicado de esa manera? ¿Tan desesperante había llegado a ser la situación? ¿También él, que nunca había dudado a la hora de derramar sangre, era presa del mismo temor que zarandeaba a mi superior?

—Moisés aceptó la súplica de nuestro señor, le espetó que no había nadie como su dios, comenzó a orar a esa divinidad extraña, y las ranas empezaron a morir por decenas y decenas... No te digo más que tuvimos que hacer montones y quemarlas para que dejaran de apestar la tierra. Y ahora viene lo peor —dijo Itunema mientras se pasaba la mano por la frente para quitarse el sudor que se la perlaba copiosamente —. Ajeprura Amenhotep se sintió de nuevo tan seguro al ver cómo ardían las pilas de ranas que ha decidido no cumplir su promesa. Posiblemente, piensa que ha burlado a ese Moisés y defiende su cambio de opinión con el argumento de que, a fin de cuentas, el hebreo no ha llevado a cabo nada que no hayan podido realizar igualmente nuestros sacerdotes. Sin embargo, Nebi, mi corazón no está en paz y siente que sólo hemos contemplado el principio de los horrores y... francamente, no creo que la tierra de *jemet* pueda soportar muchas nuevas manifestaciones parecidas del dios de los hebreos.

Tuve que contenerme para no gritar. De hecho, la irritación rebosaba mi corazón y estaba a punto de salir del mismo al igual que la leche expuesta al fuego durante mucho tiempo abandona ardiente el cacharro en que fue calentada. Si aquel Moisés

conseguía colocar a un *heritep-a'a,* culto e inteligente, poco a poco en contra de las directrices del señor de la tierra de *Jemet,* si podía insuflar en él tamaño temor, ¿qué no conseguiría con el pueblo llano y sin instrucción? Recordaba la confesión que, años atrás, me había narrado, totalmente embriagado, el sacerdote Tjenur. Él conocía a sacerdotes que transformaban las varas en serpientes, que convertían el agua en sangre, que podían llenar de ranas los campos, pero todo se reducía a trucos, a fraudes, a engañar encaminados a mantener dominado al pueblo bajo el control de los templos. Había logrado pasar por alto aquello porque confiaba en que los dioses los juzgarían algún día por sus malas acciones. Sin embargo, ahora daba la impresión de que también los funcionarios al servicio de la *Per-a'a,* los altos sacerdotes, el mismo señor de la tierra de *Jemet* estábamos atrapados en esa miserable farsa. ¡Y por un hebreo de pasado ignoto!

Sinceramente, no podía creer que lo que Moisés deseaba era el bien de su pueblo —un pueblo que, pese a su pobreza, no viviría en ningún otro país como en la tierra de *Jemet—;* no, no se trataba de un adversario leal, enfrentado a nosotros como los reyes capturados en Tijsi. Seguramente, lo que aquel embustero ansiaba era convertirse en un personaje cargado de poder como lo estaban nuestros sacerdotes y para ello estaba dispuesto a sacudir los cimientos de la *Per-a'a.* Precisamente por eso, si bien la conducta de hombres como Ra o Ptahmose me repugnaba, ver una similar en el caso de Moisés me inspiraba un odio ciego e incontrolable. Estoy seguro de que si en esos momentos el hebreo hubiera estado ante mí, habría intentado matarlo. Aquella misma noche decidí que lo procuraría a la primera oportunidad.

7

La idea de derramar sangre siempre había resultado odiosa a mis ojos. De hecho, aún no había podido asimilar la feroz brutalidad de que había sido testigo en Ykati, ni tampoco había encontrado ningún sentido al sacrificio cruel de los reyes capturados en Tijsi. Ciertamente, había usado la espada en una ocasión, pero lo había hecho sin odio, sólo para salvar mi vida y, desde luego, no había experimentado ninguna satisfacción en esa acción. Tanto era así que el solo hablar de ello me resultaba violento. Pero la idea de abatir a Moisés me parecía muy distinta porque a ella no me impulsaban la ambición, el ansia de sangre o el afán de botín, sino la seguridad de que su muerte era ineludiblemente necesaria. Si no acababa con él, sería la tierra de *Jemet* la que lloraría al tener que enviar a sus hijos a reprimir a los hebreos, que podrían llegar a alzarse, más tarde o más temprano, contra la autoridad de la *Per-a'a*. Pensaba, por lo tanto, que sólo el deseo de evitar la destrucción, el hambre, el pillaje, las violaciones, en suma, el caos, impulsaba mis pasos.

Posiblemente por ello, el plan para matar a Moisés tomó forma en mi corazón con una facilidad desacostumbrada. Desde el primer momento, supe que su muerte tenía que ser pública y a la vista del mayor número posible de personas. No debía quedar duda alguna de que aquel farsante había encontrado su merecido y de que el que le había asestado el golpe mortal había sido un hombre corriente como era yo. Al mismo tiempo, llegué a la convicción de que, cuando cayera abatido por mi espada, dos cosas tenían que resultar evidentes para todos. La primera, que todo lo que él había logrado podía ser repetido por nuestros sacerdotes; la segunda, que su muerte dejaba de manifiesto que ningún tipo de *heka* contaba con la más mínima posibilidad de oponerse con éxito a nuestras armas. Para lograr ambos objetivos sólo tenía que esperar a su próxima exhibición de fuerza. Debía estar presente entonces y permitir que la realizara a placer. Una vez que la hubiera llevado a cabo, bastaría con que Ra o cualquier otro similar repitieran su acción, mostrando que no había nada de superior en él. Entonces, de la manera más rápida e inadvertida posible, me acercaría a él y antes de que pudiera protegerse con la vara le heriría en el cuello. Había pensado cuidadosamente en el asunto y sabía que si cortaba uno de los conductos de sangre procedente del corazón que pasaba por allí le provocaría una muerte casi instantánea. Después bastaría con que gritara aclamaciones a Ajeprura Amenhotep para que todos salieran de su sorpresa, respondieran a las mismas y, lo que era más importante, las aguas regresaran a su cauce. Ahora sólo tenía que aguardar a que llegara el momento adecuado.

La oportunidad que esperaba no se presentó. Los días pasaban y veía cómo no encontraba ocasión de llevar a cabo mis propósitos. Entonces decidí que no podía

permitir que no se consumaran. Sin perder un instante me dirigí a mi superior y le insté a que recomendara a nuestro común señor una audiencia a la que, junto con Moisés, asistiera Ra y los otros sacerdotes de palacio. Itunema no pareció, inicialmente, muy entusiasmado con la idea. De hecho, temía un nuevo revés. Sin embargo, acabó cediendo ante mi insistencia y marchó a palacio a entrevistarse con Ajeprura Amenhotep y exponerle la conveniencia de llevar a cabo lo que le había comentado.

Durante medio día mi corazón se debatió entre la esperanza de que el señor de la tierra de *Jemet* atendiera a las súplicas de Itunema y el desaliento producido por la duda de que así fuera. Por ello, cuando mi superior regresó y me informó que la audiencia tendría lugar, estuve a punto de llorar de alegría. Aquella noche dormí mal. Mi cuerpo se revolvía incesantemente en el lecho a la espera de que Ra se alzara a bordo de *Mandet* e iluminara así mis pasos. Cuando, finalmente, esto comenzó a suceder, me postré en el suelo y elevé plegarias a Ra y a Amón, a Ptah y a Horus, y, por supuesto, a Isis, nuestra Madre y Señora. Después me vestí con mis mejores galas y me ceñí la misma espada que había llevado en Tijsi. Con ella había combatido entonces por el señor de *Jemet* y volvería a hacerlo esa mañana.

Abrigaba tal certeza de que aquel sería un día decisivo que, al dirigirme a palacio, sentí como si mis pies se vieran acelerados por la acción de los dioses. Como yo esperaba, en la sala del trono estaba reunida la gente más relevante de la tierra de *jemet* y, entre ella, ocupando una posición de importancia especial, mi superior, el *heritep-a'a* Itunema, y Ra, el sumo sacerdote de Amón. Moisés y Aarón también se encontraban presentes y no resultaba difícil distinguirlos porque el resto de las personas, por repugnancia o por temor, se mantenían a una distancia prudencial de ellos. No me resultó por tanto nada difícil acercarme. Sabía que contaría sólo con unos instantes y que no podía perder ni uno.

Apenas había logrado situarme en la proximidad de Moisés cuando Ajeprura Amenhotep entró en la sala. Aunque intentaba aparentar un sereno mayestatismo, pude observar que no estaba del todo tranquilo y que el maquillaje que bordeaba sus ojos no lograba ocultar completamente el hecho de que, al igual que yo, apenas había dormido esa noche. Tomó asiento e inmediatamente abrió los labios para dirigirse a Moisés. Era posible, como me había contado Itunema, que poco antes, cuando las ranas invadían la tierra, hubiera claudicado, pero ahora todo en él ponía de manifiesto una firmeza, una dureza, una solidez mayores que las del metal con que forjábamos nuestras corazas. Con palabras hirientes envueltas en una mueca de desprecio, recalcó el hecho de que Moisés no le imponía en absoluto respeto y más cuando hasta entonces no había llevado a cabo nada que no pudieran repetir los sacerdotes. Guardó silencio por un instante y, finalmente, anunció con voz triunfante que en esos momentos, como demostración de lo que había dicho, Ra y sus asistentes repetirían

cualquier cosa que Moisés llevara a cabo.

El hebreo no aparentó inmutarse lo más mínimo ante las palabras de Ajeprura Amenhotep. Más bien pareció que disfrutaba de una calma absoluta. Sin pronunciar una sola palabra, Moisés dio unos pasos en dirección a la parte de la sala en que concluían las baldosas y comenzaba una terraza con el suelo de tierra. Se trataba de uno de los lugares más deliciosos del palacio, ya que en él crecían algunas plantas especialmente apreciadas por Ta-aa, la esposa principal de Ajeprura Amenhotep. De hecho, se rumoreaba que ella misma se ocupaba de su riego y cuidado. Cuando Moisés estuvo a un paso de la terraza, se detuvo, extendió su vara y golpeó con ella el polvo de la tierra. Lo que sucedió a continuación fue espantoso e inexplicable. De repente, de manera inesperada, el lugar tocado por el cayado se cubrió de piojos que comenzaron a extenderse por la tierra, a rebasar el enlosado y a precipitarse sobre los cuerpos de todos los presentes.

El señor de la tierra de *Jemet* tragó saliva al ver como aquellos odiosos seres trepaban por los escalones que conducían hasta su trono, pero no podía entretenerme en observarle. De manera discreta, comencé a desplazarme en dirección a Moisés, que en ese momento se hallaba demasiado distanciado de mí. Mientras lo intentaba, pude escuchar la voz de Ajeprura Amenhotep, que se dirigía a Ra.

—Sumo sacerdote de Amón, estoy esperando.

Mientras me movía sigilosamente por entre las personas, oí cómo Ra y algunos de sus acompañantes elevaban salmodias a Amón, a Isis y a Horus. Afortunadamente, estaban demorando lo suficiente aquellos prolegómenos como para permitir que me acercara a Moisés. En el fondo de mi corazón di gracias a la Madre y Señora por ello. Por fin, me encontré lo suficientemente próximo del hebreo como deseaba. Si hubiera extendido el brazo, casi hubiera podido tocarlo. Con el máximo sigilo desenvainé la espada. Estaba seguro de que nadie se había percatado de mi gesto y eso incluía al propio Moisés. Respiré hondo y esperé a que los sacerdotes mostraran los piojos conseguidos por ellos a la vista de todos. Ra estaba intercambiando en voz baja unas frases con sus colaboradores. Se trató de unos instantes, tras los cuales, realizando una humilde reverencia, dirigió su rostro hacia Amenhotep Ajeprura. Apreté mi arma, miré a Moisés y me dispuse a asestar el golpe. El sumo sacerdote de Amón había abierto las manos y las tendía con las palmas hacia arriba al señor de la tierra de *Jemet.*

—Señor de la tierra de *Jemet*, señor de *Shemu y Tamejeu*, debelador de los bárbaros, hijo de los dioses —Ra realizó una pausa en su letanía de alabanzas y pensé que se trataba de un golpe de efecto para proporcionar mayor resonancia al prodigio que iba a realizar de manera inmediata.

—Poderoso Ajeprura Amenhotep... no podemos llevar a cabo lo que pides de nosotros —Ra volvió a callar por un instante y, finalmente, con una voz entrecortada

y casi llorosa, exclamó—: Dedo de dios es éste.

Al escuchar aquellas palabras, dirigí instintivamente la mirada hacia Moisés y, entonces, descubrí que sus ojos estaban clavados en mi rostro. Como si obedeciera a un poder superior a mi voluntad, mi mano se abrió y dejó caer al suelo el arma que sujetaba.

8

En medio del desánimo general ante el fracaso de Ra y sus acólitos, pocos, si es que alguno, se percataron de lo que me había sucedido. Sin embargo, para mí no se trató sólo de un trozo de metal que, al chocar contra el suelo, produce un golpe seco. Por el contrario, mi corazón supo desde aquella mañana que, tarde o temprano, el señor de la tierra de *Jemet* acabaría doblegándose ante el dios de Moisés. Había en él —de eso ya no tenía ninguna duda— una fuerza superior a los fraudes y a las triquiñuelas que practicaban nuestros sacerdotes y en virtud de las cuales desde hacía miles de años habían mantenido su poder sobre nosotros y nuestros antepasados. Mientras los rumores sobre el hebreo se extendían más de lo deseable entre la población y la *Per-a'a* se esforzaba todo lo posible por contenerlos, llegué a la conclusión de que el único lugar seguro para mí sería la región en la que vivían los propios hebreos, a la que ellos denominaban la tierra de Goshén. No sabía qué podía tener preparado aquel hombre, pero temía que cada vez resultara peor.

Sin embargo, encontrar una justificación para desaparecer no resultaba tarea fácil y más cuando eso es lo que hubieran deseado hacer la inmensa mayoría de los miembros de la corte empezando por el propio Ra, sumo sacerdote de Amón. Finalmente, y tras no poco esfuerzo y discusión, logré convencer a Itunema, mi superior, para que me permitiera desplazarme a Goshén con la excusa de observar el estado de ánimo de la población sometida. El mismo Ajeprura Amenhotep sancionó con su aprobación mi marcha, ya que, movido por el temor de que los hebreos acabaran alzándose en masa y llamaran en su ayuda a las tribus de los *aamu*, deseaba disponer de informes acerca de los mismos que tuvieran un nivel superior al que se podía esperar de los simples espías. Quizá pensaba entonces que había sido catastrófico el fracaso del exterminio decretado por uno de sus antecesores en el trono, y es posible que comenzara a plantearse dudas acerca de si el comportamiento sanguinario de que había hecho gala durante su segunda campaña no iría ahora a dar frutos que no resultaran amargos. Partí —y no reconocerlo sería de cobarde—como un perro que, apaleado brutal e inesperadamente, huye con el rabo entre las piernas. Con todo, y aunque no podía reconocer en mi corazón que era el miedo lo que me impulsaba, lo cierto es que mi decisión resultó la más prudente.

En las semanas posteriores, fui sabiendo por los correos que me enviaban Ipu y Hekareshu, mis subordinados, que el hebreo Moisés estaba desencadenando sobre la tierra de *Jemet* calamidad tras calamidad. Primero fueron las moscas, unas moscas grandes y verdes, que amargaban la vida y que corrompieron la tierra con sus repugnantes crías. Luego se trató de unas ulceraciones que afectaron al ganado. Al parecer, caballos, asnos, camellos y vacas aunaban sus quejas en un horrísono

lamento, mientras sus amos no se atrevían siquiera a acercarse a ellos por temor a verse afectados también por ese mal desconocido. Sin embargo, precisamente eso que tanto temían fue lo que les sobrevino. Cuando ni aun así Ajeprura Amenhotep dejó salir a los hebreos, fueron los seres humanos los afectados por úlceras y, según me contó Ipu a través de una misiva de carácter no oficial, a partir de ese momento Ra y los demás sacerdotes se negaron en redondo a estar presentes cuando Moisés aparecía.

Como era de esperar, cuando el pueblo llano se enteró de la postura de los sacerdotes —sus guías desde hacía miles de años—, muchos llegaron a la conclusión de que lo mejor que podían hacer era atender a las amenazas del hebreo por muy repulsivo que les pareciera. Así, al anunciar que un granizo iba a asolar la tierra de *Jemet* y que sólo los que resguardaran el ganado lo salvarían, fueron muchos los que obligaron a sus bestias a entrar en establos o construyeron a toda prisa algún tipo de cobertura, y entre ellos no faltaron incluso siervos de la *Per-a'a.* Hasta entonces no había recaído sobre la tierra de *Jemet* un desastre similar.

Unos truenos terribles, acompañados de fuego del cielo, sirvieron de cortejo mortífero al granizo. La hierba del campo quedó destrozada y los árboles, desgajados. Para cuando pasó aquel desastre, el lino y la cebada se habían arruinado porque el primero estaba en la caña y la segunda, espigada. Sólo el trigo y el centeno, al ser tardíos, se salvaron. Sin embargo, poco duraron aquellos restos. Apenas había desaparecido el granizo cuando una invasión de langostas, enviadas por el dios de Moisés, arrasó todo lo que había quedado del desastre anterior. Los funcionarios de la *Per-a'a* hubieran deseado realizar un cumplido inventario de pérdidas pero, cuando se disponían a ejecutarlo, unas espesas tinieblas descendieron sobre la tierra de *Jemet* y, por espacio de tres días, nadie pudo ver nada, ni siquiera desplazarse desde el lugar en que se encontraba.

Cada vez que me llegaba una carta de Ipu o de Hekareshu relatándome lo que estaba sucediendo fuera de Goshén, mi corazón era presa de dos fuerzas contrapuestas. Por un lado, padecía al pensar en el sufrimiento de mi pueblo, un sufrimiento que debía mucho, a fin de cuentas, a la testarudez de Ajeprura Amenhotep; sin embargo, por otro, sentía un alivio y una satisfacción enormes al ser consciente de que, reconociendo que Moisés no era un farsante y alejándome de la corte, me había ahorrado el verme expuesto a tamañas calamidades. En el fondo, para mí, que no padecía directamente los efectos de aquellas desdichas, quizá lo más inquietante era la manera en que todo aquello estaba corroyendo las bases de poder de la *Per-a'a.* A medida que se sucedían los desastres, el mismo señor de la tierra de *Jemet* se estaba viendo obligado a ceder en su posición inflexible y a brindar soluciones de compromiso que no le dejaran en muy mal lugar delante de sus súbditos. Así, cuando las moscas invadieron el país, ofreció a Moisés la posibilidad

de realizar sacrificios a su dios, pero a condición de que los llevara a cabo dentro de nuestras fronteras. El hebreo le había respondido —y con ello se había ganado el corazón de alguno de los nuestros— que no deseaba alterar el orden ni ofender las creencias de nadie y que si sacrificaba a su dios animales que nosotros considerábamos sagrados, irremediablemente se producirían tumultos.

Desde luego, Moisés debía de pensar que las circunstancias sólo podían ya jugar en su favor, puesto que los mismos siervos de la *Per-a'a* estaban comenzando a distar mucho de apoyar a su señor en este trance. Cuando el hebreo anunció que la langosta asolaría nuestros campos si el señor de *Jemet* no dejaba salir a su pueblo, se formó, de manera casi espontánea, una comisión de altos funcionarios que suplicó a Ajeprura Amenhotep que los dejara marchar. Alegaban que Moisés era sólo un lazo en el que todos estaban atrapados y que lo mejor sería soltarse de él cuanto antes. En su opinión, y sometían la misma a su señor con toda humildad, lo mejor era dejar partir a aquella gente para que sirviera a su dios. Como siempre sucede en estos casos, aunque todos pensaban lo mismo, algunos intentaron cubrir la verdad con argumentos aparentemente prácticos. Para éstos, la salida de los hebreos permitiría proporcionar trabajo a millares de súbditos y acallaría un malestar social que había sido creciente en los últimos meses. Por supuesto, este bando se guardaba muy mucho de explicar cómo iban a convencer al pueblo llano para que trabajara por unos emolumentos tan irrisorios como los que recibía la gente de Moisés. Otros, sin embargo, eran más sincera y desagradablemente directos. Desde su punto de vista, los beneficiarios por la marcha de los semiesclavos serían no sólo los sectores más humildes del país, sino principalmente la *Per-a'a* y los templos. Y no se trataba de una posibilidad, sino de la única alternativa. ¿Qué otra salida tenían, si la tierra de *Jemet* ya estaba destruida? ¿Acaso podrían soportar ahora una invasión de langostas?

Aquella comisión —pese a lo amargo de sus palabras— hizo mella en el corazón de Ajeprura Amenhotep. Durante toda la mañana permaneció encerrado a solas en sus aposentos reflexionando sobre lo que debía hacer. Finalmente, optó por convocar a Aarón y a Moisés para aquella misma tarde y ofrecerles una nueva salida negociada. Los hebreos podrían sacrificar a su dios, los hebreos contarían incluso con la posibilidad de salir de la tierra de *Jemet,* pero —y aquí radicaba la concesión que esperaba arrancar a su molesto adversario— los hebreos deberían dejar tras ellos a sus hijos y sus ganados. Ignoro hasta qué punto esperaba obtener una respuesta afirmativa para su propuesta, pero lo cierto es que la contestación de Moisés fue tajantemente contraria a la misma. El hebreo respondió con una firmeza inquebrantable que irían con sus niños y con sus ancianos, con sus hijos y con sus hijas, con sus ovejas y con sus vacas, porque se trataba de una fiesta solemne de su dios. Nuestro señor montó en cólera al escuchar aquello. A gritos acusó a los hebreos de dolo y de doblez, de hipocresía y malicia. Si, inicialmente, sólo habían solicitado

salir de la tierra de *Jemet* para hacer sacrificios, ¿a qué venía ahora incluir entre los peregrinos a los niños y a los rebaños? Tan irritado estaba que, ante los rostros horrorizados de sus funcionarios, ordenó que Moisés y Aarón fueran arrojados de su presencia.

Como era de temer, aquella acción no intimidó en absoluto a Moisés. Apenas se encontró, junto con su hermano, fuera del palacio, extendió su vara y entonces se puso a soplar un viento procedente de oriente. Cuando Ra comenzó a descender en *Meseket,* el viento seguía agitándose y así continuó durante toda la noche y, cuando Ra inició su ascenso a bordo de *Mandet,* el mismo viento trajo consigo la langosta. No pasó mucho tiempo antes de que Ajeprura Amenhotep convocara a Moisés y le rogara que elevara preces a su dios a fin de que aquellos animales desaparecieran de la tierra de *Jemet.* El hebreo actuó conforme a los deseos de nuestro señor. Abandonó su presencia, oró a su dios y entonces se levantó un viento occidental que arrojó aquella plaga al mar.

Imagino que, llegado a esa tesitura, Ajeprura Amenhotep pensó que quizá el dios de los hebreos no le era tan opuesto si, a fin de cuentas, había escuchado una plegaria en su favor. Es posible también que pensara que una nueva contrapropuesta tendría posibilidades de salir adelante en esta ocasión. A fin de cuentas, ¿no se había mostrado humilde ante aquella divinidad y había concedido, tácitamente, a Moisés la categoría de sacerdote rogándole que intercediera por él? Con todo, me inclino por pensar que se aferraba desesperadamente a la idea de obtener una victoria en el último instante. Le gustaba practicar la lucha cuerpo a cuerpo y sabía que, en no pocas ocasiones, el que aguanta es el que gana. Sea como sea, nuestro señor se volvió atrás y comunicó al hombre, que se había convertido últimamente en su primer antagonista, que de lo dicho no había nada y que los hebreos no podrían abandonar el país. Como consecuencia de aquella nueva manifestación de endurecimiento, Moisés volvió a implorar a su dios que actuara y durante tres días enteros la tierra de *Jemet* se vio sumida en tinieblas. Vencido por las circunstancias, nuestro señor volvió a convocar al hebreo para plantearle una nueva proposición.

Según me refirió Ipu en otra misiva escrita en unos términos susceptibles de haberle costado un proceso por alta traición (y que contribuyó a fortalecer mis sospechas de que nuestro señor estaba viéndose progresivamente aislado de sus servidores más cercanos), Ajeprura Amenhotep comenzó la audiencia en un tono untuoso y pausado que incluso habría podido considerarse amable. Hizo un breve repaso de los episodios pasados (¡cuyo desencadenamiento atribuyó a una falta de fluidez en la comunicación!); anunció que, en su opinión, lo que los hebreos debían hacer inmediatamente era marcharse y servir a su dios; recalcó que podían llevar, por supuesto, a sus niños, y, cuando los cortesanos estaban a punto de lanzar un suspiro de alivio, matizó que, por supuesto, las ovejas y las vacas no deberían cruzar la

frontera.

¿Estaba convencido realmente de que aquella condición tenía alguna posibilidad de ser aceptada por Moisés? ¿Trataba simplemente de arrojar su última flecha en la esperanza de salvar algo del desastre? Hasta la fecha sigo ignorándolo. Pero lo que sí conozco son los términos en que el hebreo contestó a nuestro señor en la presencia de sus servidores más cercanos. Según me refirió Ipu en la carta a la que ya he hecho referencia, en esta ocasión Moisés no se valió de Aarón, pero tampoco tartamudeó. Con una tranquilidad pasmosa, clavó sus ojos en nuestro señor (¿como lo había hecho en mí?, me pregunté) y le espetó:

—Hasta tú nos entregarás animales de sacrificio y holocausto para que se los ofrezcamos a nuestro Dios. Nuestros ganados saldrán también con nosotros. Ni una pezuña quedará en la tierra de *Jemet*, porque es de ellos de donde tenemos que sacar para servir a nuestro Dios, y lo que debemos ofrecerle no lo sabremos con exactitud hasta que lleguemos al lugar señalado.

Ipu me aclaraba que aquellas palabras venían a ser, sustancialmente, las mismas que Moisés había pronunciado. Él mismo había sentido, cuando vio que iba a contestar nuestro señor, que la respuesta podía estar preñada de relevancia y había tomado personalmente notas para recogerla oficialmente.

Al parecer, durante unos instantes, Ajeprura Amenhotep no había logrado articular palabra. Como señalaba Ipu, más preocupado que ofendido, no sólo es que aquel hebreo había rechazado su propuesta, sino que incluso había tenido el descaro de decirle que, además de sus ganados propios, nuestro señor tendría que hacerle entrega de otros suyos ¡para ofrecer como sacrificio a su dios! Indudablemente —me seguía diciendo—, el triunfo había embriagado el corazón de Moisés, pero ¿no se equivocaba acaso el señor de la tierra de *Jemet* al no ceder a sus pretensiones? Según me relataba mi subordinado, si aquella respuesta había dejado aturdido a Ajeprura Amenhotep por unos instantes, disipada la sorpresa inicial, le produjo un estallido de ira tan violento que todos temieron lo peor. Con el rostro encarnado por la cólera, se puso en pie, señaló con su índice a Moisés y le ordenó marcharse. Cuando el hebreo se había dado media vuelta y caminaba hacia la salida, nuestro señor gritó a voz en cuello que se guardara muy mucho de comparecer una vez más ante su rostro, porque el día en que eso sucediera, moriría.

«Mi señor —continuaba en su carta Ipu—, en aquellos momentos todos los presentes temimos ir al *ka*. Estábamos seguros de que Moisés nos fulminaría con fuego del cielo similar al caído durante la catástrofe de granizo. Pero no lo hizo. Sólo se volvió, miró a nuestro señor y dijo: "Has hablado con exactitud. No veré más tu rostro".»

Releí aquella misiva de Ipu docenas de veces. Era obvio que la administración de la *Per-a'a* estaba paralizada por el terror que les inspiraba aquel hebreo al que

consideraban ducho en una forma de *beka* muy superior a la de sus sacerdotes y magos. Yo mismo, durante algún tiempo, había tomado a Moisés por un farsante similar a los que gobernaban nuestros templos e influían en la vida de nuestro pueblo y en las decisiones de gobierno del señor de la tierra de *Jemet.* Ahora sabía que los siervos de Ajeprura Amenhotep estaban equivocados, pero no en mayor medida de lo que lo había estado yo. Lo sabía porque en las últimas semanas había conseguido averiguar quién era realmente ese Moisés.

9

La clave para lograr averiguar quién era Moisés había derivado, sorprendentemente, de la circunstancia que siempre me había parecido más enigmática: desde un principio había sido consciente de que Moisés era un nombre original nuestro, aunque ahora se encontrara mutilado. Naturalmente, resultaba absurdo pensar que una familia de *Jemet* hubiera entregado a un hijo suyo en manos de unos semiesclavos, y además, por otro lado, estaba establecido que los padres de Moisés eran hebreos, pero... ¿podía haberse dado el fenómeno contrario? ¿Podía haber albergado una de nuestras familias en su seno a un niño hebreo? No, no parecía muy posible... a menos... a menos que se hubiera planteado una situación de enorme emergencia que hubiera conmovido a alguien de nuestro pueblo o que hubiese mediado un fuerte soborno. Esta segunda posibilidad había que descartarla de plano. ¿Qué hubieran podido ofrecer de valor suficiente unos miserables siervos a ninguno de los súbditos de la *Per-a'a*? Ahora bien, ¿podía haberse dado la primera posibilidad, una situación de urgencia extrema, en la época en que el hebreo había nacido, que hubiera facilitado aquella extraña situación?

Calculé aproximadamente la edad de Moisés y examiné los decretos y anales de aquellos años. Aparecían, como era de esperar, las menciones habituales a las gloriosas victorias del señor de la tierra de *Jemet*, pero junto a ellas se encontraba registrado un dato que me pareció de enorme importancia: la orden de un antecesor de Ajeprura Amenhotep encaminada a exterminar a todos los niños varones que nacieran de los hebreos. Comprendí, perplejo, que la situación ahora me resultaba aún más inexplicable. Seguramente, los padres de Moisés habían desobedecido la orden —algo no tan inhabitual hasta donde yo sabía— para salvar a su hijo. Pero, de ser así, no sólo habrían tenido que enfrentarse con la repulsión habitual que en una familia de *Jemet* despertaban los hebreos, sino también con el temor de que hubiera inspirado en la misma la posibilidad de desobedecer tan severo decreto de la *Per-a'a*. Buscando aclarar uno de los problemas, encontraba que sólo conseguía multiplicarlo por dos.

Con evidente desagrado, tuve que admitir que, aunque quizá no fuera mal encaminado, lo cierto es que persistían algunos interrogantes que me impedían progresar en mis averiguaciones. Tras mucho reflexionar y atar cabos pude reducirlos a seis cuestiones primordiales. Primera, en el caso de que los padres de Moisés lo hubieran conseguido ocultar en el seno de una de nuestras familias y dado que no podían haber abonado ningún soborno, ¿cómo se había atrevido alguien, súbdito del señor de la tierra de *Jemet* por más señas, a contravenir el decreto de exterminio de los niños hebreos? Segunda, de ser cierto el primer supuesto, ¿cómo había llegado Moisés a descubrir que era hebreo y no egipcio? Tercera, ¿qué le había llevado a

integrarse entre un pueblo de esclavos antes que seguir siendo un hombre libre? Cuarta, ¿dónde había estado durante las décadas que nadie había sabido de él? Quinta, ¿qué le había impulsado a enfrentarse con la *Per-a'a?* Sexta y última, ¿de dónde procedía la fuerza que irradiaba su personalidad y qué era lo que le permitía realizar los prodigios que ejecutaba?

Sentía en mi corazón que si conseguía desatar el primero de aquellos nudos, los otros se soltarían por sí solos. Pero ¿quién podría ayudarme en esta tarea? ¿Quién poseería datos acerca de los primeros años de la vida de Moisés? Encontrar testigos presenciales me pareció, desde el principio, una tarea casi irrealizable. Él mismo era un hombre de edad y sería muy improbable que viviera alguna de las personas que lo había visto nacer. Entonces fue cuando recordé que tenía una hermana. Yo mismo había recogido este dato. Era una anciana llamada... oh, dioses, ¿cuál era el nombre de aquella mujer? Revolví entre mis notas hasta que di con el dato que buscaba. ¡Miriam! Sí, ése era el nombre: Miriam. ¿Sería posible dar ahora con ella y, en caso afirmativo, estaría dispuesta a responder a mis preguntas?

Contra lo que temí inicialmente, lo cierto es que encontrar su vivienda resultó increíblemente fácil. El temor que inspiraba entre nuestra gente por el hecho de ser la hermana de Moisés y el respeto que causaba entre los hebreos le habían permitido, por lo visto, vivir en paz y sosiego aquellos días tan aciagos para la tierra de *Jemet.* Decidí acudir a verla cuando se hubiera consumado el descenso de Ra en *Meseket.* No llamaría tanto la atención y además podría causarle una sorpresa mayor —y desorientadora— a causa de lo inesperado de mi visita. En cuanto a la manera de abordarla, había pensado en hacerle creer que sabía ya todo lo referente a su hermano Moisés y que sólo deseaba contrastar algunos datos. Seguramente se trataría de una mujer inculta y deseosa de contar detalles sobre el único miembro de la familia que disfrutaba de alguna relevancia. Con una ayuda mínima de los dioses no me resultaría muy trabajoso sonsacarla.

Acudí acompañado de un soldado, pero le ordené que se mantuviera a unos pasos de la casa con la excusa de que debía custodiar nuestros caballos. Cuidándome bien de no hacer ruido, crucé la callejuela pésimamente trazada y me detuve ante su vivienda. Respiré hondo, imploré en el interior de mi corazón a la Madre y Señora para que me protegiese y, finalmente, llamé a la puerta. Fue Miriam en persona la que acudió a abrirme. Al verme, sonrió. No fue una mueca de desprecio ni tampoco un gesto de desdén, sino una sonrisa franca y limpia, llena de paz y confianza. A continuación, con una voz suave dijo:

—Pasa, Nebi. Hacía tiempo que te esperaba.

Procuré que no percibiera mi azoramiento ante aquellas palabras y mientras tomaba asiento comencé a pensar cómo podía haber sabido quién era yo. Me tranquilicé a medias con la idea de que, seguramente, encontraba natural que un

funcionario egipcio quisiera interrogarla. Sí, eso debía de ser.

En el centro de la habitación, sobre una mesa baja de madera basta, brillaba la débil llama de una lámpara de aceite. Miriam se disculpó por no contar con cerveza o vino para ofrecerme, pero me dijo que tenía un agua fresca muy buena si lo deseaba. Le contesté que en esos momentos no tenía sed, pero que no dudaría en pedírsela si la sentía. Miriam tomó asiento entonces frente a mí y, antes de que yo pudiera hablar, comenzó a hacerlo ella.

—Supongo que deseas saber algo acerca de mi hermano Moisés. Nada tengo que ocultar sobre él y además, muy pronto, no estaremos ya en esta tierra.

El tono con que profirió aquellas palabras no había sido altanero. Más bien recordaba a la tranquilidad con que un campesino señala cuándo recogerá la cosecha o habrá madurado el trigo. Ambos procesos se producirán de la misma manera, sin que sus palabras puedan influir en ellos. Hubiera deseado burlarme de la última afirmación de la mujer, pero el temor —y un cierto respeto que estaba comenzando a provocarme— me contuvo. Por otro lado, no deseaba desviarme del objeto de mi visita. Intentando aparentar una seguridad y un aplomo que no tenía le contesté:

—Hace tiempo que me di cuenta de que Moisés no era un nombre hebreo. Sé incluso que ese nombre se lo dio un súbdito del señor de la tierra de *Jemet*... un súbdito desleal por más señas. Pero no temas, no pienso tomar represalias contra esa persona, si es que aún vive, ni contra sus descendientes...

—No podrías hacerlo ni aunque lo desearas —me interrumpió Miriam sin abandonar su sonrisa.

Por segunda vez volví a sentirme desconcertado. ¿Qué quería decir aquella mujer? ¿Se atrevía a desafiar mi autoridad? ¿Se estaba burlando veladamente de mí?

—A menos —prosiguió— que estuvieras dispuesto a castigar al señor de la tierra de *Jemet*...

Mi confusión alcanzó en aquellos momentos un punto insoportable. Reconozco que no sabía qué hacer ni qué decir. Dudaba entre levantarme y salir de aquella casucha o permanecer sentado y esperar. Pero esperar... ¿a qué? Como si pudiera leer en el fondo de mi corazón, Miriam volvió a abrir sus labios.

—Me temo, Nebi, que sabes mucho menos de lo que pretendes dar a entender.

Avergonzado, bajé por un instante los ojos. ¿Hasta dónde iban a permitir los dioses que fuéramos humillados los servidores del señor de la tierra de *Jemet?* Yo mismo siempre había sido un hombre justo en mis tratos, incluso en alguna ocasión mi compasión por los demás me había colocado en situaciones incómodas, ¿por qué debía soportar que aquella hebrea me interrogara como un maestro a un niño al que hubiera sorprendido en falta? La tentación de huir fue mayor que nunca. Sentí incluso como si el aire no llegara hasta mi corazón y pudiera caer sofocado de un momento a otro. Sin embargo, no pasó nada. Algo que no podía comprender me retuvo en

aquella habitación y me obligó responder a la mujer.

—Ciertamente tienes razón al insinuar que muy poco es lo que conozco de tu hermano. Precisamente por ello he venido a visitarte. Nada puedo ofrecerte para desatar tu lengua, pero si eres sincera conmigo, si me cuentas lo que acerca de tu hermano Moisés deseo saber, pongo a todos los dioses de la tierra de *Jemet* por testigos de que nunca alzaré mi mano contra vosotros y haré todo lo posible para evitar que alguien os dañe —guardé silencio por un instante. Mi boca estaba seca como la arena de *Deshret*—. Ahora sí aceptaría un poco de tu agua...

Miriam se levantó para regresar al cabo de unos instantes con un jarro. Bebí con premura hasta dejar vacío el recipiente. Me preguntó si deseaba más, pero rehusé su ofrecimiento con un gesto de la mano. Entonces la hermana de Moisés volvió a tomar asiento y comenzó a hablar.

10

Miriam estuvo hablando durante casi toda la noche, pero a medida que pasaba el tiempo, lejos de notar sueño, me sentía cada vez más presa de una lucidez extraña y tranquilizadora, como si, por primera vez, desde que todo se había iniciado, empezara a entender.

Moisés era hijo de hebreos. De dos miembros de la tribu de Leví, por más señas, y, efectivamente, había nacido cuando estaba en vigor el plan de exterminio de los varones hebreos. También eran ciertas mis intuiciones en relación con el hecho de que había sido protegido por gente de la tierra de Jemet, pero nunca me hubiera atrevido a remontar mis sospechas tan arriba como descubriría aquella noche. Cuando el niño nació, sus padres lo guardaron oculto durante un período de tres meses, pero, al fin y a la postre, comprendieron que no lograrían seguir manteniendo esa situación de manera indefinida. Llegaron por ello a la conclusión de que nada o muy poco podían perder. Si eran descubiertos era muy posible que no sólo sobre el niño sino también sobre ellos mismos recayera todo el peso de la ley, así que concibieron un plan arriesgado, pero no desprovisto de ciertos visos de éxito.

Se hicieron con una arquilla de juncos, la calafatearon con asfalto y brea, metieron en ella al niño y la situaron en un carrizal a la orilla del *Hep-Ur.* No se trataba de abandonar a la criatura a merced de la corriente —de hecho, su hermana fue situada en las cercanías para evitar que la frágil embarcación se viera arrastrada por las aguas y la criatura se ahogara—. el plan, más bien, consistía en despertar la compasión de la hija del señor de la tierra de *Jemet.* Esta mujer solía descender al *Hep-Ur* por esa zona para bañarse y pasear con sus doncellas y, efectivamente, avistó la cesta y ordenó a una de sus servidoras que se acercara y se la trajera.

—Casi me parece estar viendo cuando la muchacha abrió la arquilla y mi hermano rompió a llorar... —Miriam hizo una pausa y cerró momentáneamente los ojos, como si intentara facilitar a su corazón el recuerdo— la hija del señor de la tierra de *Jemet* comprendió inmediatamente que se trataba de un pequeño hebreo y lo dijo con un tono de voz que ponía de manifiesto su lástima. Entonces me apresuré a salir del agua y, antes de que pudiera decir ni una palabra, le pregunté si debía ir a llamar a una nodriza hebrea para que le cuidara el niño. Tenías que haber visto la cara de las doncellas. Alguna ahogó una risita por lo ridículo de la situación, pero hubo otras que me echaron miradas de indignación como preguntándome quién me había creído que era para plantarme así ante su señora. Pero ella... ella se limitó a decir una palabra: ve. Sí, sólo dijo eso: ve. Y yo, con el corazón saliéndoseme por la boca a causa de la alegría y de la prisa, traje a mi madre.

—Entonces ¿fue vuestra propia madre la que se ocupó de criar a Moisés?

—Sí, pero como lo hacía a las órdenes de su señora, nadie pensó en ponerle inconvenientes. No pasó mucho tiempo antes de que la orden de acabar con los varones recién nacidos fuera derogada, y en no pocas ocasiones hemos pensado si en ello no tuvo algo de parte la hija del señor de la tierra de *Jemet.*

—Naturalmente, fue ella la que puso nombre a Moisés... un nombre que no era hebreo, claro está.

Miriam asintió con la cabeza y volvió a sonreír. No estaba molesta contando aquello. Por el contrario, parecía disfrutar de una alegría tranquila, de una apacibilidad cuya causa me resultaba ignota.

—Sí. La princesa le puso uno que incluía el nombre de uno de vuestros dioses. Sin embargo, hasta en eso nuestro dios nos bendijo. Si quitábamos el nombre del dios de J*emet,* hasta parecía que hablábamos en nuestra lengua. Era como si dijera que *mashah* al niño de las aguas... Por eso, entre nosotros siempre lo llamamos Moisés.

Comprendí que el juego de palabras era ingenioso. La princesa podía haber llamado al niño con el nombre de un dios. Sin embargo, los hebreos entendían que sólo *mashah,* que sólo lo había sacado del agua.

¿Cuánto tiempo siguió viviendo con vosotros Moisés? —pregunté a Miriam.

—Sólo mientras la ley de exterminio estuvo en vigor —contestó la hebrea—. Puedes comprender que hubiera resultado un escándalo si la propia hija del señor de *Jemet* la hubiera desobedecido públicamente. Pero cuando fue abrogada, Moisés fue llevado a palacio y prohijado por ella. Aquello nos preocupó mucho. Mi madre se pasaba el día ocultando las lágrimas, y los ojos de mi padre perdieron la alegría que siempre habían tenido. Llegó en cierta ocasión a preguntarse si había merecido la pena que el muchacho se salvara sólo para convertirse en un adorador de vanidades y un opresor de su propia gente.

¡Vanidades! ¿De modo que así era como se atrevían a llamar a nuestros dioses? Deseé interrumpir su relato y discutir sobre esa cuestión, pero no me pareció prudente. Tenía la impresión de que la mujer no me ocultaría nada y hubiera resultado una necedad arruinar su buena disposición enzarzándonos en un debate religioso. Esperaría y en su momento conseguiría averiguar lo que deseaba.

—¿Cómo regresó con vosotros? —pregunté, intentando volver a centrar el relato.

—Pasó algún tiempo, pero, finalmente, un día volvió a visitar la tierra de Goshén. Seguramente se había acostumbrado ya a la vida cómoda de palacio y la visión de las tareas que nos imponían amargó su corazón. El dolor que contempló en nuestros rostros le hizo imprudente y... —Miriam calló un instante como si, por primera vez, dudara sobre la conveniencia de seguir hablando.

—¿Y...? —pregunté intrigado.

Miriam respiró hondo, se mojó los labios y prosiguió.

—Sucedió algo que le obligó a huir de la tierra de *Jemet*... Moisés se encontró

con uno de los siervos de la *Per-a'a* que se complacía en maltratarnos. Era un mal sujeto, uno de esos funcionarios que creen que por el hecho de serlo pueden actuar despóticamente... En aquella ocasión había comenzado a golpear cruelmente a un hebreo. Creo que aquello llevó a Moisés a descubrir que nunca podría ser un hombre de *Jemet* y que su lugar se encontraba entre los hebreos. Esperó el momento adecuado y cuando supo que nadie lo descubriría, mató a aquel canalla y lo ocultó en la arena...

—Pero si cometió un homicidio, ¿cómo no lo apresaron nuestros hombres? —inquirí intrigado.

—Inicialmente no fueron capaces de descubrirlo. Cuando aquella noche el funcionario no se presentó en el acuartelamiento, pensaron que estaría con una prostituta o durmiendo una borrachera. Moisés tuvo que huir pero... —por primera vez en toda la noche sorprendí un gesto de dolor en el rostro de Miriam— pero si actuó así fue por culpa nuestra, a causa de sus propios hermanos. Al día siguiente de la muerte se encontró con dos hebreos que peleaban entre sí. Aquello le apenó mucho porque era consciente de que si no estábamos unidos nunca podríamos enfrentarnos al señor de *Jemet.* Sin pensarlo, convencido de la razón que le asistía, se acercó hasta ellos y comenzó a increpar al que estaba abusando del otro. Le preguntó que por qué golpeaba a su prójimo. Le ordenó que dejara de hacerlo. Pero éste no atendió a razones. Por un momento dejó de maltratar a su compañero y le gritó a mi hermano: «¿A ti quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Acaso tienes la intención de matarme como hiciste ayer con el funcionario de la *Per-a'a?*». Moisés se asustó al escuchar aquello. Si aquel hombre sabía lo que había sucedido el día anterior, pronto sería conocido por nuestros opresores. Asustado, se despidió apresuradamente de nosotros y huyó.

—¿Llegó a saber la *Per-a'a* lo que había sucedido?

—Sí. Hasta envió soldados en su persecución. Seguramente lo habrían matado de haber logrado dar con él, pero cuando comenzaron a registrar la tierra de Goshén, mi hermano ya se encontraba muy lejos. Durante décadas enteras estuvo fuera de *Jemet.* Mis padres fueron a reunirse con sus antepasados y en más de una ocasión tanto Aarón como yo pensamos que lo mismo había sucedido con Moisés.

Miriam observó como la luz empezaba a filtrarse por la única ventana de la casa e hizo una pausa.

—Supongo que tendrás apetito, Nebi. Puedo darte algo de leche y cocerte unas tortas.

—Preferiría escuchar el final de la historia y saber qué llevó a Moisés a regresar a la tierra de *Jemet* y a enfrentarse con la *Per-a'a* —repuse.

—Es una historia larga y desfallecerías. Déjame prepararte algo de comer y te aseguro que luego terminaré de contarte todo.

Se puso en pie y entonces, como si recordara algo, añadió:

—Anoche oí llegar dos caballos. Seguramente tu acompañante también tendrá hambre y además habrá sufrido el relente de la noche. Quizá lo más adecuado sería que desayunara con nosotros y después podrías despedirlo.

Asentí. Estiré las piernas, que se me habían quedado dormidas, y con el corazón lleno de preguntas salí al exterior de la casucha.

11

Despaché el frugal desayuno con la mayor premura e inmediatamente me deshice de mi acompañante con el pretexto de enviarle a buscar unos documentos que se custodiaban en mi residencia. Impaciente, esperé a que Miriam terminara de beber su leche. Por fin, recogió los cacharros y volvió a tomar asiento enfrente de mí. Sonrió y reanudó el relato.

—Aquéllos fueron años muy desdichados para Aarón y para mí, pero creo que Moisés fue el que más sufrió de todos nosotros. A fin de cuentas, Aarón se había casado y tenía una familia, y yo... bueno, yo los tenía a ellos. Moisés, sin embargo, estaba en otra tierra, tenía que hablar en una lengua que no era la suya y guardar ganados para su suegro... él, que había sido hijo adoptivo de la hija del señor de la tierra de *Jemet.* —Miriam respiró hondo. Sin duda, recordar todo aquello no le resultaba agradable—. Sé que muchas veces se preguntó el sentido de todo lo sucedido. Su corazón se veía atormentado especialmente al recordar que la causa de su exilio había sido uno de los suyos, uno de aquellos a los que había deseado ayudar. Sólo había perseguido hacer el bien, lo único que había querido era aliviar el sufrimiento de su pueblo... Pero la vida seguía. Tomó esposa e incluso tuvo un hijo al que puso de nombre Guer-son, porque él mismo era un *guer,* un extranjero en tierra extranjera. Entonces, cuando parecía que iría a reunirse con sus padres sin volver a ver el rostro de sus hermanos, cuando casi se había adaptado a la idea de morir alejado de su pueblo, el único Dios se le manifestó...

Di un respingo al escuchar aquello. ¿Qué pretendía dar a entender exactamente Miriam? ¿Había visitado su hermano algún santuario? ¿Algún sacerdote le había convertido en objeto de una revelación especial? ¿Había tenido un sueño procedente de la divinidad? Casi sin darme cuenta, me encontré expresando en voz alta el contenido de los pensamientos de mi corazón.

—No —respondió Miriam—. Fue algo muy distinto a eso. Moisés se encontraba guardando las ovejas de su suegro y, en busca de pastos, llegó hasta un monte llamado Horeb. Cuando menos podía esperarlo, se percató de que se quemaba una zarza. Su primera reacción fue la de alejar el ganado antes de que pudiera ser alcanzado por el fuego, pero entonces vio algo que le sorprendió: la zarza no paraba de arder y sin embargo no se consumía.

Fruncí el ceño. ¿Qué era aquello? ¿Habría sido engañado Moisés por algún sacerdote astuto como Ptahmose, alguien que pudiera hacer creer que una planta estaba envuelta en llamas sin verse reducida a cenizas por efecto del fuego? Guardé silencio con la esperanza de poder comprender aquel episodio que intuía esencial.

—Mi hermano se acercó para intentar entender aquello, pero cuando se

aproximaba a la zarza oyó una voz que lo llamaba por su nombre..., bueno, debería decir más bien que utilizaba el mismo que nosotros: Moisés. Venciendo la sorpresa, contestó y entonces la voz le dijo que no diera un paso más y que se descalzara porque el suelo que estaba pisando era sagrado.

—Pero acabas de decirme que era en medio de un monte... ¿Se trataba acaso de un templo? —pregunté confuso.

Miriam negó suavemente con la cabeza y continuó su relato.

—Nebi, no hay templo que pueda contener a nuestro Dios y aquella voz que Moisés escuchó era la del Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Mi hermano me contó que de pronto el temor se apoderó de él e inmediatamente se cubrió el rostro. Lo que sentía en esos momentos no era un pánico como el que vosotros nos habéis inspirado durante centenares de años, sino que se trataba de algo muy diferente. El ser que se le había manifestado y tenía frente a sí era completamente distinto a nada que hubiera conocido antes. Además, parecía penetrar como una luz dentro de él separando incluso la carne del hueso.

«Entonces la voz volvió a sonar y le dijo que había visto la aflicción que padecemos en la tierra de *Jemet* y que había descendido para sacarnos de aquí y llevarnos a una tierra buena y espaciosa, una tierra que fluiría leche y miel. No sólo esto, el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob había decidido enviarlo ante el señor de la tierra de *Jemet* para anunciarle su propósito. Unos años antes mi hermano hubiera partido, lleno de orgullo, al cumplimiento de esa misión. Ni por un instante hubiera dudado que era el más adecuado para llevarla a cabo. Pero ahora habían pasado demasiadas cosas y, sobre todo, ante Aquél se sentía insignificante, pequeño, como una gota de agua en medio del *Wad-wer.* Sin levantar el rostro del suelo se atrevió a preguntar quién era él para ir hasta el señor de la tierra de *Jemet* y sacar a los hebreos de la opresión.

—¿Y qué le contestó vuestro dios?

—Nebi, Dios rara vez da respuestas a nuestras preguntas. En realidad, sólo exige nuestra entrega sin dudas ni condiciones. Con mi hermano no fue distinto. Se limitó a decirle que debía ir porque Él marcharía a su lado y que comprobaría que todo había salido bien cuando regresara acompañado de todos los hebreos a aquel monte con la intención de servirle.

A continuación Miriam me contó como aquel dios recordó a Moisés una vez más la manera en que se había manifestado a sus antepasados, como le anunció que el señor de la tierra de *Jemet* se obcecaría en no dejarlos salir y como, al final, los hebreos volverían a ser libres, abandonando aquella tierra de opresión, pero no con las manos vacías.

—Miriam, ¿te dijo alguna vez Moisés cuál era la forma de ese dios? Quiero decir... ¿es similar al sol como Ra? ¿Es de aspecto temible o amable? ¿Es la zarza la

manera en que se presenta a los hombres?

La hermana de Moisés volvió a sonreírme, pero percibí en su rostro un rasgo de melancolía, como si mis palabras le hubieran causado un cierto pesar.

—El Dios que se apareció a mi hermano no tiene forma. No puede ser encerrado en santuarios, ni puede ser representado con imágenes o pinturas y, por supuesto, jamás puede ser identificado con un animal o con una de sus creaciones, como el sol o la luna. Nebi, ese Dios es el único verdadero. No hubo ninguno antes que Él, ni lo habrá jamás.

¿Qué estaba diciendo aquella mujer? Podía entender haciendo un esfuerzo enorme su devoción por aquella divinidad extraña que no se manifestaba nunca bajo forma visible y que se negaba a ser representada gráficamente, pero ¿cómo se atrevía a negar la existencia de otros dioses? ¿Acaso la esperanza, por otro lado casi tangible, de su liberación la había convertido en una blasfema?

—Pero... no sabes lo que dices —intenté que razonara—. Nuestros dioses han forjado durante siglos la grandeza de la tierra de *Jemet*, sus templos cubren la faz de la tierra, sus imágenes son veneradas por nosotros y por los pueblos sometidos a nosotros...

Miriam sacudió suavemente la cabeza y, mirándome a los ojos, me interrumpió:

—¿Acaso no has comprendido aún que es nuestro Dios el que está en los cielos, pero también aquí y que ha hecho todo lo que ha querido? Examina en tu corazón lo que ha sucedido en las últimas semanas. Cuando convirtió el *Hep-Ur* en sangre, ¿pudieron Jnum, el guardián de sus fuentes, o Hapi, el espíritu de sus aguas, impedirlo? Cuando cubrió la tierra de *Jemet* con ranas, ¿Heket, la diosa en forma de rana que vosotros creéis que concede la fertilidad a las mujeres, pudo evitarlo? Cuando hirió al ganado, ¿pudieron Ptah, Apis o Mnevis sanar a vuestras bestias? Cuando tu gente enfermó de sarpullido, ¿acaso no resultaron Serapis, Imhotep y Sejmet impotentes para aliviar su mal? Cuando las tinieblas se apoderaron del país durante tres días, ¿consiguieron Horus o Ra que el más pequeño haz de luz penetrara ni siquiera en el palacio de Ajeprura Amenhotep?

Mientras aquellas preguntas golpeaban mis oídos, a mi corazón subieron las imágenes de Tjenur borracho, de Nufer apesadumbrado al escuchar sus palabras, de Ptahmose perpetrando su fraude para despojar a los campesinos, de Ra reconociendo que en la acción de Moisés estaba el dedo de dios, y de Merit, apagándose como una vela, en medio de imágenes de divinidades y a pesar de mis súplicas a los mismos. Instintivamente puse mis manos sobre la mesa para no caer al suelo. Hubiera deseado una pausa, pero Miriam seguía hablando y sus palabras hurgaban heridas de mi corazón que yo ignoraba o que pensaba ya cicatrizadas.

—Nebi, esos dioses son sólo metal blanco de *hedj* y metal amarillo de *nub*, madera y piedra. Son simplemente obra de manos de hombres. Tienen boca, pero no

hablan. Tienen ojos, pero no ven. Tienen orejas, pero no oyen. Tienen narices, pero no huelen. Tienen manos, pero no palpan. Tiene pies, pero no andan. No es su garganta la que habla y semejantes a ellos son los que los fabrican y los que en ellos confían.

Abandoné aquella casa como una barca azotada por el cruel temporal. Sentía que todo lo que había tenido un valor, un significado, un interés para mí, se venía abajo. ¿Merecía la pena seguir teniendo aliento en las narices después de aquello? Por un momento, pensé en arrojarme al *Hep-Ur* e ir al *ka*. Sin embargo, conseguí sobreponerme y rechazar tal posibilidad. En lo más profundo de mi corazón sabía que todo se acercaba a un desenlace, a un final, a una conclusión de la que yo me vería obligado a ser testigo. Ajeprura Amenhotep iba a enfrentarse con una prueba más, seguramente la final, y aquel choque dejaría al descubierto todo el significado, a la vez enigmático y explícito, de las calamidades que habían asolado a su pueblo en los últimos meses.

CUARTA PARTE

EL JUICIO DE LOS DIOSES

1

La conversación con Miriam y las misivas que había ido recibiendo procedentes de Ipu y Hekareshu deberían haberme impulsado a regresar de inmediato a la residencia del señor de la tierra de *Jemet*, que estaba situada cerca de Goshén. Sin embargo, era tal el peso que sentía sobre mi corazón que incluso el día que pensaba iniciar el camino de vuelta opté por no apresurarme demasiado y hasta decidí dormir un poco antes de emprender el viaje. Caí en un sueño profundo, como si me encontrara en una cueva sin iluminación o me hubiera despeñado en un pozo tenebroso. Ignoro el tiempo que llevaba en ese estado cuando, de repente, un llanto horrible me despertó. Al principio, tuve incluso dificultad para saber dónde me encontraba, pero pronto reparé en que debía de hacer tiempo que Ra había descendido en *Meseket* porque era noche cerrada. Me incorporé en mi lecho e intenté distinguir la dirección de la que procedía el llanto.

Al principio sólo sentí desconcierto, pues quien lloraba parecía hacerlo desde lugares distintos cada vez. Pero entonces comprendí que no se trataba de una sola persona, sino de varias expresando su dolor en sitios diferentes y distanciados entre sí. Guiado por un terrible presentimiento, me precipité corriendo fuera de la habitación y busqué la salida hacia la calle.

El espectáculo que se ofreció a mis ojos resultó desolador. Decenas de hombres y mujeres salían de sus casas llevando a un ser inerte en los brazos. Intenté ordenar mis pensamientos, pero no conseguía comprender lo que sucedía. A veces la persona exangüe era un niño. En otras ocasiones, se trataba de jóvenes, tanto hombres como mujeres. ¿Qué era lo que había sucedido exactamente? Comencé a sospechar lo acontecido cuando un hombre, presa de la desesperación, comenzó a gritar.

—¡Ay, mi hijo, mi primogénito! ¡Ay! ¿Quién podrá devolvérmelo? Señor de la tierra de *Jemet*, ¿dónde estás? Dioses, ¿por qué permitís esto?

Me interpuse en el camino de un hombre que llevaba a un joven de cerca de treinta años en brazos.

—¿Acaso es este muchacho tu primogénito? —le pregunté con voz imperiosa.

Su garganta estaba llena de lágrimas y su lengua, atada por el dolor, no pudo contestar, pero asintió con la cabeza. Repetí la pregunta a tres o cuatro personas más y entonces sentí como si mi corazón fuera a estallar. Caí de rodillas y, con la cabeza entre las manos, rompí a llorar. ¡Los primogénitos de la tierra de *Jemet* habían sido sacrificados por la obstinación de Ajeprura Amenhotep! ¡Qué necios habíamos sido! Cuatrocientos años de opresión sobre un pueblo indefenso eran objeto esta noche del juicio más severo y la pena había sido impuesta sobre lo más escogido de nuestro pueblo: sus primogénitos.

Ignoro el tiempo que estuve postrado en el suelo, pero sí sé que cuando me levanté sólo albergaba un propósito en mi corazón, el de lograr que los hebreos salieran de una vez por todas de la tierra de *Jemet.* Con dificultad, conseguí volver a mi residencia, pues las calles estaban congestionadas de gente que lloraba a sus hijos idos al *ka.* Pero cuando logré llegar sabía con claridad lo que iba a hacer. Miriam me había dicho que su dios no los sacaría con las manos vacías de nuestra tierra. Pues bien, me iba a ocupar de que así fuera y de que tanto ella como su gente se marcharan cuanto antes.

Reuní como pude a algunos de los funcionarios y soldados que tenía a mis órdenes y les ordené que comunicaran al pueblo que debían reunir lo que tuvieran de valor. Todo debería ser entregado a los hebreos a condición de que salieran de nuestra tierra. Nadie debería interponer el más mínimo obstáculo a su marcha. Por supuesto, asumía toda la responsabilidad. En una situación normal aquello hubiera sido considerado alta traición y, tras ser prendido por mis propios subordinados, habría terminado colgado de los muros de *Waset* como los desdichados reyes de Tijsi. Pero en aquellos momentos nadie pensaba que nos encontrábamos en medio de unas circunstancias ordinarias y mis hombres salieron dispuestos a ejecutar mis instrucciones puntualmente. No lo consiguieron.

No hacía mucho que habían abandonado mi residencia, cuando comenzaron a regresar para informarme de que lo que acababa de ordenar ya lo estaban llevando a cabo los propios hebreos. Al parecer, Ajeprura Amenhotep había concedido a Moisés y a Aarón que abandonaran con su varones, sus niños y sus rebaños la tierra de *Jemet y* éstos habían ordenado a su pueblo que pidieran a nuestra gente alhajas de *hedj,* el metal blanco, y de *nub,* el metal amarillo, así como vestidos. Había llegado tarde pero, al menos, podía consolarme con la idea de que ya debía de estar muy cercano para mi gente el final de las desgracias.

Me dejé caer en una silla y cerré los ojos. Los hebreos... ¡Qué mal los había entendido desde el principio! Primero había sentido compasión por ellos, pero creyendo al mismo tiempo que si las cadenas eran más suaves las podrían aceptar con gratitud, casi con placer. Luego me había encolerizado con Moisés y había intentado matarlo, responsabilizándole de unas calamidades que sólo podía achacar, en justicia, a mi orgulloso y prepotente señor. Finalmente, había intentado ayudarles para descubrir que su dios, el único Dios según Miriam, no necesitaba en absoluto mi colaboración. ¿Quién podía pensar otra cosa cuando, de hecho, en una sola noche estaba consiguiendo que devolviéramos a su pueblo lo que les habíamos arrebatado en más de cuatrocientos años, y eso después de ridiculizar a nuestros dioses, aniquilar nuestra tierra y humillar a nuestro señor?

Me consolé pensando que, al menos, no me vería sometido a un proceso. Mi decisión personal había sido sólo un trasunto de las órdenes de Ajeprura Amenhotep.

¡Hasta podría decirle que no sólo no me había comportado como un rebelde, sino que me había adelantado a la mayoría de los funcionarios a la hora de ejecutar los deseos de su divino corazón! Por un momento creí que en medio del caos general iba a echarme a reír, pero era demasiada mi pena y el dolor de los demás como para ceder a ese impulso. Ahora era cuestión de volver a comunicarme con la *Per-a'a* a la espera de recibir instrucciones. Pero me encontraba agotado, pese a haber dormido aquella tarde, y decidí esperar al nuevo día antes de restablecer la comunicación con el señor de *Jemet.* Con todo el vigor de mi corazón, deseaba que todo hubiera concluido aquella noche.

2

Cuando vi luz suficiente, abandoné mi residencia y me dirigí a lo que habían sido las antiguas moradas de los hebreos. En los dinteles de las mismas pude observar una mancha roja, que me pareció de sangre. No supe qué podía ser aquello, pero pensé que, seguramente, se relacionaba con el culto a su dios, ese dios extraño al que nadie podía ver ni representar en imágenes o pinturas, y que no moraba en templos ni en santuarios. Aún me encontraba observando aquellas huellas extrañas cuando oí una voz a mis espaldas.

—Imaginé que te encontraría aquí, pero no sé si es prudente acercarse a lugares como éstos...

Me volví inmediatamente y descubrí a Itunema, pero se trataba de un Itunema muy distinto a aquel del que me había despedido unos días atrás. Más delgado, más envejecido, con unas ojeras oscuras, daba la impresión de ser diez años más viejo.

—Mi señor... —dije, e iba a realizar una inclinación ritual cuando me interrumpió.

—Ahora no podemos perder el tiempo con ceremonias, Nebi. Sígueme. Te explicaré por el camino lo que ha sucedido.

Con voz cansina, con gesto derrotado, pero desprovisto del pánico terrible del que había sido presa, me relató apenas con unas frases el sufrimiento de las últimas semanas y, finalmente, la salida de los hebreos la noche anterior.

—He sido muy afortunado al no tener hijos, Nebi. Durante toda mi vida culpé a los dioses de que no me concedieran al menos uno, pero ahora sé que fue una muestra de su favor. Si hubiera contado con un primogénito estaría ahora mismo llorándolo, al igual que claman y se han vestido de luto todas las familias de la tierra de *Jemet.* Incluso nuestro aguerrido señor, Ajeprura Amenhotep, lloraba ayer, de rabia y de dolor, porque su primogénito, el príncipe Uebensenu, también fue herido por el dios de los hebreos. Ta-aa, la esposa de nuestro señor, tuvo que ser atendida por nuestros médicos, que le suministraron un filtro a fin de que durmiera y se tranquilizara... ¡Cuántas mujeres de *Jemet* hubieran deseado los consuelos de un narcótico semejante y qué pocas, si es que alguna, contó con ellos! Nunca creí que pudiéramos considerar felices a las estériles, pero así es en el día de hoy...

Por un instante, tuve un recuerdo fugaz de Merit en mi corazón y me pregunté si su destino no había sido mejor, pese a todo, al de la mayoría de las mujeres de nuestro país. Decididamente, nunca podríamos comprender esta vida ni la suerte de los hombres. No sólo era un asunto de sabiduría o de experiencia. Se trataba más bien de que jamás aparecían ante nuestros ojos los datos suficientes como para tener una visión completa de las cosas y formarnos una opinión correcta. Pensé en cómo el

hombre que madruga necesita un mínimo de luz para ver el mundo en el que está y no tropezar y caer. De la misma manera, entendí que nosotros necesitamos una luminosidad semejante para saber por dónde nos movemos en esta vida y evitar los golpes que nos causamos a nosotros mismos y las ocasiones en que nuestros pies, enredados en algún obstáculo, nos derriban en la oscuridad. Sin embargo, llegué a la conclusión de que, desgraciadamente, carecíamos de esa luz.

—Fuiste también afortunado al venir a esta región después de que Moisés cubriera el país de piojos. Puedo asegurarte que lo que tú contemplaste fue casi un juego de niños comparado con lo que sucedió después. Sé que Ipu y Hekareshu te enviaban a escondidas una información puntual de lo sucedido. Sin embargo, créeme cuando te digo que, por mucho que se esforzaran en describir el horror, estoy seguro de que no pudieron transmitirte ni siquiera un pálido reflejo de lo que hemos padecido. —Itunema hizo una pausa, respiró hondo y prosiguió—. Nebi, no sé qué va a ser de nosotros. El país ha quedado arruinado y lo único que se mantiene hasta cierto punto en pie es la organización militar. Ajeprura Amenhotep, por motivos que se me escapan, ha convocado a sus jefes militares, con mención especial del general Sennu, para una reunión de emergencia. Tú y yo también hemos recibido la orden de estar presentes... Continuamos el resto de nuestro trayecto en silencio. Aunque no creo que en ninguno de nosotros se albergara la paz. Más bien se trataba de una resignación, de la cansada conformidad de aquellos que han decidido enfrentarse, sin ilusión pero también sin angustia, a lo que pueda depararles la vida. A mi corazón volvió el recuerdo del príncipe Uebensenu, al que apenas había conocido, y no pude evitar pensar que la Madre y Señora, Isis, había sido incapaz de protegerlo, al igual que había sucedido en el caso de Merit. Yo, Nebi, intérprete destinado al servicio del *heritep-a'a* Itunema como asesor en asuntos relacionados con un pueblo que ya había sobrepasado nuestras fronteras, tenía que reconocer que, como había escuchado decir hacía mucho tiempo a un sacerdote borracho llamado Tjenur y sólo unos días antes a una sierva hebrea, nuestra Madre, nuestra Señora, a la que había dedicado el final de mi infancia y el inicio de mi juventud, era sólo un pedazo de material inanimado.

Si el rostro de Itunema me había parecido el de alguien diez años mayor del que yo había conocido, debo confesar que sólo pude saber con seguridad quién era Ajeprura Amenhotep por las insignias de su rango. Aunque era más joven que yo, creo que nadie que no conociera su edad exacta se hubiera atrevido a decirlo. Sus espaldas estaban cargadas; su rostro, descompuesto y ojeroso; su piel, del color de la ceniza. Jamás creí que pudiera experimentar compasión por el aniquilador de Ykati, por el ejecutor personal de los reyes de Tijsi, por el testarudo déspota que había llevado a nuestra tierra a la ruina negándose a dejar salir a los hebreos. Sin embargo, al contemplarlo tan envejecido, fue precisamente ese sentimiento el que colmó mi corazón.

—Vuestro señor os ha convocado por una cuestión de extremada importancia —comenzó anunciando un chambelán en tono solemne.

Pero apenas le presté atención, ya que no podía dejar de pensar en el estado al que se había visto reducido el otrora altivo señor de la tierra de *Jemet.* Finalmente, un siervo desplegó sobre una amplia mesa un mapa del país y se nos hizo una señal para que nos acercáramos. Fue entonces cuando Ajeprura Amenhotep tomó la palabra.

—Todos vosotros estáis más o menos informados de que ayer noche los hebreos abandonaron nuestra tierra. No hacen al caso ahora los motivos ni las circunstancias de esa marcha. Lo auténticamente importante es que no podemos permitir que ese grupo de harapientos deje de servirnos impunemente.

Asustado por lo que acababa de oír, tragué saliva. ¿Qué estaba intentando decirnos el señor de la tierra de *Jemet?* ¿Hacia dónde quería ir a parar?

—Aquí —dijo en tono imperioso mientras señalaba un lugar en el mapa con la punta de un puñal— se encuentran actualmente los hebreos. Según los informes de nuestras patrullas, ahora mismo están acampados delante de Pi-Heret, la casa de la diosa Heret. En otras palabras, carecen de defensa posible. ¿No es así, Sennu?

Impresionado por el mal aspecto de Ajeprura Amenhotep, no había reparado hasta entonces en que el general, que se había cubierto de fama y botín en la segunda campaña de nuestro señor, se encontraba también entre nosotros. Más delgado, conservaba el aspecto marcial que le caracterizaba e incluso el costurón que había recibido en la cara durante la batalla de Tijsi parecía resaltar su incomparable vigor. Con una sonrisa de seguridad, dio unos pasos hasta situarse muy cerca del señor de la tierra de *Jemet* y se inclinó levemente sobre el mapa.

—Aquí está el desierto —dijo mientras colocaba su índice izquierdo sobre el mapa—, y aquí está el mar —señaló con el índice derecho. Cuando estuvo seguro de que todos habíamos comprobado los dos puntos que señalaba, abrió las manos y las fue acercando hasta que las yemas de los dedos casi se tocaron—. Y aquí es donde atraparemos a los hebreos y acabaremos con ellos.

—Están clavados a la tierra, el desierto los ha encerrado —dijo en tono perentorio Ajeprura Amenhotep—. Sennu ha dispuesto una fuerza de seiscientos carros de combate que partirá en su persecución conmigo a la cabeza. Aunque no todos participaréis en la batalla, es mi deseo que todos estéis presentes para contar a las generaciones venideras cómo, en el día de hoy, el señor de la tierra de *Jemet* aplastó con su mano poderosa a una nación entera.

3

Pero aquel día Ajeprura Amenhotep, señor de la tierra de *Jemet,* no consiguió alcanzar con sus carros las filas de los hebreos. Es cierto que logró localizarlos aún acampados junto al mar, al lado de Pi-Heret. Sin embargo, una niebla espesa, como si las mismas nubes hubieran descendido a tierra, nos separó de ellos e impidió que se pudiera realizar la carga exterminadora que tanto deseaba Sennu. Además, incluso aunque nos hubiéramos librado de la oscuridad, dudo mucho que hubiera logrado hacer maniobrar adecuadamente al ejército de *Jemet.* Un viento de oriente soplaba con tanta virulencia en contra nuestra que habría dificultado mucho, si es que no impedido totalmente, una carga llevada a cabo por los carros.

No creo que nadie pudiera dormir bien en nuestro campamento durante aquella noche. El deseo de derramar la sangre de los hebreos resultaba demasiado fuerte como para permitir que los corazones descansaran. En cuanto a mí se refiere, sólo acertaba a preguntarme lo que acontecería al día siguiente. Al final, sin embargo, caí sumido en el sueño. Fue la mano de Itunema la que, sacudiéndome, me despertó.

—Levántate, Nebi, el ejército se ha puesto en marcha.

—Pero si aún es de noche... ¿Han salido ya del campamento? —pregunté súbitamente despejado.

—No, pero lo harán de un momento a otro. Ese Moisés ha vuelto a sorprendernos. Sennu contaba con caer sobre ellos mientras aún estuvieran dormidos...

Sí, de eso estaba seguro. La especialidad del general era cebarse con poblaciones indefensas y sumidas en el sueño.

—... pero los hebreos madrugaron. Para remate, el viento oriental que comenzó a soplar esta noche parece haber secado el mar y da hasta la sensación de que las aguas están divididas...

—...y los hebreos están levantando el campo para cruzarlas y escapar de Sennu —le interrumpí.

Itunema asintió con la cabeza.

La niebla había desaparecido y la luna se mostraba brillante, pero calculé que no debía de faltar mucho para que saliera el sol. Nos dirigimos a una loma chata desde la que podía divisarse el campamento de los hebreos y el mar situado a sus espaldas. Ajeprura Amenhotep en persona había dado órdenes para que no se permitiera a ninguno de los escribas entrar en combate. De acuerdo con sus deseos, debían limitarse única y exclusivamente a observar la gran victoria que pensaba obtener con el ejército mandado por Sennu. Él mismo había decidido renunciar al placer de la persecución para sustituirlo por el de la contemplación panorámica de la carnicería y

había tomado asiento a pocos pasos del lugar donde nos encontrábamos Itunema y yo.

—¡Intérprete! —gritó de pronto dirigiéndose a mí.

Me acerqué hasta el señor de la tierra de *Jemet* e, inmediatamente, realicé una inclinación.

—Hoy tendrás que estar especialmente despierto. Vas a encargarte de traducir para mí las declaraciones de los pocos prisioneros que hagamos y quiero saber lo que han sentido al ser alcanzados por nuestros carros, y al ver a sus embarazadas abiertas en canal y a sus niños degollados. Tengo un interés especial por saber qué han pensado al darse cuenta de que su dios no es nada frente a mi ejército —guardó silencio por un instante y después, mirándome fijamente a los ojos, añadió—. Sólo lamento no haber hecho esto antes, sólo siento haber escuchado a ese asqueroso hebreo y haber intentado ser razonable con él. Ahora mi espada está fuera de su vaina y no caerá al suelo como la tuya. En cuanto al cuerpo de ese Moisés, colgará de los muros de *Waset* dentro de unos días. ¡Puedes retirarte!

Obedeciendo las órdenes del señor de la tierra de *Jemet,* me encaminé a mi puesto, al lado de Itunema. Una vez allí, dirigí la vista hacia el mar. Los hebreos habían terminado prácticamente de cruzarlo, pero comprendí que el ejército de Sennu no tardaría en darles alcance. De hecho, los carros de vanguardia se hallaban ya a pocos pasos de nuestra orilla. Sentí que un sudor frío se deslizaba por mi espalda. Aquella matanza iba a reducir el horror de Ykati a las dimensiones de una pelea entre dos borrachos. Calculé que los carros de Sennu necesitarían apenas unos instantes para matar a toda la retaguardia enemiga una vez que hubieran establecido contacto con ella. Si algo podía retrasarlos mínimamente, sería el número de cadáveres que irían acumulándose a su paso...

Volví a mirar en dirección a los hebreos. Ya habían terminado de pasar el mar, pero aquello apenas le otorgaba una ventaja mínima. De hecho, Sennu ya había llegado hasta la mitad del lecho seco. Cerré los ojos decidido a no presenciar la carnicería...

—¡Señora y Madre! ¿Qué es esto? —escuché que decía con voz ahogada Itunema.

Instintivamente mis párpados se abrieron y volví a dirigir mi vista al mar. ¡Los carros de Sennu se habían detenido! Tuve la sensación de que las ruedas de algunos se habían desencajado y no podían seguir avanzando. Aquello sólo podría significar un breve respiro para Moisés y su gente. El sol estaba comenzando a salir y nuestros soldados, con mejor luz, podrían reparar la avería de los carros o, como mínimo, apartarlos del paso del resto del ejército. Aún estaba observando atentamente el lugar donde se había detenido Sennu cuando oí un murmullo de inquietud entre los escribas. Miré a mi izquierda y pude ver como el mismo Ajeprura Amenhotep se

ponía en pie con el asombro pintado en el rostro. Algunos de los funcionarios señalaban con el brazo extendido mientras dos o tres habían caído de bruces. ¿Qué estaba sucediendo? Cuando intenté mirar hacia el punto que indicaban, la luz del amanecer me dio en los ojos impidiéndome ver con claridad. Moví la cabeza a un lado y a otro, caminé unos pasos y entonces...

Me froté los ojos para agudizar mi vista. No podía ser. No, aquello resultaba imposible. El mar se estaba volviendo con toda su fuerza sobre las tropas de *Jemet.* También éstas se habían percatado del desastre que las amenazaba y estaban iniciando ahora un repliegue no del todo ordenado con la intención de no ser anegadas. Sin duda, creían que, de llegar a la playa que acababan de abandonar, se pondrían a salvo. Distinguí a Sennu a lo lejos. Acababa de abandonar su carro e, inicialmente, intentó imponer la disciplina entre sus tropas. De repente, pareció ceder al pánico y, corriendo, comenzó a abrirse paso entre sus soldados a filo de espada. Seguramente en aquellos momentos el deseo de fama no era lo más importante que abrigaba su corazón. Los soldados corrían y se pisoteaban, se apretujaban y derribaban en medio de un caos indescriptible donde cada uno pretendía sólo sobrevivir. No lo consiguieron. Antes de que pudiéramos comprender totalmente lo que estaba sucediendo, las aguas cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército del señor de la tierra de *Jemet* que había entrado tras ellos en el mar. No quedó ni uno de ellos.

4

Por increíble que parezca, Ajeprura Amenhotep hubiera debido estar agradecido al dios de Moisés por mantenerse en el trono. Estoy convencido de que si su primogénito y sucesor Uebensenu no hubiera muerto la noche en que los hebreos salieron de la tierra de *Jemet* y tan sólo un destacamento de caballería hubiera escapado de la catástrofe del mar, el señor de *Shemeu* y *Tamejeu* habría sido derribado por sus mismos cortesanos encabezados por los sacerdotes que —reconozcámoslo— fueron los primeros en sospechar la clase de peligro que representaba Moisés y en recomendar que se le dejara abandonar nuestro país acompañado por su pueblo. Pero no hay actualmente heredero posible ni tampoco ejército que pudiera imponer el orden. Si el señor de la tierra fuera derrocado, junto con él caería toda la nación. En semanas, los *aamu* volverían a sublevarse —y más después del comportamiento que tuvimos con ellos durante la segunda campaña—, y quizá reviviríamos los años amargos del dominio *hykso*. Por el bien de la tierra de *Jemet,* de sus templos y de sus palacios, pero también de sus campesinos y de sus niños, Ajeprura Amenhotep ha debido seguir gobernando.

La situación es tan grave que los mismos *heritep-a'a* del país han decidido aunar esfuerzos para evitar la desmembración. Han comprendido que si se produce, no serán ellos los que dominen como reyes en los *sepat* que ahora gobiernan en nombre de la *Per-a'a* y que, muy posiblemente, se verán barridos por elementos más radicales. También los habitantes actuales de la tierra de *Jemet* intuyen como ésta se tambalea al igual que un borracho y, precisamente por eso, cubrirán con un sudario de silencio los muertos de las últimas semanas. En cuanto a las generaciones que vendrán después de nosotros...

A las pocas horas de la catástrofe del mar, Ajeprura Amenhotep convocó a lo que podríamos denominar un tanto poéticamente los restos del naufragio. Los *heritep-a'a;* Ra, el sumo sacerdote de Amón, y otros sacerdotes importantes (entre ellos Hekanefer, al que hacía años que no veía, y que ha sustituido a Ptahmose en el gobierno del templo de la Madre y Señora); funcionarios de diverso pelaje y condición; escribas y yo mismo como asesor de asuntos hebreos, un cargo bastante carente de sentido, visto lo que había sucedido.

Se trataba de constituir una comisión encargada de redactar la «versión verdadera» de lo acontecido en los últimos tiempos en relación con los hebreos. De ella debería salir aquello que los estudiantes, los sacerdotes, los escribas y, en resumen, todo el pueblo tendrá que creer y que repetir a otros. Me incluyeron en ese consejo infame porque no deseaban que en el relato se deslizaran errores de bulto que permitieran distinguir fácilmente su falsedad. Sospecho también que pensaron

cerrarnos así la boca a todos los que podríamos contar una historia diferente a la deseada. Desde luego, ¿quién se atrevería a desdecirse de aquello que escribió con pretensiones de ser fidedigno?

Realizar nuestro trabajo apenas nos ha llevado un mes y el resultado es aparentemente verosímil... especialmente para los que no vivieron nuestro enfrentamiento con los hebreos. No sé qué retoques finales se le añadirán, pero la versión en que he intervenido ya resulta bastante disparatada como para permitirse la modificación de muchos detalles. En ella se relata como nuestro bien amado señor, Ajeprura Amenhotep, concibió el deseo de contemplar a tos dioses, al igual que uno de sus predecesores en el trono había hecho; y como comunicó su deseo a uno de nuestros sabios. Éste le contestó que podría verlos si limpiaba la tierra de *Jemet* de leprosos y otras personas contaminadas como los hebreos. Complacido por la respuesta, nuestro señor reunió a todos los que había en Egipto cuyos cuerpos sufrían la enfermedad y los deportó a las canteras del este del *Hep-Ur* para que trabajaran allí separados del resto del pueblo. Entre ellos, se encontraban algunos príncipes dotados de educación, pero tocados por la lepra. Cuando los hombres de las canteras habían sufrido maltratos durante un tiempo considerable (una media concesión a la verdad que he conseguido introducir en el relato), suplicaron a nuestro señor que les concediera como morada y refugio una de las ciudades abandonadas por los *hyksos*, y éste así lo hizo. Al ocupar la ciudad y utilizarla como centro para su rebelión, nombraron como su caudillo a uno de los sacerdotes de *Iunu* llamado Osarsef. Éste, al unirse a esta gente, cambió su nombre y fue llamado Moisés. Lo primero que hizo fue promulgar una ley en el sentido de que no deberían adorar a los dioses ni privarse de ninguno de los animales considerados como especialmente sagrados en Egipto. Después les ordenó que con sus manos repararan los muros de la ciudad y se prepararan para la guerra contra Ajeprura Amenhotep, a la vez que buscaba una alianza con los *aamu.* Cuando Ajeprura Amenhotep supo de la invasión que se avecinaba, cruzó el *Hep-Ur* con trescientos mil de los guerreros más bravos de la tierra de *Jemet* y se enfrentó con el enemigo, expulsándolo definitivamente y causándole innumerables bajas.

Mientras releo nuestra crónica siento que mi corazón se ve zarandeado entre la pena y la risa. El relato es absurdamente inconsistente. Hemos de suponer que nuestro sabio sugirió a Ajeprura Amenhotep que expulsara de *Jemet* a los leprosos e indeseables, pero él los arrojó a las canteras, como si, de repente, le hubiera surgido una necesidad imperiosa de trabajadores. Claro que esto no es nada en comparación con el resto de la historia. El señor de la tierra de *Jemet* decide, finalmente, entregarles una tierra, pero los leprosos y los indeseables, en lugar de experimentar alivio y gratitud por la libertad concedida y el obsequio otorgado, deciden declarar la guerra a todo el pueblo. Y para remate, mientras que ninguno de sus parientes y

amigos se une a la rebelión y comparte los peligros de la guerra, ¡aquellas contaminadas personas envían mensajeros a los *aamu* y entre ellos obtienen aliados!

Con todo, para mí ese argumento plagado de contradicciones no constituye lo más patético de la historia. Lo más ridículo es que nos hemos atrevido a señalar que todo empezó porque Ajeprura Amenhotep, como si fuera un auténtico modelo de piedad, deseaba ver a los dioses. ¡A los dioses! Los dioses de la tierra de *Jemet* —bueyes, carneros, cocodrilos, babuinos con cara de perro y estatuas de madera y metal— los ha tenido siempre delante de los ojos. En cuanto al único Dios verdadero, a ese Dios que no habita en templos, que nadie puede ver ni representar, lo resistió hasta que se quedó sin medios para hacerlo. Ahora sólo tiene la posibilidad de perpetuar su rebeldía mediante la mentira, a través del engaño que, redactado por nosotros, se transmitirá generación tras generación, edad tras edad.

Pero si el engaño siempre es malo, el autoengaño es su variedad peor. Con él enredamos nuestro propio corazón, eliminamos la más mínima esperanza de descubrir la verdad y nos reducimos a una esclavitud tan opresiva como la de los hebreos en la tierra de *Jemet.* Creo que Ajeprura Amenhotep ha logrado engañarse a sí mismo y que, a través de la mentira forjada por él, ha hecho recaer toda la culpa de sus actos sobre aquel que ha dejado al descubierto el carácter sanguinario de su gobierno y la fragilidad preocupante de su imperio. El señor de la tierra de *Jemet* se ha comportado como aquella vieja a la que un espejo había mostrado todas sus arrugas y fealdades, e, irritada por la desagradable verdad, decidió romperlo queriendo creer así que lo horrible desaparecería junto con el instrumento que lo ponía de manifiesto.

En cuanto a mí, tengo decidido lo que haré cuando termine de escribir esta historia, que, a diferencia de la redactada por los paniaguados de Ajeprura Amenhotep, resulta totalmente verídica. Entregaré a Ipu —que aún es mi subordinado — los papiros en que la he dejado consignada por escrito. Encerrados en jarros sellados, recibirán sepultura bajo la arena del desierto, a la espera de que generaciones venideras los hallen y con ellos descubran la verdad. Después, cuando las tinieblas de la noche sean más espesas, montaré mi caballo y partiré en busca de Moisés y de su pueblo. En lo profundo de mi corazón sé que, cuando lo haya encontrado, su Dios, el Dios que nadie puede representar, pintar o esculpir me aceptará como un hombre libre al fin.

NOTA DEL AUTOR

Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, tanto de los hombres como de los animales; y ejecutaré mi juicio sobre todos los dioses de Egipto. Yo, YHVH.

ÉXODO 12,12

El aficionado a la novela histórica suele preguntarse a menudo hasta qué punto lo que está leyendo se corresponde con la realidad documentada y hasta qué punto es un fruto de la imaginación del autor. El tema del Éxodo y de los orígenes de la nación de Israel es tan crucial para la historia del género humano que merece la pena aclarar en este caso los posibles interrogantes del lector. El marco en que se desenvuelven los personajes de esta novela es, desde luego, el correspondiente a la época. Episodios como el del juicio de la divinidad realizado ante el sacerdote Ptahmose están documentados durante el Reino Nuevo egipcio, y lo mismo puede decirse en cuanto a los remedios médicos y mágicos administrados a Merit. En este caso concreto, los mismos se corresponden literalmente con los contenidos en los papiros egipcios llegados hasta nosotros. La segunda campaña de Amenhotep II aparece descrita en las páginas precedentes partiendo de una lectura crítica de las estelas de Karnak, Amada y Elefantina correspondientes a este rey. Todos esos aspectos son, por lo tanto, puntualmente históricos, aunque no por ello puedan dejar de resultar chocantes a nuestro paladar contemporáneo.

Por lo que se refiere a los personajes de la novela, debo señalar que aunque Nebi, el protagonista, Itunema o Merit son imaginarios, no lo son, sin embargo, algunos de sus principales protagonistas, comenzando por el rey Ajeprura Amenhotep —más conocido como Amenhotep II—, su hijo Uebensenu, la reina Ta-aa y, por supuesto, Moisés, Aarón y Miriam.

Aunque todavía el campo científico sigue dividido entre los que abogan por una fecha para el Éxodo de Israel en el siglo XIII a. de C. y los que prefieren ubicarlo en el siglo XV a. de C, creo que un examen de todas las fuentes históricas obliga a aceptar la segunda tesis como la única capaz de armonizarlas en su totalidad. Entre los argumentos a favor de la misma hay uno que, a mi juicio, resulta de especial relevancia y es el hecho de que la *Historia de Egipto* de Manetón, la única fuente egipcia que ha llegado hasta nosotros en la que aparece mencionado el Éxodo de Israel, lo sitúa en la XVIII Dinastía, bajo un faraón de nombre Amenhotep.

Contra lo que suele afirmarse bastante a menudo —y demasiado erróneamente—, los egipcios sí tenían noticias del Éxodo de Israel y además las recogieron en sus

fuentes. Naturalmente, y como era de esperar, lo hicieron de una manera deformada —y escasamente consistente—, muy similar en la redacción y el contenido a la mencionada por Nebi en el último capítulo de esta novela. El propio Manetón ofrece un eco de esa visión, y resultaba tan exageradamente tendenciosa que en el siglo I de nuestra era el historiador Flavio Josefo pudo ridiculizarla y refutarla con absoluta facilidad.

Es de suponer que el Egipto de Amenhotep II debió de quedar extraordinariamente quebrantado tras un episodio como el del paso del mar de las Cañas en persecución de los hebreos. De hecho, la historia nos confirma que no volvió a realizarse una sola campaña militar similar a la de los dos primeros años durante el resto del reinado. Su ausencia en Asia fue tan inexplicable que, como han señalado diversos egiptólogos, no resulta extraño que se pensara que había muerto antes de la fecha en que realmente falleció. Hoy en día, la arqueología nos ha mostrado que su reinado fue relativamente prolongado, aunque los tiempos inmediatamente posteriores a la segunda campaña resultaron grises y vacíos, y la fiebre conmemorativa y autoglorificadora de los primeros años se extinguió totalmente. Un último dato arqueológico parece además corroborar la identificación de este rey con el del Éxodo. Al término de su vida, de manera extraordinariamente rara y excepcional, Amenhotep II fue sepultado al lado de uno de sus hijos, el primogénito Uebensenu, aquel que, supuestamente, habría perecido durante la última plaga.

Por último, deseo hacer una referencia a la manera de pensar y expresarse de los personajes de esta novela. En la medida de lo posible y siempre que no obstaculizara la claridad de la lectura, he intentado reproducir la forma de hablar de los antiguos egipcios —quizá un tanto acartonada y formal para el gusto contemporáneo—, y muchos encontrarán en el presente libro huellas claras de «Las máximas de Ptahotep» o de «La sátira de los oficios», entre otras obras clásicas de la literatura egipcia. He procurado ser fiel asimismo a la documentación histórica referente a la vida de Moisés o al pensamiento monoteísta que éste propugnaba. Que ambos lados del conflicto, egipcios y hebreos, lo vivieron como una confrontación directa no sólo de dos teologías sino de dos cosmovisiones globales es algo sobre lo que no abrigo ninguna duda. También resulta indudable el desenlace final de aquel choque. Aunque todavía yerguen admirables los monumentos levantados por los antiguos reyes de Egipto, no es la ideología encarnada en los mismos, sino la defendida por Moisés, la que ha sobrevivido hasta hoy.

Zaragoza-Miami-Zaragoza Verano de 1994

GLOSARIO

Aamu. Asiáticos. Conjunto de tribus situadas al norte y noroeste de Egipto.

Abu. La isla de Elefantina.

Aba. Problemas matemáticos en parte coincidentes con los resueltos actualmente por el álgebra.

Ajet. Estación de invierno o de la inundación.

Anj. Nudo de Isis. Cruz con un rizo cerrado en su parte superior. Aunque se ignora en realidad su significado primitivo en la época en que transcurre la acción de la novela, se relacionaba con la vida eterna.

Apep. Serpiente dotada de poderes mágicos y enigma del dios Ra.

Corazón. Véase ieb.

Cubrir sus pies. Un eufemismo para la evacuación de ciertas necesidades biológicas.

Deshret. Literalmente: Roja. Nombre dado por los egipcios al desierto que limitaba con su país.

Guer. Palabra hebrea que significa extranjero o forastero.

Hacerse pesado. Expresión para referirse a la manera en que la divinidad, supuestamente, intervenía en ciertos procesos en que una de las partes era un templo.

Se suponía que el dios o diosa aumentaba su peso de tal manera que doblaba las piernas de sus porteadores sacerdotales con el mismo y de esa manera manifestaba cuál de los litigantes estaba asistido por la razón.

Hedj. Plata.

Heka. Magia, hechicería.

Hem-ka. Sacerdotes relacionados con los ritos funerarios.

Hem-neter. Sacerdotes relacionados con la asistencia de los templos.

Hemt. Cobre-bronce.

Hep-Ur. Literalmente: Agua Dulce. El río Nilo.

Heritep-a'a. Gobernador de un sepat, convencionalmente denominado monarca.

Hyksos. Invasores de origen racial discutido que entraron en Egipto durante el Segundo Período intermedio, dando lugar a las dinastías XV y XVI (hacia el 1674-1567 a. de C). Fueron expulsados por los reyes egipcios del final de la dinastía XVII y principio de la XVIII.

Ieb. Corazón. La expresión «hablar el corazón» era utilizada por los egipcios para referirse a los latidos del mismo.

Ipet-Iset. Karnak.

Iunu. Literalmente: Pilar. Nombre egipcio de Heliópolis.

Jemet. Literalmente: Negra. Nombre dado por los egipcios a su país en sentido amplio, y, de manera estricta, a la tierra fértil del mismo.

Jepresh. Corona o yelmo de guerra forjado en electro.

Jeri-heb. Sacerdotes encargados de dirigir los ritos funerarios de los miembros de la familia real.

Ka. Esencia espiritual del ser humano. «Ir al ka» era un modismo utilizado para referirse a la muerte.

Kush. Alta Nubia.

Ma'at. Diosa egipcia que simbolizaba el equilibrio, la justicia y la armonía sobre las que se sustentaba Egipto.

Mandet. Barca en la que Ra, el dios del sol, ascendía al cielo.

Mashah. Palabra hebrea. Literalmente: sacó.

Mejir. Segundo mes de la estación de peret.

Meseket. Barca en la que Ra, el dios del sol, descendía del cielo.

Mesjenet. Divinidad con la que, ocasionalmente, se relacionaba el oficio de escriba.

Mesjetiu. La Osa Mayor.

Mut-Netjer. Literalmente: Madre de los dioses. Uno de los calificativos atribuidos a la diosa Isis.

Nub. Oro.

Nudo de Isis. Véase Anj.

Occidente. Lugar en el que estaba ubicado el paraíso de ultratumba de los bienaventurados.

Paopi. Mes de la estación de ajet.

Pasteles de Osiris. Uno de los alimentos reservados en el más allá a los bienaventurados.

Per-a'a. Literalmente: Gran Casa. Aunque originalmente el término servía para designar la residencia regia —y con ella el gobierno del país—, con el paso del tiempo se aplicaría al mismo rey. De él deriva nuestra palabra «faraón».

Per-anj. Literalmente: casa de la vida. Institución destinada al archivo de documentos, pero también en algunos casos a la docencia. En la misma no se formaban sólo los escribas, sino también algunos sacerdotes.

Peret. La estación de la siembra.

Pnamenot. Tercer mes de la estación de peret.

Renenet. El destino, pero también la diosa de la generación.

Sem. Sacerdotes relacionados con la momificación.

Sepat. División administrativa del territorio egipcio, denominada convencionalmente momo.

Setetyu. Tribu asiática derrotada por Amenhotep II.

Shemeu y Tamejeu. El Alto y el Bajo Egipto.

Shemu. Estación de la cosecha o de verano.

Sopdu. La estrella Sirio.

Tjat. Funcionario real al que, convencionalmente, suele denominarse «visir».

Tjehenu. Nombre dado por los egipcios a los libios.

Tot. Mes de la estación de ajet.

Ut. Momia.

Wad-wer. Literalmente: Gran Verde. El mar Mediterráneo.

Waset. Tebas.

Wawat. La Baja Nubia.

Web. Sacerdotes encargados de oficiar en los templos menos importantes.

Weret-Hekau. Literalmente: Gran Maga. Uno de los nombres atribuidos a la diosa Isis.